



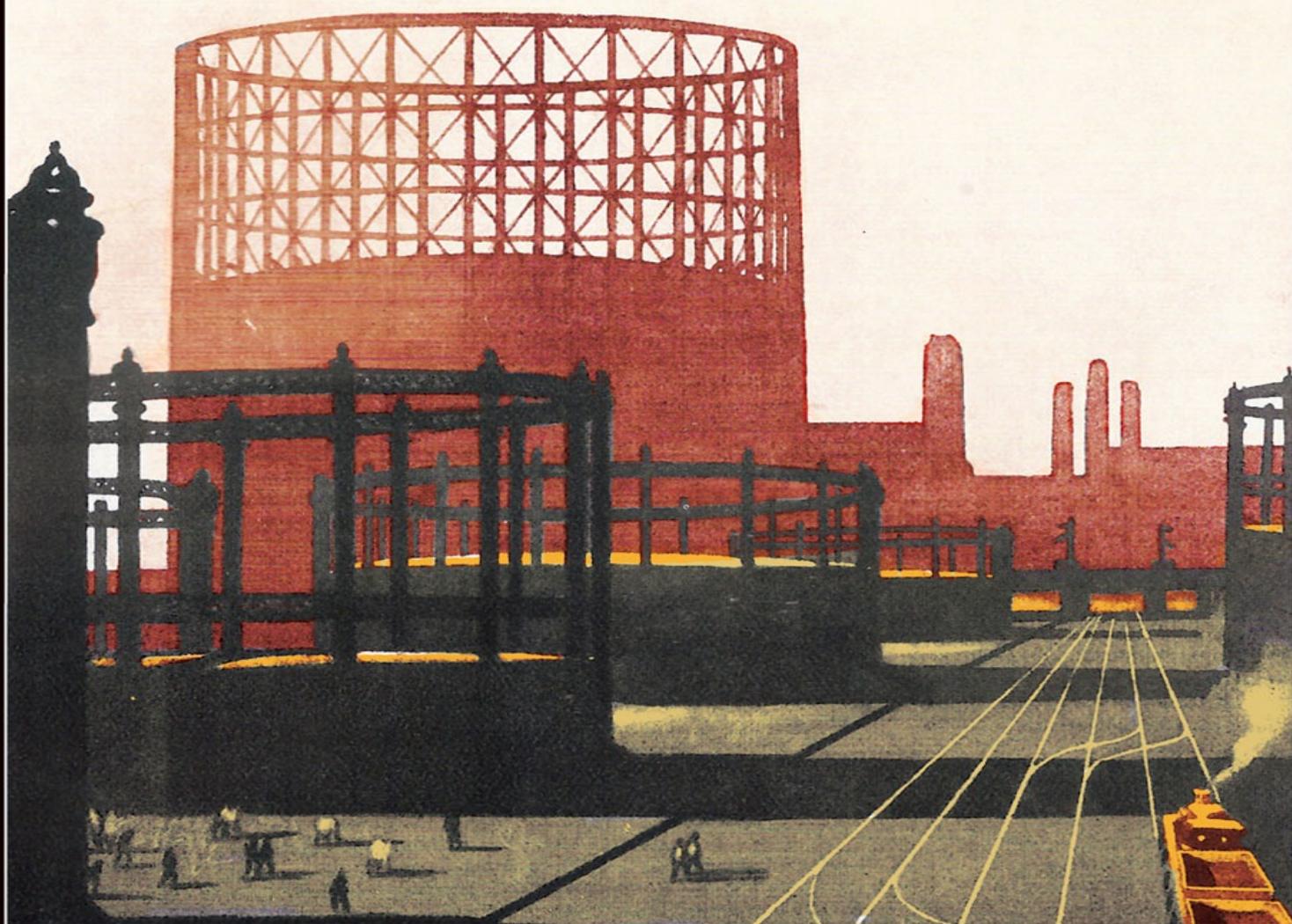
IMPEDIMENTA

ALAN SILLITOE

*La soledad
del corredor de fondo*

Traducción de Mercedes Cebrián

Introducción de Kiko Amat



LA SOLEDAD DEL CORREDOR DE FONDO



Alan Sillitoe

Traducción del inglés a cargo de
Mercedes Cebrián

Introducción a cargo de
Kiko Amat



IMPEDIMENTA

Introducción



La guerra perpetua
por Kiko Amat

1. *La soledad del corredor de fondo* fue el segundo libro que me habló de mi propia experiencia, hace más de dos décadas.^[1] Cuando conocí a mi mujer, sobre la misma época, el único libro que compartíamos era aquel. Ella venía de Flaubert, Stendhal y Dostoievski. Yo de Nik Cohn, Bukowski y Colin MacInnes. Ella había escuchado a Springsteen, Brassens y Tom Waits; yo a Undertones, Jam y Dexys. No éramos dos taxis parados en la misma puerta, sino más bien dos trenes chocando el uno contra el otro a gran velocidad. Sin embargo, guiado por el firme propósito de demostrarle a aquella pelirroja que yo no era solo un tatuado patán de extrarradio (y así encamarme con ella), agarré y leí de un tirón toda su biblioteca. En aquella época poseía aún ese tipo de ímpetu loco y, aunque no nos faltaban temas de conversación — nuestra distinta clase social y lo colosal de nuestro amor ocupaban una gran parte de las discusiones—, pensé que si iba a tener que cagarme en aquellos libros, mejor iba a ser leérmelos cuanto antes.

Debo decir que no recuerdo una palabra de *Rojo y negro*, mucho menos de *Madame Bovary*. Para mí, aquellos libros hablaban de gente que podría haber vivido en Plutón, así de alejados estaban de lo que había vivido hasta entonces en las calles de Sant Boi, mi estrafalario pueblo natal del extrarradio barcelonés. Acostumbrado a que la música pop articulase con gran precisión mis sentimientos, miedos y anhelos, fue una terrible decepción comprobar que la literatura clásica no lo hacía. Pero exagero al calificar aquella decepción de «terrible»: nada es terrible a los veintitrés, y mucho menos darte

cuenta de que te importan un bledo las congojas de una adúltera francesa del XIX. La conclusión, en todo caso, fue que el canon de la Alta Cultura no iba a proporcionarme ángulos que me ayudasen a comprenderme a mí, a mi entorno, a mi bagaje o a las tradiciones de las que veníamos mis amigos y yo. Más que a «orgía perpetua», *Madame Bovary* me supo a perpetua dieta de hospital, a coliflores al vapor, y yo quería chilis y guindillas y bebidas con bengalas, maravillosos ruidos y crujiente gas. Si había pasión (y la había, en honor a la verdad) o rabia en aquella novela decimonónica, no eran de la marca que gastaba yo.

Y entonces leí *La soledad del corredor de fondo*, de Alan Sillitoe. Fue un terremoto memorable, similar al que sentiría leyendo a John Fante, Nelson Algren o Harry Crews. Aquella engañosa simplicidad en primera persona, sumada a la dureza de las palabras, a la beligerancia de la actitud, y a la fiera voluntad de estar vivo, me hablaron directamente; tocaron alguna cuerda en mi interior. Cuentan que Irish Jack, uno de los iniciadores del culto mod original en Shepherd's Bush, agarró de las solapas a Pete Townshend tras ver a los Who por casualidad en un club en 1964 y le espetó: «¡Estás diciendo lo que todos pensamos pero no podíamos explicar!». *I can't explain*: quizás la sensación fundamental de la adolescencia, el aullido primario que nadie sabe aún modular. Townshend, hijo de las escuelas de arte y algo más leído que sus socios, alcanzó a poner en palabras un sentimiento profundo y ardiente que aún nadie había podido traducir. Cuando leí a Sillitoe lo vi bajo la misma luz: un autor inglés de 1956 había descifrado los códigos de *nuestra* guerra, y la había hecho comprensible. En ocasiones futuras volvería a sentir la estremecedora electrocución del reconocimiento de la propia experiencia narrada por un extraño, pero casi nunca con la misma cantidad de voltios. ¿Cómo podía saber aquel inglés lo de *nuestra* guerra? ¿Había guerras *así* por todas partes? El punk y lo mod me habían enseñado que sí, de acuerdo, pero jamás lo había visto escrito en un libro de una forma tan bella e intensa. «Ya veis, mandándome al reformatorio me han mostrado la navaja, y de ahora en adelante sé algo que no sabía antes: que ellos y yo estamos en guerra. En guerra perpetua.» Es lo que dice Colin Smith, el protagonista de la historia homónima. Todos en Sant Boi lo podíamos haber suscrito. Era una guerra y, que nadie se lleve a engaño, era *de clases*.

2. *La soledad del corredor de fondo* es el segundo libro que publicó Alan Sillitoe. El primero había sido *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, en 1956. Ambas novelas están ambientadas en el Nottingham obrero de los cincuenta, algo que (merece ponerlo en el contexto de su tiempo) poca gente había hecho antes. Hasta entonces, las únicas visiones de las clases trabajadoras habían sido las de Dickens, Victor Hugo o George Bernard Shaw. Vonnegut decía de Nelson Algren en el prólogo para *El hombre del brazo de oro* que este «fue innovador al describir personas deshumanizadas por la pobreza, la ignorancia y la injusticia, y pintarlas *genuina* y *permanentemente* deshumanizadas». En *La soledad...* tampoco cabe la ambición reformista de los pretéritos escritores de clase media-alta, ni tampoco la épica trabajadora de los primeros autores socialistas, con sus personajes proletarios llenos de nobleza, coraje, ingenio y voluntad de mejora. Lo que distingue a Arthur Seaton (de *Sábado por la noche...*) y Colin Smith de todos aquellos «probos y honrados trabajadores» previos es su GRAN IRA. Su rabia indomable, su hartazgo por las condiciones que les tocaron en suerte y, sobre todo, su nula voluntad de dejarse domesticar. Smith sabe desde siempre que «yo ya estaba en mi propia guerra, había nacido en medio de una». Sillitoe logró articular con precisión quirúrgica el pensamiento primordial de Guerra Contra Todos y rebeldía total que empujó nuestra adolescencia, y, por extensión, la de la mayoría de adolescentes de clase obrera. Sillitoe tuvo por añadidura la valentía y la intuición de no ofrecer soluciones a la condición de Smith: lo único que está al alcance del protagonista es morder la mano que le alimenta. La «*defiant gesture*» (gesto desafiante) que culmina el relato y hacia el que, por extensión, se conduce la trama. Tan imposibles son la rendición como la victoria; desde la posición de Colin Smith, imaginar un tipo de vida mejor es algo tan inconcebible como pretender abarcar el tamaño del universo en un cerebro. Cuando las posibilidades de escape o salvación son nulas, Colin y Arthur hacen lo que los perros acorralados: mostrar los dientes.

3. «La soledad del corredor de fondo» es el relato que titula la colección de historias homónima. Está narrada en una espartana y *forénsica* primera persona, y cuenta la historia de un reo de *borstal* (reformatorio inglés) de diecisiete años llamado Colin Smith. A lo largo de su breve saga, Smith nos

cuenta cómo vive, habiéndose convertido en el principal corredor de fondo de la institución y favorito de los jefes, que esperan verle conseguir la copa del Premio Banda Azul de reformatorios en la categoría de carrera de fondo campo a través. A la vez, y mediante la remembranza, Smith narra cómo le atrapó la policía tras robar una panadería con un cómplice. Smith es un *angry young man*, pero de veras. Lo opuesto a Eliza Doolittle, el no-Pigmalión. Su enojo ardiente y desprecio hacia los que le rodean —de toda clase y condición— solo se ve igualado por su furibundo empuje vital y su capacidad automática (innata, podríamos decir) de reflexión. Es un listo y soberbio hijo de puta que, a pesar de su falta de educación formal, tiene bien clara la situación en la que se encuentra: «Él es un estúpido y yo no lo soy; porque yo soy capaz de ver dentro del alma de la gente de su clase, y él no ve una mierda en los de la mía. Ambos somos astutos, pero yo lo soy más. Y al final acabaré ganando aunque me muera en el talego a los ochenta y dos tacos, porque le sacaré más diversión y chispa a mi vida que él a la suya». A Smith tampoco parece acomplejarle demasiado su falta de títulos académicos: «(El director) Se habrá leído miles de libros (...) pero estoy segurísimo (...) de que lo que estoy garabateando yo vale mil veces más que lo que él llegará a garabatear nunca. Me da igual lo que digan, porque esa es la verdad y nadie puede negarla. Cuando habla conmigo y yo le miro a su jeta de militroncho sé que estoy vivo y que él hace tiempo que está muerto».

La mirada altiva, cáustica y orgullosa de Smith, como puede verse, está tan alejada del «Señor, sí señor» de los lacayos con boina en la mano y mirada vencida como del buenismo izquierdista que veía futuros pilares benignos de un estado comunista en los menos afortunados proles. Smith no va a ser el pilar de nadie: desconfía de todos (excepto, quizás, de su propia familia), se caga en todo continuamente, solo quiere vivir intensamente y saberlo, y que le dejen en paz, y siente un profundo rencor por la sociedad «recta» y sus leyes hipócritas. Smith es el alumno díscolo de la clase, el clavo torcido que nadie sabe enderezar. Los intentos de acercamiento tienen como resultado nuevas dentelladas de alguien que sabe que todo es un engaño, que todos mienten y que lo único que puede hacer es ser fiel a sí mismo, conservar la dignidad y pasarlo lo mejor posible. «El resto», como afirma el Arthur de *Sábado por la noche...*, «es propaganda». Colin Smith es Cockney Rejects *avant la lettre*, delincuencia juvenil, «Never 'ad nothing», pandillerismo, códigos de honor y guerra todo el tiempo. Su enfebrecido rechazo a bulas,

sobornos o limosnas resulta incomprensible para amos y esclavos por igual. Es un anarquista individualista en llamas, en su versión más milenarista y apocalíptica: no forma parte de nada, no se siente una pieza de su propia clase y cree que todo el mundo está sucio. La visión de clase que se explica en *La soledad...* es de un tipo que entonces no aparecía en los libros. La rabia natural. La sensación de haber sido timado en una ruleta trucada. El asco, el estigma natural que no se puede curar. La firme negación a colaborar, trabajando o de cualquier otro modo. Todo lo que no aparecía en las explicaciones de Marx, en suma, ni nos contaron en el instituto.

4. Los temas principales de *La soledad de corredor de fondo* son la guerra de clases, la honradez, la huida y el deseo de aislamiento o individualismo a ultranza. Aunque es un libro escasamente autobiográfico, el pensamiento juvenil de Sillitoe permea las categorías enunciadas. Leyendo *Life Without Armour*, su autobiografía publicada en 1995, el perfil que queda del autor es la de un cabezota irredimible que posee una demencial convicción en su propio talento y facultades; un hombre apasionado, lleno de curiosidad infatigable y deseo de beber la vida a tragos; que está incapacitado —por díscolo y respondón— para recibir una «educación formal»;^[2] que compensa su deserción académica con un autodidacticismo estajanovista y un extenuante ritmo de lectura y escritura; que prefiere hacer las cosas a su manera, y más vale dejarlo tranquilo (muerte); y que tiene peculiares visiones sobre la clase social a la que pertenece, la política y la guerra.

Todo ello pasó a formar parte en cierto modo de *La soledad...* La clase trabajadora no se explica como clase cohesiva: tanto Sillitoe como sus dos primeros protagonistas memorables no creen formar parte de una «clase social» sólida, ni articulan sus pensamientos desde la pertenencia a estrato alguno. Saben quién está al mando, y saben que sin duda se trata del lobo feroz, pero no confían demasiado en la respuesta de sus adormilados compañeros de alcantarilla. La visión de Colin Smith o Arthur Seaton es idéntica a la del Arturo Bandini de John Fante: ausencia completa de solidaridad de clase aderezada con estallidos megalomaniacos, desprecio nietschzeano por el débil, el enchufado, el pusilánime o el bobo, y mala hostia permanente. Sillitoe articula las partes menos productivas y atractivas (para los sociólogos marxistas pre-Birmingham y los políticos paternalistas

de derecha o izquierda) de la clase obrera: el hedonismo, la perspectiva del *No Future*, el humor salvaje, los sempiternos desprecio y desconfianza hacia la autoridad, venga de donde venga y se envuelva en los colores que se envuelva. Son las piezas que los sociólogos y los trabajadores sociales nunca han sabido cómo agarrar. La clase se define aquí por la ausencia completa de perspectivas halagüeñas, no por la situación económica presente: su alienación es demasiado profunda para solventarse con mejoras arquitectónicas, sociales, educativas o laborales. Los personajes iniciales de Sillitoe son como punks, skins y *sans culottes*: su posición es el escupitajo y el puñetazo y la farra, no la asamblea democrática ni la manifestación reclamando derechos. El mandamiento principal es no arrodillarse ni pedir limosna, el más alto atributo la dignidad personal.

Sillitoe estaba, de hecho, bastante obsesionado con la dignidad y la honradez. «Ahí sí que conocí la sensación de soledad que invade al corredor de fondo cuando surca los campos», afirma Colin, «y me di cuenta de que, en lo que a mí se refería, esa sensación era lo único honrado y genuino que existía en el mundo». Sillitoe perfila aún más esta visión de integridad individual en un contexto de clase inferior al escribir el siguiente párrafo: «Sé honrado, me dijo. Es como decir: sé un puñetero muerto (...) Porque, tras darle tantas vueltas, me he dado cuenta de que resulta ser algo que no vale para mí, teniendo en cuenta dónde nací y dónde me crie. Porque una cosa que la gente como el director nunca comprenderá es que yo soy honrado, vaya que lo soy, nunca he sido otra cosa sino honrado, y siempre lo seré. Sonará raro pero es verdad: yo sé lo que implica ser honrado para mí, mientras que él solo ve lo que tiene delante de las narices». En otras palabras: sé sincero contigo mismo. Sigue tu camino sin engañar a nadie. Sé *íntegro*. *Life Without Armour* nos presenta a un escritor de irritante integridad, tozudo como una mula, en estado de perpetua desconfianza hacia lisonjas y parabienes y premios, que solo busca aislarse y trabajar. Y si eso solo puede conseguirse escapando de sus raíces, así sea.

Este aislamiento, este anhelo de huida, es también una perspectiva de la clase obrera que los analistas bienintencionados han luchado por comprender, sin éxito. La paradoja y contradicción sempiterna de estar orgulloso de donde naciste, y jamás permitir que nadie lo menosprecie ni se burle de ello, pero a la vez desear con todas tus fuerzas largarte de allí a toda prisa. Arthur y Colin son reflejos exactos (en el caso de España: premoniciones perfectas) de lo

que sería la ruptura generacional de los cincuenta y sesenta americanos: la desaparición de la ética del trabajo, la rectitud moral y el esfuerzo productivo, y la aparición sorpresiva de un nuevo grupo de adolescentes cabreados y desposeídos cuya alienación y náusea ya no pueden (en apariencia, al menos) curarse con promesas igualitarias ni mejoras vecinales. Su rotundo *fuck you* a todo resulta tan críptico para jueces y agentes represores como para enlaces sindicales y camaradas revolucionarios. La firme voluntad de ambos protagonistas, así, no es afianzar sus tradiciones y vínculos de clase y usarlos como herramientas de resistencia, sino mandarlo todo a tomar por culo y huir. Me hicieron las calles donde nací, de acuerdo, pero ahora pongamos tierra de por medio.

Sí: escapar. Escapar de su destino mediante la desobediencia salvaje, la mejora personal y el sabotaje individual a sus expectativas. Sillitoe dibuja el sabotaje definitivo en la negativa de Colin a ganar la copa del Premio Banda Azul, ralentizando su carrera y permitiendo que le adelanten el resto de corredores, arruinando así las esperanzas del director y los gerifaltes del reformatorio. Es esta, quizás, la rebelión más emotiva de la historia de la literatura. Colin gana perdiendo. Gana a su manera, alienando a mandos y soldadesca por igual. No importa si nadie lo comprende, mientras él siga fiel a su alma. Cabezota hasta el final, aunque eso implique cercenar sus vínculos familiares o de clase. Sillitoe también había reflexionado sobre tal disyuntiva, y tenía claro que su decisión de abandonar el trabajo manual y ser escritor le separaría para siempre de sus iguales, sobre los que pretendía escribir «como si perteneciese más a su clase que ellos mismos». El camino del escritor (más aún el del escritor de clase obrera) es la soledad, y Sillitoe lo supo desde siempre. El autor quiso hablar del «sentido del humor, aguante y actitud hacia los detalles menores de la existencia» que poseía la clase obrera, pero no le quedó otro remedio que hacerlo cercenando las sogas que le ataban al lugar. Para Sillitoe, la única manera de ser honrado y digno y honesto consigo mismo no era soportar el ritmo de trabajo de la fábrica de bicicletas, sino escapar de ella lo antes posible. La peor paradoja. Colin es, en ese sentido, la mueca irreverente de su creador, el exabrupto no articulado, el *I can't explain* y el *there's gonna be a Borstal breakout*.^[3] Colin corre por los campos y es feliz, bien lejos de perros guardianes y compañías molestas, y solo encuentra su destino en la inmólación final, en la derrota-victoria que es épica por no serlo. Muchos en los ochenta nos sentimos igual.

5. *La soledad...* no es la única historia de este compendio de cuentos, pero sí la más exhilarante y emotiva. El resto de piezas comparten, si no la fuerza y la rabia, el estilo sencillo y económico de Sillitoe, su voluntad de mostrar las emociones, su falta de pomposidad o afectación, su naturalidad blindada y su sinceridad a prueba de bombas. Son todas «historias de Nottingham», basadas en gente que Sillitoe conoció o en su misma familia, y algunas de ellas —como «Tío Ernest»— habían sido escritas incluso antes de que *Sábado por la noche...* se publicara. En ellas se encuentran los atributos que también ostentan los trabajos de Nelson Algren, John Fante, Harry Crews o Donald Ray Pollock: la compasión, la mala baba, lo vivencial, la verdad emocional enhebrada a través de «una sarta de mentiras»,^[4] la energía autodidacta, la energía *working class* y la simpatía por el desafortunado, sin sentimentalismo ni buenismo algunos.

Sillitoe continuaría escribiendo a solas, rechazando virulentamente su pertenencia a grupo alguno, hasta su muerte en el año 2010, dejando como legado una auténtica cordillera de novelas, relatos, ensayos, obras de teatro, libros infantiles y colecciones de poesía. Sin embargo, *La soledad del corredor de fondo* es aún su cima: el perfecto tratado sobre la insatisfacción y el enojo del adolescente de clase obrera, su escrito más brutal, hermoso y emocionante. La perfecta articulación, al fin, de aquel violento y antisocial *I can't explain* que todos los gusanos con botas, los «agonizantes flacos y orgullosos»^[5] de barrio pobre han sentido alguna vez. La furia vandálica y rabiosa del que se niega a colaborar o adaptarse, aunque sea por su propio bien. Si jamás ha habido una forma de explicar lo que tan difícil de explicar es, Sillitoe la atrapó y la convirtió en suprema obra de arte. En un escudo que definía y además (quizás sin pretenderlo) protegía y transformaba en algo sublime nuestra extenuante guerra sin fin. Nuestra guerra perpetua.

Kiko Amat
Enero de 2013, Barcelona

La soledad del corredor de fondo

I

Nada más llegar al reformatorio me destinaron a corredor de fondo. Supongo que pensaron que estaba hecho para eso porque era alto y flaco para mi edad (y lo sigo siendo) y de todas formas, a mí me daba un poco igual, a decir verdad, porque correr siempre había sido algo importante para nuestra familia, especialmente correr huyendo de la policía. Siempre he sido un buen corredor, veloz y de zancada larga; el único problema era que aunque el día del trabajito en la panadería corrí lo más rápido que pude, y puedo afirmar que logré una muy buena marca a pesar de todo, no por ello evité que me pescaran los polis tras todo aquello.

Os sonará un poco raro eso de que haya corredores de fondo de campo a través en el reformatorio; pensaréis que lo primero que un corredor de este tipo haría cuando lo dejasen suelto por los prados y bosques, sería huir del lugar tan lejos como pueda llevarle la barriga llena de la bazofia del reformatorio, pero os equivocáis, y os diré por qué. Lo primero es que esos hijos de puta que nos mandan no son tan bobos como parecen la mayor parte del tiempo, y lo segundo es que yo tampoco soy tan bobo como parecería si tratase de escaparme por ahí aprovechando la competición, porque fugarse para que luego te pillen no es más que una pérdida de tiempo, y yo no tengo ganas de perderlo. Es la astucia lo que cuenta en esta vida, e incluso la propia astucia has de usarla del modo más disimulado que puedas; os lo digo sin rodeos: ellos son astutos y yo soy astuto. Solo con que «ellos» y «nosotros» tuviésemos las mismas ideas seríamos como uña y carne, pero ellos no están de acuerdo con nosotros ni nosotros lo estamos con ellos, y así es la cosa y así seguirá siendo siempre. Lo único cierto de todo esto es que todos somos astutos, de ahí que no nos podamos ni ver. Así es que ellos saben que no

trataré de huir de sus garras: se sientan ahí como arañas en ese caserón en ruinas, posados sobre el tejado igual que unas grajillas presuntuosas, oteando los caminos y prados como generales alemanes desde la torreta de sus tanques. E incluso cuando mi trote me lleva tras un bosque y ya no pueden verme, saben que mi pelo a cepillo acabará asomando por encima del seto en una hora y que daré parte al tipo de la verja. Porque cuando en una cruda mañana helada de invierno me levanto a las cinco y me pongo en pie sobre el frío suelo de piedra con la tripa tiritándome, y a todos los demás todavía les queda otra hora para seguir dormitando antes de que suene la campana y bajo sigilosamente las escaleras atravesando todos los pasillos hasta el gran portón de salida agarrando mi tarjeta de corredor con la mano hecha un puño, me siento como el primer y último hombre sobre la tierra, ambas cosas a la vez, si podéis entender lo que estoy tratando de decir. Me siento como el primer hombre porque voy casi en cueros y me mandan a los campos helados en camiseta y pantalón corto —cuando incluso el primer pobre indeseable al que dejaron sobre la faz de la tierra en pleno invierno sabía cómo fabricarse un traje con hojas, o cómo despellejar un pterodáctilo para usarlo de abrigo. Pero aquí estoy yo, tieso de frío, sin nada que me caliente salvo un par de horas de carrera de fondo antes del desayuno, ni siquiera una rebanada de pan con matarratas. Me están entrenando de lo lindo para el gran día del deporte, cuando vienen todos esos mocosos cara de cerdo de los duques y las damas —esos que no saben sumar dos más dos y que se volverían tarumbas si no tuviesen una partida de esclavos a su entera disposición—, y nos sueltan discursos sobre el deporte: que es lo que nos hará llevar una vida honrada y mantener las yemas de esos deditos inquietos lejos de los picaportes y de las cerraduras de las tiendas, y de las horquillas que abren los contadores del gas. Y nos dan un trozo de cinta azul y una copa como premio después de acabar hechos polvo de tanto correr o saltar como caballos de carreras, solo que a nosotros no nos cuidan tan bien como a los dichosos caballos de carreras.

Así que aquí estoy, plantado en la entrada en camiseta y pantalón corto, sin una miga reseca de pan siquiera calentándome la barriga, mirando absorto las flores cubiertas de escarcha que crecen fuera. Supongo que pensaréis que esa imagen bastaría para hacerme llorar. Pues de eso nada. Solo porque me sienta como el primer fulano que pisó la tierra no me voy a poner a berrear. Me hace sentir mil veces mejor que cuando estoy enjaulado en ese dormitorio con otros trescientos infelices como yo. No, cuando no lo llevo tan bien es

solo algunas veces en las que estoy ahí fuera considerándome el *último* hombre sobre la tierra. Me tengo por el último hombre sobre la tierra porque pienso que esos otros trescientos gandules que dejo ahí atrás están ya fiambres. Duermen tan a pierna suelta que me creo que todas esas cabezas andrajosas la han palmado durante la noche y que solamente quedo yo, y cuando miro los arbustos y estanques helados tengo la sensación de que va a hacer más y más frío hasta que todo lo que veo, incluidos mis propios brazos enrojecidos, se cubra de mil kilómetros de hielo; todo a mi alrededor, toda la tierra, hasta el cielo, incluido cualquier pedacito de tierra firme y de mar. Así que intento apartar de mí esa sensación y actuar como si fuese el primer hombre sobre la tierra. Y eso me hace sentir bien, así que en cuanto entro en calor lo bastante como para que esta sensación me invada, cruzo de un brinco el umbral de la puerta y allá que me lanzo a trotar.

Estoy en Essex. Se supone que es un buen reformatorio, al menos eso es lo que me dijo el director cuando llegué aquí desde Nottingham. «Queremos confiar en ti durante tu estancia en esta institución», dijo, alisando su periódico con esas blanquísimas manos de no haber dado un palo al agua en su vida, mientras yo leía las grandes palabras que veía del revés: *Daily Telegraph*. «Si juegas limpio con nosotros, jugaremos limpio contigo.» (Os juro que uno pensaría que la cosa se trataba de un largo partido de tenis.) «Queremos que se trabaje duro y con honradez, y fomentamos el atletismo de nivel», dijo también. «Y si nos das ambas cosas, ten por seguro que te trataremos bien y te devolveremos al mundo hecho un hombre honrado.» Bueno, creí que me moría de la risa, sobre todo cuando justo después de esto escuché los ladridos del sargento mayor llamándome la atención a mí y a otros dos y poniéndonos a desfilar como si fuésemos granaderos. Y cuando el director siguió diciendo lo mucho que «queremos» que hagas esto, y lo que «deseamos» que hagas lo de más allá, yo seguí buscando con la mirada a los otros tipejos, preguntándome cuántos habría por allí. Por supuesto, me constaba que había miles, pero hasta donde yo podía ver, solamente había uno en la sala. Hay miles de ellos por todo este infecto país: en las tiendas, en las oficinas, en las estaciones de tren, en los coches, en las casas, en los pubs... Tipos cumplidores de la ley como vosotros, como ellos, todos atentos y vigilando a los proscritos como yo, y esperando para llamar a los polis tan pronto como vean que damos un paso en falso. Y esto seguirá así, como lo estáis oyendo, porque yo no he terminado de dar pasos en falso todavía, y me

atrevería a decir que no terminaré hasta el día en que la palme. Si los tipos legales confían en lograr que deje de darlos, entonces están perdiendo el tiempo. También podrían ponerme contra el paredón y disparar con una docena de rifles: solo así nos pondrían firmes a mí y a otros tantos millones de tipos como yo. Porque desde que llegué aquí, he estado pensando mucho. Pueden espiarnos todo el día para ver si nos la estamos meneando o si hacemos bien nuestro trabajo y le damos al «atletismo» pero no pueden hacer una radiografía de nuestras entrañas y adivinar lo que andamos pensando en lo más íntimo. Llevo tiempo preguntándome todo tipo de cosas, y pensando sobre la vida que he llevado hasta ahora. Me gusta hacerlo. Es muy entretenido: ayuda a que el tiempo pase y a que el reformatorio no parezca ni la mitad de malo de lo que los chicos de nuestra calle afirmaban que era. Y la tontería esta de las carreras de fondo es lo mejor de todo, porque me ayuda a pensar tan bien que aprendo cosas incluso mejor que cuando estoy en la piltra por la noche. Y además, con eso de pensar tanto mientras corro resulta que me he ido convirtiendo en uno de los mejores corredores del reformatorio. No conozco a nadie que haga el circuito de seis kilómetros más rápido que yo.

Así que tan pronto como me viene a la cabeza que soy el primer hombre que trajeron al mundo, cada mañana temprano, cuando ni siquiera los pájaros tienen agallas para echarse a trinar, nada más dar esa primera zancada en dirección al páramo helado me pongo a pensar, y comprendo que eso es lo que más me gusta del mundo. Doy mis vueltas como soñando, doblo las curvas de los caminos y los senderos sin darme apenas cuenta, salto por los arroyos sin reparar en ellos, y grito buenos días al tipo madrugador que ordeña las vacas sin verlo siquiera. Es un lujo ser un corredor de fondo, ahí fuera, solo en el mundo, sin un alma que te ponga de mal humor o te diga qué tienes que hacer, o que hay una tienda en la que entrar a robar un poco más atrás, en la siguiente calle. A veces pienso que nunca soy tan libre como durante ese par de horas en las que troto por el sendero fuera de las verjas y doy vueltas alrededor de ese roble pelado y barrigón que hay al final. A mi alrededor todo está muerto, pero para bien, porque está muerto antes de cobrar vida siquiera, no muerto tras haber estado vivo. Así es como lo veo yo. Eso sí, casi todas las veces empiezo tieso de frío. No noto las manos ni los pies ni mis miembros en absoluto; es como si fuese un fantasma que no supiera que el suelo está bajo sus pies de no ser porque lo atisba de vez en cuando a través de la niebla. Pero aunque haya gente que seguro que

escribiría una carta a su mamáita para contarle que le dan calambres cada vez que sale a correr, yo jamás diría nada así, porque sé que en cuanto lleve corriendo media hora habré entrado en calor, y que para cuando llegue a la carretera principal y gire hacia el sendero de los trigales, junto a la parada del autobús, estaré tan caliente como una estufa salamandra y tan feliz como un perro con una lata en el rabo.

Es una buena vida la que llevo, me digo a mí mismo, siempre que no te rindas ante la poli, los gerifaltes del reformatorio y todos esos tipos legales con cara de hijo de puta. Trot-trot-trot, puf-puf-puf, slap-slap-slap, así resuenan mis pies sobre la tierra dura. Fris-fris-fris, cuando los brazos y costados se rozan con las ramas desnudas de un arbusto. Porque ahora tengo diecisiete años y cuando me dejen salir de aquí —eso si no me escapo antes y veo que las cosas ocurren de otra manera— seguro que intentarán que me enrolen en el ejército, y ¿qué diferencia hay entre el ejército y el lugar en el que estoy ahora? A mí no me engañan, los muy bandidos. He visto los barracones cerca de donde vivo, y si no fuera porque siempre hay soldados con rifles haciendo la guardia, apenas se notaría la diferencia entre el cuartel y el lugar en el que estoy ahora. Y aunque los soldados salgan alguna vez entre semana a tomarse una pinta, ¿eso qué narices importa? ¿No salgo yo tres mañanas cada semana a correr por el campo? Eso es cincuenta veces mejor que empinar el codo, me apuesto lo que quieran. Cuando me dijeron por primera vez que iba a correr sin un guardia pedaleando detrás de mí en una bici no me lo podía creer, pero me contaron que me encontraba en un lugar moderno y progresista, aunque a mí no me engañan porque sé que no es más que un reformatorio como todos, si me atengo a las historias que he escuchado; la única diferencia es que aquí me dejan triscar por ahí de vez en cuando. Porque un reformatorio es un reformatorio, da igual cómo lo pinten; pero en cualquier caso, al principio no me parecía nada bien que me obligasen a levantarme tan temprano y me enviasen a correr ocho kilómetros con el estómago vacío, hasta que me convencieron de que no lo considerase algo tan malo —cosa que yo siempre supe— y me trataron como a un buen deportista y me dieron palmaditas en la espalda cuando dije que lo haría de mil amores y que intentaría ganar para ellos la copa del Premio Banda Azul de reformatorios (para toda Inglaterra) para carreras campo a través. Y ahora el director habla conmigo cuando viene a hacer sus rondas, casi como hablaría con su caballo de carreras ganador, si tuviese uno.

—¿Todo bien, Smith? —pregunta.

—Sí, señor —le respondo.

Le da tironcitos a su bigote gris:

—¿Cómo va lo de la carrera?

—Me he propuesto correr por los prados después de comer solo para entrenarme, señor —le comento.

Al imbécil barrigón ojos de huevo le encanta oír eso.

—Buen trabajo, buen trabajo. Sé que conseguirás esa copa para nosotros —dice.

Y yo juro para mis adentros: «Sí, por tus cojones la voy a conseguir».

No, no les conseguiré esa copa, por más que el estúpido cretino que se retuerce el bigote tenga puestas todas sus esperanzas en mí. Porque ¿qué significa esa esperanza estúpida?, me pregunto. Trot-trot-trot, slap-slap-slap, sobre el arroyo y bosque adentro, donde es casi de noche y todas las puñeteras ramitas escarchadas se me clavan en las pantorrillas. Me importa un bledo ganar ese trofeo, solo le importa a él. Le resulta tan importante como lo sería para mí si cogiese el boletín de las carreras de caballos y apostase por un jamelgo que ni siquiera conociese, que no hubiera visto nunca y ni puñeteras ganas que tendría de hacerlo. Esto es lo que significa para él que yo gane. Pero yo voy a perder esa carrera porque yo no soy un caballo, y se lo haré saber cuando esté a punto de largarme —eso si no me las piro incluso antes de la carrera. Como que hay Dios que lo pienso hacer. Soy un ser humano y tengo pensamientos y secretos y una maldita vida interior que él ni siquiera sabe que está ahí, y nunca lo sabrá porque es un estúpido. Supongo que esto os hará reír por lo bajinis, que yo diga que el director es un estúpido hijoputa, cuando apenas sé escribir y él al revés, lee y escribe y suma como un puñetero catedrático. Pero lo que digo es la pura verdad. Él es un estúpido y yo no lo soy; porque yo soy capaz de ver dentro del alma de la gente de su clase, y él no ve una mierda en los de la mía. Ambos somos astutos, eso lo admito, pero yo lo soy más. Y al final acabaré ganando aunque me muera en el talego a los ochenta y dos tacos, porque le sacaré más diversión y chispa a mi vida que él a la suya. Lo juro. Se habrá leído miles de libros de cabo a rabo, me imagino, y por lo que sé, incluso habrá escrito unos cuantos él solito, pero estoy segurísimo, tan seguro como que estoy aquí sentado, de que lo que estoy garabateando yo ahora vale mil veces más que lo que él llegará a garabatear nunca. Me da igual lo que digan, pero esa es la

pura verdad y nadie puede negarla. Cuando habla conmigo y yo le miro a su jeta de militroncho sé que estoy vivo y que él hace tiempo que está muerto. Muerto y requetemuerto. Si se le ocurriese salir y correr nueve metros se caería redondo. Y si entrase nueve metros en lo que ando pensando también se caería redondo, pero de la sorpresa. Por ahora son los tipos muertos como él quienes dominan a los que son como yo, y no puedo estar más seguro de que siempre será así, pero a pesar de todo, juro por Cristo bendito que prefiero ser como soy —toda la vida huyendo y entrando a robar en las tiendas una cajetilla de tabaco o un tarro de mermelada— que ser como él, acostumbrado a dominar y sin saber que está muerto de los pies a la cabeza. Puede que cuanto más te guste dominar a la gente más muerto estés. Y prometo que para decir esta última frase me han hecho falta unos cuantos cientos de kilómetros de campo a través. Al principio, decir algo así me habría resultado tan difícil como echar mano al bolsillo de atrás del pantalón y sacar de allí un billete de un millón de libras. Pero es verdad, ya sabéis, y ahora que lo pienso de nuevo, siempre ha sido así y siempre lo será, y cada vez que veo al director abrir esa puerta y decir: «Buenos días, muchachos», más seguro estoy de ello.

Mientras corro y vislumbro mi aliento humeante alzarse en el aire como si tuviese diez puros clavados en partes estratégicas de mi cuerpo, pienso cada vez más en el sermoncito que me soltó el director cuando llegué al reformatorio. Honradez. Sé honrado, me dijo. Una mañana en que me acordé del discursito, me reí tanto que hice diez minutos más de mi marca habitual porque me tuve que detener para que no me mataran las punzadas que me habían empezado a dar en el costado. Al volver, el director estaba tan preocupado por mi tardanza que me mandó al médico para que me hiciesen una radiografía y me revisasen el corazón. Sé honrado, me dijo. Es como decir: sé un puñetero muerto, como yo, y así dejarás de sufrir por tener que dejar esa casucha tuya barriobajera para ir al reformatorio o peor, a la cárcel. Sé honrado y colócate en un trabajito cómodo donde te puedas agenciar seis libras por semana. Bueno, incluso con estas carreras de fondo todavía no he llegado a aclararme del todo acerca de qué quiere decir exactamente con eso, aunque estoy a punto de hacerlo y no me gusta lo que significa. Porque, tras darle tantas vueltas, me he dado cuenta de que resulta ser algo que no vale para mí, teniendo en cuenta dónde nací y dónde me crie. Porque otra cosa que la gente como el director nunca comprenderá es que yo soy honrado, vaya

que lo soy, nunca he sido otra cosa sino honrado, y siempre lo seré. Sonará raro pero es verdad; yo sé lo que implica ser honrado para mí, mientras que él solamente ve lo que tiene delante de las narices. Creo que mi honradez es del único tipo que hay válido en esta vida, aunque estoy seguro de que él opinará lo mismo de la suya. Es por eso que esta sucia casona solariega, rodeada de tapias por los cuatro costados en medio de la nada, se ha venido empleando para enjaular a tipos como yo. Y si yo tuviese el control de las cosas ni siquiera me molestaría en construir un lugar como este para encerrar a todos los polis, directores, putas de lujo, chupatintas, oficiales del ejército y parlamentarios que pueblan este puñetero país; no, los pondría directamente ante un paredón y les daría su merecido, como ellos llevan siglos haciendo con nosotros, a ver si llegan a saber lo que significa ser honrado de verdad, cosa que no saben y que nunca sabrán. ¡Ayúdame, Dios Todopoderoso!

Llevaba casi dieciocho meses en el reformatorio cuando un día empecé a pensar en serio en escaparme. Poco puedo contaros acerca de cómo era todo allí, porque no le tenía cogido el tranquillo a describir edificios o a contar cuántas sillas cochambrosas o ventanas desentablilladas conforman una habitación, ni a nada que se le pareciese. Tampoco puedo quejarme mucho porque, a decir verdad, no sufrí en absoluto en el reformatorio. Respondería lo mismo que un colega mío cuando le preguntaron si odiaba con ganas estar en el ejército. «No lo odiaba», dijo. «Me daban de comer, me proporcionaron un traje y algo de pasta, lo cual era infinitamente mejor que lo que tenía antes, a menos que me hubiese matado a trabajar para obtenerlo, y la mayor parte del tiempo ni siquiera me dejaban hacer mi curro: me mandaban a la oficina de empleo dos veces por semana.» Bien, a eso más o menos es a lo que me refiero. El reformatorio no me hizo mal en ese sentido, así que al no tener quejas no hay motivo para que describa lo que nos daban para comer, el aspecto de los dormitorios colectivos o cómo nos trataban. Pero en otro sentido el reformatorio sí que me fastidia. No, no es que me haga ponerme a la defensiva, porque siempre estuve a la defensiva, prácticamente desde el día en que nací. Lo que hace es mostrarme con qué han estado tratando de asustarme. Tienen otros medios también: la cárcel y, si las cosas se ponen feas de verdad, la soga. Es como si echase a correr para atizarle a alguien y arrebatarse el abrigo y, de repente, me tuviera que detener porque el otro sacase una navaja y la levantase para degollarme como a un marrano a la que me acercara más de la cuenta. Esa navaja es el reformatorio, el trullo, la

maroma. Pero una vez que has visto la navaja aprendes algo de combate cuerpo a cuerpo. Has de hacerlo, porque tú jamás tendrás en tus propias manos esa clase de navaja que ellos usan contra ti; por lo demás, ese combate cuerpo a cuerpo no es gran cosa. Pero es lo que hay, y sigues corriendo hacia ese tipo, con o sin cuchillo, confiando en poder agarrarle de la muñeca con una mano y del codo con la otra, todo al mismo tiempo, y empujarle hacia atrás para que la navaja se le caiga al suelo.

Ya veis, mandándome al reformatorio me han mostrado la navaja, y de ahora en adelante sé algo que no sabía antes: que ellos y yo estamos en guerra. En guerra perpetua. Siempre lo supe, naturalmente, porque también estuve en algún que otro centro de menores y los chicos de allí solían contarme un montón de cosas acerca de sus hermanos que estaban en el reformatorio; pero entonces la cosa era solo en plan «mírame y no me toques», éramos gatitos, llevábamos guantes de boxeo, solo nos estábamos divirtiendo. Pero ahora que me han enseñado la navaja, y decida o no volver a clavarla a lo largo de mi vida, sé quienes son mis enemigos y sé lo que es la guerra. Por mí pueden tirar todas las bombas atómicas que quieran porque lo único que me importa es que a eso nunca lo llamaré guerra ni llevaré uniforme militar: mi guerra, que ellos toman por un juego de niños, es otra muy distinta. Lo que ellos consideran guerra es en realidad un suicidio, y a todos los que matan cuando van a la guerra los deberían meter en el trullo por tentativa de suicidio, pues esa es la idea que está en las mentes de aquellos tipos cuando se apresuran a alistarse o se dejan reclutar. Lo sé porque he pensado lo bien que estaría a veces pegarme un tiro, y el modo más fácil de hacerlo, se me ocurría, era esperar que llegase una gran guerra para poder alistarme y que me matasen. Pero se me pasó al comprender que yo ya estaba en mi propia guerra, que había nacido en medio de una, que había crecido oyendo el sonido de los «viejos soldados» que habían combatido muy duro en la cárcel de Dartmoor, que casi acabaron muertos en la de Lincoln, atrapados en tierra de nadie en el reformatorio... Eso sonaba más fuerte que cualquier bomba que pudieran tirar los alemanes. Las guerras del gobierno no son mis guerras; esas guerras no tienen nada que ver conmigo porque a mí lo único que me preocupará siempre es la guerra que yo mismo estoy librando. Me acuerdo de cuando tenía catorce años y salí al campo con tres de mis primos. Todos ellos eran más o menos de la misma edad, y después todos fueron a parar a distintos reformatorios, y más tarde a distintos regimientos

de los que pronto desertaron, y después acabaron en cárceles en las que todavía siguen, hasta donde yo sé. Pero de todos modos, éramos unos críos en aquel entonces, y queríamos salir al campo para variar, para alejarnos durante un verano del alquitrán recalentado y apestoso de las carreteras. Saltamos verjas y atravesamos campos, y birlamos unas cuantas manzanas ácidas por el camino, hasta que divisamos el bosque a un kilómetro más o menos. Arriba ya, en Colliers' Pad, oímos a otro montón de chicos que hablaban con voz de estudiantes de secundaria tras un seto. Nos acercamos a ellos sigilosamente y los espiamos a través de las zarzas, y vimos que estaban haciendo un picnic, en un despliegue verdaderamente encopetado de cestas, termos y servilletas. Debían de ser unos siete, entre chicos y chicas; supongo que sus mamáitas y sus papaitos les habrían dejado pasar la tarde en el campo. Así es que, a través del seto, seguimos reptando sobre la barriga como cocodrilos, y los rodeamos. Entonces nos plantamos de repente en medio de ellos, y empezamos a pisotearles la hoguera, y a darles pescozones en las orejas y a coger a puñados toda la comida que había, y después corrimos riéndonos a carcajadas hacia el bosque atravesando el Huerto de los Cerezos, perseguidos por un tipo que apareció mientras estábamos saqueando el picnic. Conseguimos librarnos de él sin mayor problema, y por descontado que nos dimos un buen festín, porque estábamos medio muertos de hambre y no veíamos el momento de hincarle el diente a esos sándwiches tan finitos de jamón con lechuga y a esos bizcochos de crema que habíamos afanado.

Pues bien, creo que hasta el día de mi muerte me sentiré igual que esos niñatos imbéciles justo antes de que los atacásemos. Ellos nunca se imaginaron la que se les venía encima, al igual que el director de este reformatorio que nos suelta esas peroratas sobre la honradez y todo ese rollo no tiene ni la más repajolera idea de nada de lo que ocurre, mientras que no pasa un minuto de mi vida sin que yo olvide la alta probabilidad de que una enorme bota aplaste cualquier simpático picnic que yo tuviera la chifladura y la falta de honradez de organizar para mi propio deleite. Admito que ha habido veces en las que he pensado decirle al director todo esto que pienso, ponerle sobre aviso, pero cuando lo he tenido delante de mis narices, he cambiado súbitamente de opinión. Que lo adivine él solito, o que pase por el mismo calvario que yo hasta averiguarlo. No es que yo tenga el corazón de piedra ni nada (en realidad, cuando he tenido ocasión he ayudado a unos cuantos tipos con algo de pasta, alguna mentirijilla, un pitillo o

proporcionándoles techo cuando llovía y ellos estaban en plena huida), pero estoy jodido si corro el riesgo de que me metan en chirona solo por tratar de darle al director un consejito que no se merece. Si se me ablanda el corazón, sé para qué tipo de gente me voy a reservar. Además, cualquier consejo que le diera al director no le haría ningún bien; solamente conseguiría que metiera la pata con mayor antelación que si no le avisara, que supongo que es lo que va a ocurrir al fin y al cabo. Aunque por ahora dejaré que las cosas sigan su curso, que es algo que también he aprendido en este último par de años. (Es una suerte que solo pueda pensar en estas cosas a la misma velocidad a la que consigo escribir con esta punta de lápiz que tengo agarrada con la zarpa. De otro modo ya habría abandonado todo esto hace semanas.)

Cuando ya llevo recorrida la mitad de mi carrera matutina, cuando tras un amanecer mordisqueado por el hielo logro ver un flemático rayito de sol suspendido de las ramas desnudas de hayas y sicomoros, y cuando sé que he llegado a la mitad de la carrera porque el atajo empieza a bajar por la escarpada loma cubierta de arbustos y sigue por el sendero encharcado, cuando alrededor de mí no se ve ni un alma ni se oye nada salvo el relincho de un potro picazo en el establo de una granja que no llego a ver, llegan a mi mente los pensamientos más profundos y alocados. Al director le daría un pasmo si me viera resbalar cuesta abajo por la loma, porque me podría romper el cuello o un tobillo, pero no puedo evitar hacerlo porque es el único riesgo que corro y la única agitación que obtengo, esto de volar a toda pastilla como uno de esos pterodáctilos de la emisión radiofónica de *El mundo perdido*, loco como un gallo castrado, arañándome hasta la médula y casi abandonándome, aunque no del todo. Ese es el momento más maravilloso porque, mientras voy descendiendo, en mi sesera no hay ningún pensamiento ni una palabra ni una imagen. Estoy vacío, tan vacío como lo estaba antes de nacer, y no me abandono, supongo que porque, haya lo que haya en mi interior más profundo, ese algo no quiere que me muera ni que me haga daño de verdad. Y te vuelves loco si profundizas mucho, ya sabes, porque darle al coco no suele llevar a ninguna parte, aunque profundo es lo que soy cuando rebaso la marca que señala la mitad de camino, porque la carrera de fondo cada mañana me hace pensar que cualquier carrera como esta es una vida entera —una vida minúscula, ya lo sé—, pero una vida al fin y al cabo, tan llena de tristeza y de felicidad y de acontecimientos como esos de los que te rodeas en la realidad. Y me acuerdo de que después de muchas de estas

carreras suelo pensar que no hacía falta ser muy avisado para adivinar cómo iba a terminar esta vida mía que ya está en plena marcha. Pero como de costumbre, me equivocaba: acabé atrapado primero por la poli y después, por mi propia cabeza torpe. Nunca había podido confiar en mí mismo para salir volando impunemente de estas trampas, pues tarde o temprano, siempre acababan pillándome en falta, a pesar de que me hubiese escapado de alguna ratonera sin ni siquiera saberlo. Mirando atrás, supongo que esos árboles grandotes se ponían las ramas en el hocico haciéndose un guiño, y ahí estaba yo mientras, bajando como una bala por la ladera sin ver un carajo.

II

No es que me diga: «Si no hubieras hecho aquella trastada no habrías ido a parar al reformatorio». No: lo que trato de meterme en esta cabezota de corredor es que no había derecho a que mi suerte me dejase colgado justo cuando estaba logrando hacer creer a los polis que a fin de cuentas no era de los que hacía trastadas. Era otoño y aquella noche la niebla era tan espesa que lo último que me apetecía era salir a deambular por las calles con mi colega Mike, cuando lo más lógico habría sido quedarnos plantados delante de la tele o empotrados en alguna butaca de terciopelo fino en el cine. Pero yo estaba inquieto tras seis semanas sin dar palo al agua, y bueno, podríais preguntarme por qué llevaba tanto tiempo tumbado a la bartola, cuando yo era de los que sudaba la camiseta en una fresadora como todo hijo de vecino, pero claro, es que mi viejo acababa de morir de cáncer de garganta y entonces mi vieja había recibido quinientas libras por el seguro y la prestación de la fábrica donde él trabajaba («esto es para aliviar su duelo», le dijeron, o algo parecido).

Ahora creo, y mi madre seguro que pensó lo mismo, que un fajo nuevecito de billetes azules de cinco no hace bien a ningún bicho viviente hasta que no salga volando de tu mano hasta la caja registradora de algún tendero, y el tendero a cambio te pase por el mostrador productos de fábula, así que cuando se hizo con el dinero, mi vieja me llevó a mí y a mis cinco hermanos a la ciudad y nos emperifolló a base de ropa nuevecita. Después encargó una tele de veintiuna pulgadas, una alfombra nueva, porque la vieja estaba manchada de cuando mi padre se desangró encima al morir y no se quitaba

ni aunque la lavaras veinte veces, y cargó un taxi con bolsas de manduca y hasta un abrigo de pieles nuevo. Y ¿sabéis que? No me creeréis cuando os lo diga: todavía le quedaban a la condenada casi trescientas en su bolso abultado al día siguiente. Así que, cómo íbamos a tener el cuajo cualquiera de nosotros de ir a trabajar después de aquello. Pobre viejo, jamás tuvo una oportunidad, y fue él precisamente quien había sufrido y muerto por tanta guita.

Noche tras noche nos sentábamos delante de la tele con un sándwich de jamón en una mano, una tableta de chocolate en la otra, y una botella de limonada entre las botas, mientras mamá se divertía con algún ligue arriba, en la cama nueva que había encargado. Jamás conocí a una familia tan feliz como lo fue la nuestra durante ese par de meses que tuvimos todo el dinero que nos dio la gana. Así que cuando la pasta se nos acabó, yo no me lo pensé demasiado; me limité a deambular por las calles —para buscar otro trabajo, le decía a mi madre desde la puerta al largarme—, soñando poner las manos en otros quinientos billetes para que la vida tan buena a la que nos habíamos acostumbrado continuase para siempre. Porque es sorprendente lo rápido que te acostumbras a lo bueno. Para empezar, los anuncios de la tele nos habían enseñado que había muchas más cosas en el mundo para comprar de lo que jamás hubiéramos soñado cuando mirábamos los escaparates sin haber visto todo lo que había que ver. De todos modos, no teníamos dinero para comprarlo... Y la tele convertía esas cosas en mil veces mejores de lo que pensábamos que eran. Incluso los anuncios del cine eran más sosos y anodinos, comparados con los que ahora veíamos en privado desde casa. Solíamos pegar la nariz ante las cosas que estaban ahí, sin moverse, en los aparadores de las tiendas pero, de repente, veíamos su valor real porque saltaban y brillaban delante de nuestra jeta por toda la pantalla y venían acompañadas de pelandruscas maquilladísimas con sus tacones altos agarrando esas cosas con sus zarpas de uñas esmaltadas, plantando sobre ellas sus labios pintarrajeados, no como en los anuncios costosos de los carteles de la calle o de los periódicos, allí todos parecían unos fiambres; estos en cambio centelleaban alrededor de las latas y los paquetes a granel medio abiertos, haciéndote pensar que todo lo que tenías que hacer era acabar de abrirlos para que fuesen tuyos, como cuando ves una caja fuerte abierta a través del escaparate de una tienda cuyo dueño se ha ido a tomar un té sin pensar siquiera en proteger su viruta. Las películas que ponían en el cine también estaban bien en ese sentido, porque nos era imposible despegar la

vista de los polis que atrapaban a los cacos que llevaban sus maletines abarrotados de dinero y que tenían pinta de irse corriendo y gastárselo todo... hasta el último momento, claro. Yo siempre esperaba secretamente que quedasen libres para pulirse la pasta como les diera la gana, y siempre me daba la tentación de sacar la mano del bolsillo, hundirla contra la pantalla (parecía una mera pantalla de tela como las del cine) y agarrar al poli haciéndole una llave de cuello para que dejase escapar al tipo con las bolsas de guita. Aunque hubiese dejado noqueados a un par de empleados del banco, yo confiaba en que al final no le pescaran. En realidad, por aquel entonces, yo esperaba más que nunca que no le pescaran, porque si lo hacían seguro que le esperaba la silla eléctrica, y eso no se lo desearía a nadie, da igual lo que hubieran hecho, porque leí en un libro que en la silla eléctrica, ni muerte rápida ni vainas: te sentabas ahí y te chamuscaban vivo hasta que la palmabas. Y justo cuando esos polis perseguían a esos bribones hacíamos unos cuantos trucos divertidos con la tele, porque cuando uno de ellos abría su boca para soltar algo acerca de si cazaban al tipo, yo bajaba el sonido y le veía mover la boca como una carpa o una caballa u otro pececillo que imitase lo que se suponía que debían representar; era tan divertido que a todos los de la familia casi les daba un ataque de risa, revolcándose por la alfombra nueva que aún no se había abierto paso hacia el dormitorio. Eso era lo mejor, aunque cuando se lo hicimos a un diputado conservador que nos contaba lo bueno que iba a ser su gobierno si seguíamos votándoles (todo esto moviendo y abriendo sus morros flojos con los que trastabillaba, subiendo las manos para atusarse el bigote y tocándose los ojales para asegurarse de que no se le había marchitado la flor) se notaba que nada de lo que decía era cierto, sobre todo al no oírse ni un murmullo tras haber quitado el sonido. Cuando el director del reformatorio habló conmigo por primera vez me acordé tanto de aquellos tiempos que casi me muero al tratar de contener la risa. Sí, hacíamos tantas perrerías bien gordas con la caja tonta que mamá nos solía llamar los telemuchachos, de lo bien que se nos daba aquello.

A mi colega Mike lo dejaron en libertad provisional porque era su primer golpe —o al menos, el primero del que tenían noticia—, y porque dijeron que él nunca lo habría hecho de no ser porque yo le convencí. Dijeron que yo era una amenaza para tipos honrados como Mike —un chaval con las manos en los bolsillos para que parecieran vacíos del todo, la cabeza hacia delante como si buscase medias coronas con que llenarlos, un jersey hecho jirones

encima y todo el pelo sobre la cara para así poder abordar a las mujeres y pedirles un chelín con que matar el hambre—, que yo era el cerebro del golpe y el faro que los guiaba cuando alguno de mis colegas necesitaba decidirse. Pero juro por Dios que yo no era nada de eso, porque de verdad que tengo menos cerebro que un mosquito por haber escondido el dinero donde lo hice. Y a mí —con lo difícil que soy— me mandaron al reformatorio porque, para decir toda la verdad, ya había estado antes en centros de menores, aunque esa es otra historia y supongo que si alguna vez la cuento será un tostón tan grande como este. De todas formas, me alegró que Mike se librara, y solo espero que siempre lo haga, no como este canalla tonto del culo que soy yo.

Así es que esa noche neblinosa nos despegamos de la tele y salimos dando un portazo, y subimos por nuestra calle como si fuésemos lentos remolcadores con la sirena averiada navegando por el río, pues debido a la neblina fría como un demonio que nos envolvía no sabíamos ni siquiera donde empezaban las fachadas. Me estaba pelando de frío por no llevar abrigo: a mi madre se le había olvidado coger uno para mí con todo el tinglado de las compras, y cuando pensé en recordárselo, la pasta ya había volado. Así que nos pusimos a silbar *The Teddy Boys Picnic* para entrar en calor, y yo dije para mis adentros que pronto conseguiría un abrigo, aunque fuese lo último que hiciera en la vida. Mike dijo que él se proponía lo mismo, y dijo también que se haría con unas gafas nuevas de montura dorada para cambiarlas por las de alambre cutre que le dieron años atrás en la clínica universitaria. Mike no cayó en la cuenta de que estaba nublado al principio y se limpiaba las gafas cada vez que yo le apartaba de una farola o de un coche, pero cuando vio que las luces de Alfreton Road parecían los ojos de un pulpo, se metió las gafas en el bolsillo y no se las volvió a poner hasta que dimos el golpe. Entre los dos no juntábamos ni un penique y, aunque no teníamos hambre, la verdad es que nos habría gustado tener un chelín o dos cuando pasamos por los locales de *fish and chips*, porque el delicioso olor a sal y vinagre y grasa friéndose nos hacía salivar. No me importa confesaros que recorrimos a pie la ciudad de cabo a rabo, y cuando no teníamos los ojos pegados al suelo buscando billeteras y relojes perdidos, los teníamos mirando por las ventanas de las casas y las puertas de las tiendas por si veíamos algo fácil de afanar y que mereciese la pena quedarse.

Ninguno le dijo al otro nada de esto, pero me consta que era lo que los dos andábamos pensando. Lo que no sé —y como que estoy aquí sentado que

nunca llegaré a saber— es cuál de los dos fue el primero que reparó en el patio trasero de aquella panadería. Ah sí, qué bien, me podéis decir que fui yo, pero la verdad es que nunca supe si fue Mike o no, porque sé que no vi la ventana abierta hasta que él no me arreó un codazo en las costillas y me la señaló.

—¿La ves? —me susurró.

—Sí —le dije yo—, así que, vamos, zumbando.

—Pero ¿y cómo quieres que saltemos la valla? —susurró, mirando desde un poco más cerca.

—Me subo a tus hombros —sugerí.

Ya tenía los ojos puestos allí arriba:

—¿Lograrás llegar?

Fue la única vez en toda la tarde que mostró algo de vitalidad.

—Déjame a mí —respondí yo, siempre dispuesto—. Puedo llegar a cualquier sitio. Tienes los hombros como dos jamones.

Mike era un canijo comparado conmigo, pero bajo el jersey zarrapastroso de cuadros negriblancos que llevaba tenía unos músculos duros como el hierro, y al verlo bajar la calle con las gafas puestas y las manos en los bolsillos pensaríais que no es capaz de matar una mosca, pero a mí nunca me hizo gracia pensar en estar en el bando contrario si lo agarraba en un mal día, porque es de esa clase de tipos que no abren la boca durante semanas; se sienta delante de la tele, se pone a leer una novela de vaqueros o se echa a dormir, cuando de repente PLOF: deja medio muerto a alguien por una nimiedad, por ejemplo, que le ganen en una carrera por el último *Football Post* un sábado por la noche, o que le empujen al entrar en el autobus, o que se tropiecen con él cuando está ensimismado imaginándose a su vecina esa tan mona metida en la bañera. Lo vi destrozar a un tipo una vez solo porque decía que le estaba mirando raro, y luego resultó que el fulano era bizco, pero nadie lo sabía porque justo ese día se había mudado a nuestra calle. En otras ocasiones, nada de esto tenía la menor importancia, y supongo que la única razón por la que fuimos colegas radicaba en que yo tampoco le daba mucho a la sin hueso de un mes para otro.

Mike puso las manos arriba en el aire como si le estuvieran apuntando con una ametralladora Gatling, y se dirigió hacia la pared como si lo fuesen a acribillar; yo trepé por encima de él como si fuese una gradilla o una escalera de mano, y él allí de pie, con las palmas de sus manazas estiradas y vueltas

hacia fuera para permitirme poner los pies sobre ellas como si fuera un gato hidráulico ajustable bajo un coche; no se le oía respirar, ni siquiera dar un respingo. De todos modos, yo tampoco perdía el tiempo: agarré mi abrigo que llevaba entre los dientes, lo dejé plantado ahí arriba en el muro rematado por trozos de cristal (los cristales no estaban muy afilados, pues años de pedradas ocasionales habían ido limando las aristas) y, antes de darme cuenta, ya estaba sentado a horcajadas sobre él. Luego bajé por el otro lado, y las piernas se me clavaron a la garganta cuando aterricé sobre el suelo; el chasquido sonó tan fuerte como cuando te tiras desde lo alto en paracaídas — uno de mis colegas me contó que era como saltar desde un muro de más de tres metros, justo los que tendría este—. Entonces me recompuse y le abrí la verja a Mike, que seguía sonriente y animoso porque la parte más dura del golpe ya estaba liquidada. «Llegué, forcé y entré», como dice esa tonadilla tan sabihonda que cantamos en el reformatorio.

Yo no pensé nada de nada, como de costumbre, porque no lo hago nunca cuando estoy atareado, cuando trepo por tuberías, arramblo con sacos, reviento cerraduras, abro pestillos y empleo mis manos huesudas y mis larguiruchas piernas en lograr que algo se mueva, apenas sintiendo el inspirar —*uiff*— y el espirar —*uaff*— de mis pulmones, sin coscarme de si tengo los labios fruncidos o la boca abierta, de si tengo hambre, si me pica alguna costra o si tengo la bragueta abierta, y escupiendo sucias palabrotas en la niebla, bien entrada la noche. Y al no darme cuenta de ninguna de estas cosas, entonces ¿cómo puedo decir con sinceridad que pienso en algo en tales ocasiones? Cuando me pregunto cuál es la mejor manera de abrir una ventana o de forzar una puerta, ¿cómo puedo estar pensando cualquier cosa o tener algo en mente? Eso es lo que el cuatro ojos ese de la bata blanca y la libreta no podía entender cuando se pasó días y días haciéndome preguntas tras mi ingreso en el reformatorio; y entonces yo no podía explicárselo tal como ahora lo estoy escribiendo aquí; y aunque hubiese sido capaz, a lo mejor él no lo habría pillado porque no sé si yo mismo lo entiendo incluso en este momento, aunque podéis estar seguros de que lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

Así que antes de saber dónde me encontraba, ya me había colado en la trastienda de la panadería y miraba cómo Mike se llevaba la caja del dinero tras haber encendido una cerilla para orientarse; lucía su sonrisa de sastre barato hecha a medida para su cara de pelo al rape al tiempo que sus zarpas se

cerraban sobre la caja como si la fuera a estrujar. «Fuera de aquí», dijo de repente, sacudiéndola como a un sonajero. «Nos las piramos.»

—A lo mejor hay algo más —dije yo, abriendo los seis cajones de un escritorio de persiana.

—No —respondió él, como si llevase veinte años en el negocio—. Este es el botín. No hay nada más —dijo mientras acariciaba la caja de latón.

Yo abrí otros cuantos cajones, llenos de facturas, libros y cartas.

—¿Y tú qué coño sabes, listillo?

Me empujó para pasar, como un toro por una verja.

—Lo sé, y ya está.

Fuese o no cierto, teníamos que seguir juntos y hacer los dos lo mismo. Le eché una mirada a una máquina de escribir nueva chulísima, pero sabía que sería muy fácil seguirle el rastro, así es que le tiré un beso y salí tras él.

—Espera —le dije, cerrando la puerta—, no tenemos prisa.

—Más bien sí —respondió él por encima del hombro.

—Esta pasta nos dará para varios meses —susurré yo mientras cruzábamos el jardín—, pero mejor no dejemos que esa verja chirrie más de la cuenta o algún soplón pondrá la antena.

—¿Te crees que estoy majareta? —dijo, haciendo chirriar la verja de tal forma que lo oyó toda la calle.

No sé qué pensaría Mike en aquel momento, pero yo estaba muy preocupado intentando averiguar cómo volver a salvo por la calle con esa caja repleta de dinero bajo mi jersey. Porque me la endosó en las manos en cuanto salimos a la calle principal, lo cual indicaba que él también se había puesto a pensar, y eso lo único que te muestra es que uno ignora lo que hay en la mente de alguien salvo que a ti también te dé por hacer cavilaciones. Pero mis pensamientos en ese momento no eran nada del otro mundo. Solo tenía un poco de miedo, que no se iba ni con agua hirviendo, acerca de lo que diríamos si un poli nos preguntaba a dónde íbamos con esa cosa bajo el jersey.

«¿Qué es eso?», preguntaría, y yo diría: «Tengo un tumor, señor». «¿A qué te refieres con un tumor, chaval?», respondería él, en plan cascarrabias. Yo tosería un poco y me encogería como si me estuviera dando el retortijón más fuerte del mundo, y entrecerraría los ojos como si en realidad estuviese de camino al hospital, y Mike me agarraría del brazo como si fuese mi amigo del alma. «Cancer, señor», me las apañaría para decirle al señor Soplón, y eso

haría sospechar un par de cosillas a su cerebro lento y aturdido. «¿En un chaval de tu edad?» Entonces yo volvería a mis quejidos, confiando en hacerle sentir como un verdadero matón hijoputa, lo cual sería imposible, pero en cualquier caso le diría: «Es cosa de familia; mi viejo murió de esto el mes pasado, y yo me moriré de lo mismo el mes próximo, por la pinta que tiene». «¿De qué? ¿Lo tenía en la tripa?» «No, en la garganta. Pero a mí me ha atacado al estómago.» Aquí más quejidos y toses. «Vaya, no deberías andar por las calles si tienes cáncer. Tendrías que estar en el hospital.» Y ahora yo me mosquearía: «Es adonde estoy tratando de ir, si usted me lo permite y deja de hacerme tantas preguntas, señor, ¿no, Mike?». Resoplido de Mike al ver al tipo sacudir la porra. Y justo a tiempo, el policía nos diría que siguiésemos nuestro camino, amable y considerado de repente, diciendo que la sección ambulatoria del hospital cerraba a las doce, así que a ver si no iba a ser mejor que él llamase a un taxi. Lo haría de buen grado si quisiéramos, dijo, y lo pagaría él además. Pero le diríamos que no se molestase, que era un buen hombre aunque fuese un puñetero poli, y que de todas formas conocíamos un atajo para llegar antes. Y nada más dar la vuelta a la esquina se le metería en su abultada sesera que íbamos en dirección contraria al hospital, y nos volvería a llamar a gritos. Por tanto empezariamos a correr... Si es que a todo eso se le puede llamar *pensar*.

Una vez arriba, en mi cuarto, Mike abrió la caja del dinero con un martillo y un cincel, y antes de que nos diéramos cuenta, ahí teníamos setenta y ocho libras con quince chelines y cuatro peniques y medio por cabeza esparcidos sobre mi cama como si aquello fuese la mesa del té en pleno día de Navidad: bizcocho y trifle, ensalada y sándwiches, tartas de mermelada y tabletas de chocolate, todo a partes iguales entre Mike y yo, porque opinábamos que a igual trabajo, igual recompensa, como el grupo de compañeros del que mi viejo formó parte hasta que no podía mover ni un dedo ni le quedaba aliento con el que discutir. Pensé en lo estupendo que era que a tipos como ese pobre panadero no les hubiera dado por acumular todas sus ganancias en uno de esos bancos de enormes fachadas de mármol que invaden cada esquina de la ciudad, qué suerte para nosotros que no confiase en esas sanguijuelas por muchos millones de toneladas de cemento que tuvieran las paredes de esos sitios, o las barras de hierro y las cajas de caudales con que estuvieran equipados, o por muchos polis que pegaran sus azules y bizcos ojos en ellos; qué fantástico era que aún creyeran en cajas tipo hucha, cuando tantos

tenderos lo encontraban pasado de moda y fingían ir de modernos depositando sus fondos en un banco, y dejando así de paso sin su oportunidad a un par de individuos sinceros, honrados, serios y trabajadores como nosotros.

A estas alturas seguro que estaréis pensando, porque yo lo pensaría, y cualquiera con cuatro dedos de frente lo haría también, que habíamos dado el golpe más limpio de la historia; que al estar la panadería a menos de dos kilómetros de donde vivíamos, al no habernos visto ni un alma, por la niebla y porque no habíamos pasado ni cinco minutos allí, habría sido imposible que los polis hubieran sido capaces de seguirnos el rastro. Pero entonces os equivocaríais de medio a medio, me equivocaría yo y se equivocaría la humanidad entera, por más dedos de frente que tuviéramos entre todos.

Con todo y con eso, Mike y yo decidimos no empezar a despilfarrar el dinero a diestro y siniestro, porque eso habría hecho pensar enseguida a la gente que habíamos birlado algo que no nos pertenecía. Y esto no nos convencía en absoluto, porque incluso en una calle como la nuestra viven personas a las que les gusta hacerle un favorcito a los polis, aunque yo nunca he entendido el porqué. Hay personas tan roñosas que, aunque solo tengan dos míseros peniques más que tú y piensen que eres de esos que se los quedaría a la menor oportunidad, lograrían hacer que te enchironasen si te vieran arrancando media tubería de plomo de un baño, incluso aunque no fuese del suyo, solo con tal de poner sus dos peniques lejos de tu alcance. Así es que decidimos no soltar prenda acerca de lo ricos que éramos; nada de irnos al centro y volver hechos unos pinceles, con trajes nuevos de Teddy Boys y una batería para tocar *skiffle*, como había hecho un colega nuestro que se había cepillado la oficina de una fábrica seis meses antes. No, nosotros sacamos la calderilla, doblamos los billetes en fajos y los embutimos dentro del canalón que hay junto a la puerta, en el patio trasero.

—A nadie se le ocurrirá buscarlo ahí —le dije a Mike—. Lo esconderemos ahí una o dos semanas y luego iremos sacando unas cuantas libras por semana hasta que se acabe. Puede que seamos unos viles rateros, pero tontos no somos.

Unos días después, un poli vestido de paisano llamó a la puerta preguntando por mí. Yo estaba todavía en la cama, eran las once, y entonces mi madre me llamó y me obligó a despegarme de las acogedoras sábanas negras.

—Baja para acá. Un hombre quiere verte —dijo—. Date prisa o se marchará.

La oía entretenerlo en la puerta de atrás, cotorreando todo el rato sobre el buen tiempo que había estado haciendo y sobre la pinta que tenía de llover ya desde esa mañana temprano, y él no le respondía nada más que con un «sí» o un «no» altaneros. Yo me calcé los pantalones como pude, preguntándome por qué habría venido. Pero desde el principio supe que se trataba de un poli, porque eso de «un hombre quiere verte» siempre quería decir lo mismo en nuestra casa. Pero si hubiese tenido la más remota idea de que otro tipo igual estaba en aquel mismo momento en la casa de Mike, preguntando por lo mismo, habría caído en la cuenta de que todo tenía que ver con esos ciento cincuenta billetes que habíamos embutido en el canalón que había junto a la puerta de atrás, en realidad a unos veinte centímetros de la bota de aquel poli vestido de paisano. Mi madre, mientras tanto, seguía parlotando con él pensando que me estaba haciendo un favor, y yo le pedía a Dios que ella fuese un poco lista y le invitase a entrar, aunque me daba cuenta al mismo tiempo de que eso resultaría más sospechoso que dejarlo fuera. Esos tipos saben que los odiamos hasta las entrañas y se olerían algo si pensasen que tratamos de ser amables con ellos. Mi madre no ha nacido ayer, recuerdo que pensé yo, mientras bajaba a trompicones las viejas escaleras.

A ese yo lo había visto antes: era Bernard, el del reformatorio, con un gorro puesto; era Ronald, el del centro de menores, con sus botas de remar; era Pete, el de libertad condicional, con su gabardina de minero; era el de los tres meses en el trullo con camisa y corbata (todo esto viene de una balada que se inventó mi nuevo colega del reformatorio, y os la contaría del todo, pero eso es otra historia); era un detective en cuyos bolsillos nunca se había encontrado una cantidad de dinero como la que ese canalón guardaba ahora mismo en sus tripas. De cara se parecía a Hitler, con el bigotillo tipo brocha, solo que al medir uno ochenta parecía aún peor. Así que yo me puse derecho para mirarle a sus ramplones ojos azules, como hago siempre con los polis.

Entonces comenzó a hacerme preguntas y más preguntas, y mi madre, mientras tanto, le decía desde atrás: «No se ha apartado de la tele desde hace tres meses, así que no tienes nada que hacer con él, compañero. Será mejor que busques a otro primo, porque estás malgastando la contribución que sale del alquiler que pago y de los impuestos sobre mi sueldo quedándote ahí de pie», lo cual era muy gracioso porque nunca, que yo sepa, mi madre ha

pagado nada ni lo pagará; o al menos eso espero.

—Bien, sabes dónde está Papplewick Street, ¿a que sí? —me preguntó el poli, ignorando a mi madre.

—¿No es la que sale de Alfreton Road? —le pregunté yo por mi parte, colaborador y lúcido.

—Y sabes que hay una panadería a medio camino, en la acera de la izquierda, ¿no?

—¿No es la que está al lado del pub? —quise saber.

Me respondió cortante:

—No, por mis muertos que no es esa.

Los polis siempre pierden los estribos enseguida, y a menudo no ganan nada con ello.

—Pues entonces no sé cuál es —le dije, salvado por la campana.

El tipo trazaba círculos con la bota una y otra vez en el quicio de la puerta.

—¿Dónde estuviste la noche del viernes pasado? —Había vuelto al ring, pero esto era peor que un combate de boxeo. No me gustaba que intentase acusarme de algo sin estar seguro de si yo lo había hecho.

—¿Quiere que diga que estuve en la panadería que ha mencionado? ¿O quizá en el pub de al lado?

—Te van a caer cinco años en reformatorio si no me das una respuesta clara —dijo, desabrochándose el impermeable aunque ahí fuera, donde él estaba, hacía un frío que pelaba.

—Pues pegado a la tele, como dice mi madre —le juré con cara de cordero. Pero él seguía dale que dale con sus preguntas disparatadas:

—¿Tenéis televisión?

Con las cosas que preguntaba no habría pescado ni a un crío de dos años, y qué otra cosa podía responder yo a la última salvo:

—¿Es que se nos ha caído la antena? ¿O a lo mejor querría entrar a verla?

Me odió más todavía por lo que acababa de decir.

—Sabemos que no estabas escuchando la televisión el viernes pasado, y tú también lo sabes, ¿a que sí?

—Puede que no, pero estaba *mirándola*, porque a veces quitamos el sonido para divertirnos un poco.

Podía oír a mi madre riéndose por lo bajinis desde la cocina, y confiaba en que la madre de Mike estuviese haciendo lo mismo si los polis habían ido también a buscarlo.

—A nosotros nos consta que no estabas en casa —dijo, comenzando de nuevo, dándose golpecitos con el picaporte. Siempre dicen «a nosotros», «a nosotros», nunca «a mí», «a mí», como si tuviesen más valor y más razón sabiendo que son un montón contra uno solo.

—Tengo testigos —le dije—. Mi madre, la primera. Su ligue, el segundo. ¿No son suficientes? Te puedo conseguir una docena más, o una docena larga, si lo que pasó fue que le robaron a un panadero.

—Basta de mentiras —dijo, sin pillar lo de la docena del panadero, que es igual que la del fraile. De verdad... no sé de dónde sacan a los polis hoy en día—. Lo único que quiero que me digas es dónde has puesto ese maldito dinero.

No te cabrees, me decía a mí mismo todo el rato, no te cabrees, mientras escuchaba a mi madre sacando tazas y platillos y poniendo la sartén al fuego para freír beicon. Di un paso atrás e hice el gesto de invitarle a entrar, como si fuese un mayordomo.

—Entre y busque en casa... si tiene orden de registro, claro.

—Escucha, muchachito —dijo el asqueroso canalla engreído de él—, cierra el pico de una vez, porque si te llevamos al cuartelillo te van a arrear bien y a ponerte el ojo a la virulé por listillo.

Y sabía que no estaba de broma, porque había oído hablar de todas esas canalladas que le hacen a la gente en las comisarías. Confiaba en cualquier caso que algún día fuesen él y sus colegas los que acabasen con el ojo a la virulé y los moratones; eso nunca se sabe. Podría suceder antes de lo que uno cree, como en Hungría.

—Dime dónde está el dinero y te conseguiré libertad condicional.

—¿Qué dinero? —le pregunté, porque eso también lo había oído antes.

—Tú ya sabes cuál.

—¿Tengo yo cara de saber algo acerca de algún dinero? —dije, metiendo el puño a través de un desgarrón que había en mi camisa.

—El dinero que han birlado y que tú sabes muy bien dónde está —dijo él—. A mí no me puedes engañar, así que ni lo intentes.

—¿Eran tres chelines con ocho peniques y medio? —pregunté.

—¡Hijoputa ladrón...! Te vamos a enseñar a robar lo que no te pertenece.

Giré la cabeza:

—Mamá —la llamé—, ponme al aparato con mi abogado, ¿puedes?

—Te crees muy listo —dijo con cara de pocos amigos—, pero no

pararemos hasta haber aclarado esto.

—Mire —le supliqué, como si fuese a ponerme a llorar a lágrima viva porque el tipo me hubiese tomado por lo que no soy—. Me parece muy bien que estemos aquí hablando los dos, es casi como un juego, pero me gustaría que me dijese de qué va, porque le juro por Dios que acabo de levantarme de la cama y aquí está usted en la puerta comentando que yo he sisado un montón de dinero, dinero del que no sé nada de nada.

En ese momento, giró sobre sus talones como si me hubiese pescado in fraganti, aunque yo no lograba ver qué le hacía pensar así.

—¿Quién ha hablado de dinero? Yo no. ¿Qué te ha llevado a sacar el tema del dinero en esta charlita que estamos manteniendo?

—Fue usted —respondí, pensando que estaba volviéndose majareta, y casi a punto de echar espuma por la boca—. Usted no tiene en la sesera nada más que dinero, como todos los guindillas. Y las panaderías, igual.

Entrecerró los ojos:

—Quiero que me des una respuesta: ¿dónde está ese dinero?

Pero yo ya me estaba hartando de todo esto.

—Hagamos un trato.

A juzgar por su cara de bombilla encendida, de repente pensó que se trataba de algo bueno.

—¿Qué clase de trato?

Así que se lo dije:

—Le daré todo el dinero que tengo, un chelín y cuatro peniques y medio si acaba ya con este tercer grado y me deja entrar a desayunar. Se lo digo de verdad, tengo una gusa que me muerdo. No he probado bocado desde ayer. ¿No oye cómo me suenan las tripas?

Se quedó boquiabierto, pero ahí siguió, sonsacándome durante otra media hora. Un chequeo rutinario, como dicen en las películas. Pero yo sabía que estaba ganándole por puntos.

Entonces se marchó, pero volvió por la tarde para registrar la casa. No encontró nada, ni medio penique. Me cosió a preguntas de nuevo y yo no le conté nada más que mentiras, mentiras y más mentiras, porque puedo mentir durante horas sin parpadear si me lo propongo. No sacó nada contra mí, y ambos lo sabíamos, pues de no haber sido así enseguida me habrían llevado al cuartelillo, pero él siguió y siguió, ya que yo había estado antes en un centro de menores por haber trepado por una tapia, y Mike se vio en las

mismas porque todos los polis de la zona sabían que era mi mejor amigo.

Cuando oscureció, Mike y yo estábamos en el salón de mi casa con las luces bajas y la tele apagada; Mike tan pancho en la mecedora y yo repantingado en el sofá, los dos dando caladas a un paquete de Woods. Con la puerta cerrada con pestillo y las cortinas corridas, hablábamos de la pasta que habíamos metido en el canalón. Mike opinaba que teníamos que sacarla y largarnos a Skegness o a Cleethorpes y divertirnos en las máquinas recreativas, viviendo como lords en una pensión cerca del embarcadero, así al menos ambos nos daríamos un homenaje antes de que nos metieran en el trullo.

—Escucha, tonto del culo —le dije—, no nos van a pillar ni de coña, y *además* lo vamos a pasar bien, pero eso será después.

Éramos tan listos que ni siquiera fuimos al cine, aunque no nos faltaban ganas.

Por la mañana, el viejo cara de Hitler me volvió a interrogar, esa vez con uno de sus compañeros, y al día siguiente vinieron y trataron por todos los medios de sonsacarme algo, pero no cedí ni un milímetro. Sé que alardeo al decir esto, pero éramos tal para cual, y yo nunca me rindo ante las preguntas, por más rato que dure el interrogatorio. Registraron la casa un par de veces también, lo que me hizo pensar que realmente creían tener una pista, pero yo para entonces sabía que no, y que todo eran meras especulaciones fallidas. Pusieron la casa patas arriba y del revés como un calcetín viejo, fueron del tejado a lo más bajo y desde la puerta delantera a la trasera, pero naturalmente, no encontraron nada. El poli llegó a meter la cara en la chimenea del cuarto de estar (que hacía años que no encendíamos ni deshollinábamos) y salió como Al Jolson, así que tuvo que lavarse en el fregadero. Siguieron dando golpecitos y hurgando alrededor de la gran aspidistra que la abuela le había dejado a mi madre, levantándola de la mesa para mirar bajo el mantel; poniéndola a un lado para poder mover la mesa y acceder a los listones que hay bajo la alfombra, pero a los muy cabezones, estúpidos, bastardos ignorantes ni tan siquiera se les ocurrió vaciar la tierra del tiesto, donde habrían encontrado, abollada, la caja que enterramos la misma noche que dimos el golpe. Supongo que todavía sigue allí, ahora que lo pienso, y supongo que mamá se preguntará de vez en cuando por qué la planta no prospera como antes —como si pudiera, con un puñado de gruesa hojalata negra metida en sus entrañas.

La última vez que llamó a nuestra puerta fue una mañana lluviosa a las nueve menos cinco; yo estaba dormido como un tronco en mi cama mugrienta, como de costumbre. Mamá había salido a trabajar, así que le grité que esperase un poco, y bajé a ver quién era. Ahí estaba él, con su metro ochenta de altura, empapado de arriba abajo, y por primera vez en mi vida hice algo malintencionado por lo que nunca me perdonaré: no le pedí que entrara a refugiarse de la lluvia porque quería ver si se pillaba una neumonía doble y se moría. Supongo que él me podría haber empujado para entrar si hubiese querido, pero quizá estaba acostumbrado a hacer preguntas desde la entrada y no quería que lo desalentaran cambiándole de sitio aunque estuviese lloviendo. Si no me gusta ser malintencionado no es porque tenga algún tipo de principio absurdo, pero esta travesura mía, tal como se produjo, no me hizo ningún bien. Lo tendría que haber tratado como a un hermano al que no hubiese visto desde hacía veinte años y haberle forzado a entrar para invitarle a un té y a un cigarrillo, o hablarle de la película que no vi la noche anterior, o preguntarle cómo estaba su mujer tras la operación y si le habían tenido que afeitar el felpudo para hacérsela, y luego lograr que saliese feliz y contento por la puerta. Pero no, pensé, a ver qué me cuenta él.

Se fue hacia un lado de la puerta, o bien porque ahí llovía menos o porque quería verme desde un ángulo distinto; quizá porque encontraba monótono mirar siempre desde el mismo lado la cara de un sujeto que no para de contar trolas.

—Has sido identificado —dijo, sacudiéndose las gotas de lluvia del bigote—. Una mujer os reconoció a ti y a tu amigo ayer y jura por su vida que sois los mismos chavales que vio entrar en esa panadería.

Yo estaba segurísimo de que seguía faroleando, porque Mike y yo ni siquiera nos habíamos visto el día anterior, pero fingí preocupación.

—Entonces ella, quienquiera que sea, resulta una amenaza para la gente inocente, porque la única panadería en la que he estado últimamente es en la del final de esta calle para que me fiaran unas rebanadas de pan para mi madre.

No se lo tragó.

—Pues ahora quiero saber dónde está el dinero —dijo, como si yo no le hubiese dado ninguna respuesta.

—Creo que mi madre se lo llevó al trabajo esta mañana para tomarse un té en la cantina. —Jarreaba de tal forma que pensé que el agua lo arrastraría si

no entraba. Pero me daba un poco igual, y seguí—: Me acuerdo de que anoche lo puse en el florero que está sobre la tele; era mi único chelín con tres peniques: los estaba ahorrando para un paquete de filtros esta mañana; en fin, y casi me da un soponcio hace un minuto al ver que no estaba. Contaba con ello para salir del paso hoy, porque no creo que la vida merezca la pena sin un pitillo, ¿no le parece?

Estaba cogiéndole el tranquillo a la cosa y poco a poco comencé a sentirme cómodo; me di cuenta de que esa sería mi última sarta de mentiras, y de que si lograba seguir con ellas el tiempo necesario, esta vez sería yo el que ganase a esos canallas: Mike y yo nos iríamos a la costa en unas semanas para pasarlo mejor que nunca jugando al fútbolín y ligando con un par de zorritas que nos hiciesen todo lo que se les da tan bien.

—Y este tiempo no es bueno para ir recogiendo colillas por la calle —dije—, porque estarán como una sopa. A ver, ya sé que podría secarlas cerca de la chimenea, pero no saben igual, a fin de cuentas. La lluvia les hace algo que no soporto pensar: las convierte de nuevo en boñigas, pero sin el sabor.

Empecé a preguntarme, detrás de mis ojos cretinos, por qué el viejo poli orejón no me daba un corte diciéndome que no tenía tiempo de escuchar monsergas, pero es que ya no me miraba, y todos mis pensamientos sobre Skegness se hicieron añicos en mi espesa mollera. Cuando vi en qué tenía puesta el tipo la mirada, deseé que me tragase la tierra.

Estaba mirando justamente *eso*, un adorable billete de cinco libras, y yo solamente alcancé a farfullar:

—Lo mejor es tener algunos pitillos de verdad, porque siempre son mejores las boñigas nuevas que lo que se ha mojado y secado después, y sé cómo se siente por no ser capaz de encontrar dinero porque un chelín y tres peniques son un chelín y tres peniques en cualquier bolsillo, y naturalmente, si los veo por ahí, le pego una llamadita mañana mismo y le digo dónde encontrarlos.

Pensé que me iba a desmayar de un ataque: el agua había arrastrado también tres billetes verdes, y les seguían otros tantos, que al principio se posaban lisos sobre el suelo al caer, pero después se iban curvando por los bordes debido al viento y a las gotas de lluvia, como si estuvieran vivos y quisieran volver al seco y estrecho canalón para protegerse del terrible tiempo que hacía, y no os podéis imaginar cuánto deseé que lo lograsen. El viejo cara de Hitler no sabía qué hacer al respecto pero se limitó a mirar fijamente una y

otra vez hacia abajo, y yo pensé que era mejor seguir hablando, aunque sabía que ahora ya no servía de mucho.

—Es un hecho, ya lo sé, que es difícil conseguir dinero, y que las medias coronas no se encuentran en el asiento del autobús o en la papelera, y yo no vi ninguna en mi cama anoche porque de haber sido así me habría dado cuenta, ¿no? No puedes dormir con cosas así sobre la cama porque son demasiado duras, y, en cualquier caso, al principio, son...

A Hitlerito le llevó bastante tiempo percatarse; innumerables billetes empezaban a desplegarse poco a poco por todo el patio, afianzados por el tercer estandarte de un billete de diez chelines. Entonces su mano se posó sobre mi hombro.

III

El director barrigón con ojos de besugo le estaba diciendo a un parlamentario barrigón con ojos de besugo que se sentaba junto a la furcia de su mujer barrigona y con ojos de besugo que yo era la única esperanza que tenían de hacerse con la copa del Premio Banda Azul de reformatorios en la categoría de carrera de fondo campo a través (para toda Inglaterra); y en verdad lo era, y eso me hizo reírme para mis adentros, porque a ninguno de esos hijos de puta barrigones con ojos de besugo les dije ni una palabra que les pudiera dar verdadera esperanza, aunque sabía que en cualquier caso el director tomaba mi silencio como señal de que ya consideraba que tenía esa copa bien plantadita en un estante de su oficina entre otros tantos trofeos herrumbrosos.

—Cuando salga, podría tomarse lo de correr de forma más o menos profesional —y no fue hasta que dijo esto y yo lo oí con mis propias orejotas que me di cuenta de que quizás fuera posible hacer algo así: correr por dinero, trotar por un sueldo retribuido por pieza, trabajar a un chelín por resoplido aumentando poco a poco a una guinea cada resuello y jubilarme por vejez a los treinta y dos con los pulmones como el encaje de los visillos, un corazón como una pelota de fútbol y unas piernas como un tallo de habichuelas varicosas. Pero tendría mujer y coche y mi careto sonriente de fondista saldría en los periódicos, y tendría una secretaria espectacular que respondiese a las pilas de cartas enviadas por monadas que me acosarían al descubrirme cuando me abriese camino en Woolworth's para hacerme con

un paquete de cuchillas de afeitar y tomar una taza de té. Era algo que valía la pena comenzar a pensar ya mismo, y seguro que el director sabía que me tenía engatusado cuando dijo, volviéndose hacia mí como si fuese necesario consultarme acerca de ello: «¿Tú qué piensas de todo este asunto entonces, Smith, muchacho?».

Una hilera de ojos de besugo de barrigones se posó en mí y una fila de bocas de carpa se movieron mostrándome sus dientes de oro, así es que les di la respuesta que querían porque yo me guardaba mi carta ganadora para más tarde.

—Me iría muy bien, señor —dije.

—Buen chico. Buen trabajo. La actitud apropiada. Espléndido.

—Bien —dijo el director—, consíguenos hoy esa copa y yo haré todo lo que pueda por ti. Conseguiré que te entrenen para que logres ganar a cualquiera sobre la faz de la tierra.

Entonces en mi cabeza apareció una imagen de mí mismo corriendo y ganando a todo el mundo, dejando atrás a todos hasta quedarme solo trotando por un páramo grande y espacioso, logrando una marca excelente mientras me rasguñaba entre cantos rodados y cañaverales, cuando de repente: ¡CRAC! ¡CRAC!, unas balas más rápidas que cualquier corredor, procedentes del rifle de un poli plantado junto un árbol, me alcanzaban, me reventaban las tripas a pesar de mi perfecto estilo al correr, y yo me caía al suelo.

Los barrigudos esperaban que dijera algo más, así que añadí:

—Gracias, señor.

Al indicarme que me fuese, bajé al trote los escalones del pabellón y salí al campo, porque la gran carrera de fondo estaba a punto de comenzar y los dos participantes de Gunthorpe se habían plantado temprano en la línea de salida y estaban preparados para arrancar como canguros blancos. El campo de deportes lucía muy adornado: con grandes carpas para tomar el té por todas partes, banderas ondeando y asientos para las familias —vacíos, porque ni las madres ni los padres sabían qué era eso del día de la inauguración—, y aún había chicos corriendo eliminatorias para los ochenta metros, y lords y ladies que iban de puesto en puesto, y la Charanga de los Chicos del Correccional con su uniforme azul; y arriba en las tribunas, las chaquetas marrones de Hucknall junto a nuestras propias americanas grises, y luego la panda de Gunthorpe, con las mangas de la camisa enrolladas. El cielo azul estaba

bañado de sol; no podía hacer mejor día, y todo aquel gran espectáculo parecía salido de *Ivanhoe*, que habíamos visto en el cine unos días antes.

—Vamos, Smith —me llamó Roach, el entrenador—, no queremos que llegues tarde a la gran carrera, ¿eh? Aunque me atrevería a decir que los alcanzarías en cualquier caso.

Los demás gruñeron y silbaron al oír esto, pero yo fingí no darme cuenta y me situé entre el de Gunthorpe y uno de los del Aylesham, me agaché sobre las rodillas y arranqué unas cuantas briznas de hierba para ir chupándolas durante el trayecto. De modo que esa era la gran carrera, para ellos, los que nos escrutaban desde la tribuna presidencial bajo la bandera británica agitándose en el aire; una carrera para el director, que tanto la había esperado, y en quien yo confiaba para que él y el resto de su pandilla de ojos de besugo apostasen por mí como locos, cien a uno al que gane, todo el dinero que tenían en los bolsillos, todos los sueldos que esperaban recibir durante los siguientes cinco años, porque cuanto más dinero apostasen, más contento estaría yo. Porque estaba claro que habría un tipo que se moriría de risa por el bombo que le habían estado dando; que esa mañana se iba a morir de risa aunque se ahogase en el intento. Mis rodillas sentían la tierra fresca penetrando en ellas, y entonces por el rabillo del ojo vi que Roach alzaba la mano. El chico de Gunthorpe se movió nervioso justo antes de que diesen la señal; alguien vitoreó demasiado pronto; Medway se inclinó hacia delante, entonces sonó el disparo y ahí me lancé a correr.

Dimos una vuelta al campo y luego recorrimos un camino de olmos de casi un kilómetro, y a cada rato nos jaleaban y, cuando salimos por la verja hacia el sendero, yo empecé a sentir que iba en el grupo de cabeza, aunque no me interesaba mucho comprobarlo. La carrera de ocho kilómetros estaba señalizada por salpicones de pintura blanca reluciente sobre postes y troncos de árboles y portillos y piedras, y cada ochocientos metros había un chico con una botella de agua y un botiquín esperando a los que se caían o sufrían desmayos. En el primer portillo, y sin habérmelo propuesto del todo, ya solo tenía a uno por delante; y si alguien quiere consejos sobre cómo correr, yo le diría que nunca tuviera prisa, y que nunca le hiciera ver a los demás corredores que tienes prisa, aunque en realidad la tengas. Siempre puedes aventajar a los demás en una carrera de fondo si no dejas que te huelan la prisa; y al emplear así tu destreza para alcanzar a los dos o tres que tenías por delante, más tarde podrás dar un acelerón que ensombrezca la prisa de los

demás, porque tú no has tenido que gastar tus energías hasta entonces; yo me acomodé a un ritmo regular de trote corto, enseguida se me hizo tan suave que me olvidé de que estaba corriendo, apenas era capaz de saber que mis piernas subían y bajaban y mis brazos se juntaban y separaban de mis costados, los pulmones no parecían estar trabajando en absoluto, y mi corazón detuvo ese maldito batir que siempre tengo cuando empiezo a correr. Porque como veréis yo no compito jamás; yo solo corro, y de algún modo sé que si me olvido de que estoy compitiendo y me limito a correr al trote hasta que ya ni siquiera me entero de que corro, siempre gano las carreras. Porque cuando mis ojos se dan cuenta de que estoy llegando al final del recorrido — al ver un portillo o la esquina de una casa—, entonces hago un último esfuerzo, y es tan grande ese esfuerzo que siento que no he estado corriendo en realidad hasta ese momento, y que no he gastado mis energías. Y si he logrado hacer esto es porque me he tirado todo el tiempo pensándolo; y me pregunto si soy el único que, en esto de correr, tiene un sistema para olvidarse de que está corriendo, al estar demasiado ocupado pensando; y me pregunto si alguno de los otros chavales utiliza la misma táctica, aunque me consta que no. Como el viento, corro por el camino empedrado y por el sendero trillado, más liso que la pista de hierba del campo y mejor para pensar, porque no es excesivamente liso. Esa tarde yo me sentía como pez en el agua al saber que nadie podía ganarme, pero con la intención de vencerme a mí mismo antes de que acabase el día. Porque cuando el director me habló de ser honrado la primera vez que entré en el reformatorio, él no sabía lo que significaba de verdad esa palabra; si lo supiera no me tendría participando en esta carrera, trotando en camiseta y pantalón corto bajo el sol. Me tendría donde yo le tendría a él de estar en su lugar: en una cantera picando piedra hasta que se me rompiese la espalda. Al menos el viejo poli cara de Hitler vestido de paisano fue más honrado que el director, porque en cualquier caso, él me la tenía jurada y yo a él, y el día en que mi caso se llevó a juicio, un poli llamó a nuestra puerta a las cuatro de la mañana y sacó a mi madre de la cama sin importarle si estaba muerta de cansancio, para recordarle que tenía que estar a las nueve y media en punto en el juzgado. Aquella fue la maldad más grande que a nadie se le pudiera pasar por la cabeza, pero al menos considero que fue un gesto honrado, igual de honradas que las palabras de mi madre cuando le soltó sin rodeos a ese poli lo que de verdad pensaba de él, y le llamó todos los sucios apelativos que se le pasaron por la cabeza, cosa que

le llevó una media hora y que acabó despertando a todo el vecindario.

Mientras tanto seguía trotando por el borde de un prado que lindaba con un sendero profundo, inhalando el olor de la hierba tierna y las madreselvas, y me sentía descendiente de una larga estirpe de galgos entrenados para correr a dos piernas, solo que no podía ver el conejo de juguete delante y tampoco tenía detrás la cachiporra de un minero para obligarme a mantener el ritmo. Adelanté al corredor de Gunthorpe, cuya camiseta ya estaba ennegrecida por el sudor, y ya lograba ver más adelante la esquina del soto vallado, por donde corría a toda máquina el único hombre al que tenía que adelantar para ganar el signo que establecía la mitad del trayecto. Entonces se adentró en una lengua de árboles y arbustos donde ya no pude verlo ni a él ni a nadie, y ahí sí que conocí la sensación de soledad que invade al corredor de fondo cuando surca los campos, y me di cuenta de que, en lo que a mí se refería, esa sensación era lo único honrado y genuino que existía en el mundo, y yo sabía que jamás sería diferente en mi caso, sin importar cómo me sintiese en los momentos extraños, independientemente de lo que cualquier otro tratase de contarme. El corredor que venía detrás de mí debía de estar muy lejos ya, porque todo estaba en silencio y se escuchaba menos ruido y movimiento incluso que el que se nota a las cinco de cualquier madrugada gélida de invierno. Era algo difícil de comprender, y todo lo que yo sabía era que tenías que correr, correr, correr, sin saber por qué estabas corriendo en realidad, pero ahí seguías, atravesando prados que no comprendías, adentrándote en bosques que te llenaban de miedo, subiendo y bajando colinas sin reparar en tus propias piernas, y entonces te lanzabas a través de un arroyo que te habría cortado la respiración si te hubieses caído dentro. Y la línea de meta no suponía el fin, por más que la multitud te aclamase, porque tenías que continuar antes de haber recobrado el aliento, y lo único que te detendría sería que te tropezaras con un tronco de árbol y te rompieras el cuello o te cayeras en algún pozo abandonado y te matases en la oscuridad. Así es que pensé: no van a pillarme en esta broma de competición, este correr no porque sí, sino para tratar de ganar, este trote por un miserable pedacito de banda azul, porque desde luego, no es este el modo de seguir adelante en la vida, por más que ellos juren y perjuren que sí lo es. No has de hacer caso de nadie, debes seguir tu propio camino, no una carrera designada para ti por gente que sujeta jarritas de agua y botellas de yodo por si te caes y te cortas, y así poder ponerte en pie de nuevo —aunque quieras permanecer donde estás— y lograr

que sigas moviéndote.

Y de ese modo seguí adelante, saliendo del bosque, adelantando al que iba en cabeza sin saber que lo haría. Flip-flap, flip-flap, jog-trot, jog-trot, crunchslap-crunchslap, de nuevo atravesando un ancho prado, corriendo rítmicamente en mi estilo fluido de galgo, sabiendo que ya había ganado la carrera aunque no iba ni por la mitad, que la habría ganado si eso fuese lo que quería, que podría seguir así durante diez, durante quince, durante veinte kilómetros si tuviera que hacerlo aunque al acabarla me cayera muerto junto a la línea de meta, cosa que equivaldría, en última instancia, a llevar una vida honrada como esa que el director quería para mí. La cosa se resumía en esto: gana la carrera y sé honrado, así que ahí seguí yo, trota que te trota, pasándomelo como nunca, contento de seguir avanzando porque me hacía bien y me obligaba a pensar, algo que por ahora me gustaba hacer, pero sin importarme en absoluto, cuando lo recordaba, que tenía que ganar esta carrera además de correrla. Una de dos, o ganaba la carrera o la corría sin más, y sabía que podía hacer ambas cosas a la vez, porque las piernas me habían llevado estupendamente hacia delante —ahora a punto de llegar al atajo de la ribera de las zarzas, sobre el camino profundo— y más lejos que me llevarían, pues parecían hechas de cables eléctricos y parecían de sobra activas para continuar pateando esos surcos y raíces; pero no, no ganaría, porque la única ocasión en que querría ganar sería escapándome de los polis tras dar el golpe más grande de mi vida en un banco; pero ganar, para ellos, significa exactamente lo contrario. Aunque traten de matarme o de engañarme, ganar quiere decir correr derecho hacia sus manos enguantadas en blanco y repletas de barrotos, y hacia sus jetas sonrientes y permanecer allí durante el resto de tu larga vida: una vida consagrada a picar piedra, de todas formas, pero a picar piedra del modo en que yo quiero hacerlo y no como ellos quieren imponerme que lo haga.

Otro pensamiento honrado que me viene a la cabeza es que podría girar a la izquierda en el siguiente seto y, una vez a cubierto, ir emprendiendo mi lenta retirada en dirección contraria a la línea de meta. De este modo podría recorrer diez o veinte kilómetros a través de la hierba sin problema, y atajar dejando atrás unos cuantos caminos detrás de mí, para que nunca supieran cuál he cogido; y a lo mejor en el último, al oscurecer, me pondría a hacer dedo y conseguiría que me llevaran gratis hacia el norte en una furgoneta cuyo conductor no me delatase. Pero no, ya he dicho que no soy tonto, ¿no?

No me las voy a pirar cuando me quedan solo seis meses para salir, y además no hay nada de lo que quiera zafarme y huir; solamente quiero darles un pequeño corte de manga a los legales y a los barrigudos dejando que sigan ahí tiosos en sus asientos encopetados y me vean perder esta carrera, aunque me juego el cuello a que cuando pierda, y durante los meses que me queden antes de acabar mis días en el reformatorio, me encasquetarán los peores trabajos y las tareas de cocina más repugnantes. Aquí ya no valdré ni tres peniques, y de ese modo me darán las gracias por ser honrado del único modo que conozco. Porque cuando el director me dijo que fuese honrado, quería decir que lo fuese a su manera, no a la mía y si seguía siendo honrado como él quería y ganaba para él mi carrera, vería cómo conseguir que mis últimos seis meses antes de irme de aquí me resultasen casi un chollo; pero hacerlo a mi manera, bueno, eso sí que no está permitido, y como se me ocurra intentar encontrar un modo de resolverlo, tal como este de ahora, entonces seguro que me hará todas las perrerías que se le pasen por la cabeza. Pero desde donde yo lo veo, ¿quién puede echarle la culpa de ello? Porque esto es la guerra, ¿no lo decía yo?, y cuando le dé en el único sitio donde más le duele, podrá vengarse de mí por no pescar esa copa, puesto que su corazón ha estado alimentando durante siglos el deseo de verse a sí mismo poniéndose en pie mientras el sol declina para darme una palmadita en la espalda al alzar la copa que me entregue Lord Tijereta o algún otro payaso de nombre similar. Así que le daré donde más le duele, y él hará todo lo posible para vengarse, ojo por ojo, aunque yo reiré mejor porque seré el primero en atacar y porque lo llevo planeando más tiempo. No sé por qué creo que estos pensamientos son mejores que cualquiera que haya tenido antes, pero lo creo y me da igual la causa. Supongo que si me llevó mucho tiempo poner todo esto en marcha fue porque no había tenido ni tiempo ni calma en toda mi puñetera vida, y ahora los pensamientos vienen a mí fácilmente y el único problema es que a menudo no puedo parar, incluso aunque mi cerebro se sienta como si le hubiera dado un calambre repentino, una parálisis progresiva o una dentellada de frío, todo a la vez, y he de darle un descanso mientras desciendo a todo trapo por entre las zarzas del profundo sendero. Porque todo esto es otro de esos ganchos que tanto me gusta meterle, para empezar, a las personas como el director; y así les enseñaré —si puedo— que sus carreras no las gana nadie, por más que siempre haya algún tipo que llegue el primero sin darse cuenta, y cómo al final el condenado será el director, mientras que los tipos

como yo nos llevaremos solamente las sobras del banquete y bailaremos como posesos alrededor de las ruinas de su reformatorio. Y entonces esta historia es lo mismo que la carrera, y una vez más no haré de mí un vencedor como el director pretende, no: seré honrado como él me pidió, sin que sepa lo que él mismo quería decir, aunque no me imagino que se presente nunca con una historia de su propia cosecha, por mucho que lea esta mía y sepa de quién estoy hablando.

Acabo de salir del sendero profundo, se me han doblado las rodillas, me he dado en los codos, he saltado y me he arañado con las zarzas; llevo dos tercios de la carrera y una voz en mi mente, como si fuese una radio, me dice que cuando te has dado el gusto de sentirte como si fueses el primer hombre en la tierra en una mañana helada, si ya has experimentado el mismo malestar que ese último hombre en la tierra una tarde de verano, seguro que al final lograrás sentirte como el único hombre en la tierra, y te importará un bledo lo bueno o lo malo, puesto que te limitarás a continuar trotando con tus zapatillas, golpeando el buen terreno seco que al menos nunca te jugará una mala pasada. Ahora las palabras es como si vinieran de una radio a galena que estuviese estropeada, y algo ocurre en el interior de mis tripas, algo que me molesta y no sé por qué o a qué achacarlo: es un chirrido cerca de la patata, como si tuviera por ahí dentro un saco de tornillos oxidados y los sacudiese a medida que avanzo. Cada tanto rompo mi ritmo para palparme la paletilla izquierda cruzando la mano derecha por delante del pecho, como si a base de frotar pudiera sacarme el cuchillo que parece haberseme clavado justo ahí. Pero sé que no tengo que preocuparme, que es muy probable que lo cause el pensar demasiado, y que a veces eso desemboca en preocupaciones absurdas. Porque a veces parezco el tipo más angustiado del mundo, creo yo (me juego lo que queráis a que ya os habéis dado cuenta), cosa que me parece divertida en cualquier caso, porque mi madre no tiene ni idea de lo que significa eso, así que no he salido a ella, aunque mi viejo sí que lo pasó mal el pobre diablo, agobiado durante toda su vida hasta que le hirvió la sangre en su cuarto y la palmó aquella mañana cuando no había nadie en casa. Nunca lo olvidaré, claro que no, porque fui yo quien lo encontró y a menudo desearía no haberlo hecho. Volvía a casa de jugar a las tragaperras en el local de *fish and chips*, haciendo tintinear el botín que conseguí con la fila de tres limones. Nada más entrar noté que algo raro pasaba y me quedé de pie, con la cabeza apoyada contra el espejo que había sobre la chimenea, tratando de no abrir

los ojos para no ver mi jeta fría como el hielo, porque sabía que, nada más entrar, me había puesto tan blanco como una tiza, como si me hubiese pescado Drácula el vampiro en persona, e incluso la calderilla de mis ganancias se había quedado en silencio a propósito.

Tenía al de Gunthorpe pegado a los talones. Los pájaros trinaban desde el seto de brezo, y un par de tordos se adentraron volando como relámpagos entre unos arbustos espinosos. El maíz estaba muy alto en el campo vecino, y pronto lo cortarían con guadañas y segadoras; pero yo no era de los que se fijaba en muchas cosas mientras corría, para no perder el ritmo, así que a la altura del almiar decidí dejarlo todo atrás y hacer un último esfuerzo tan grande que, a pesar de sentir clavos en las tripas, enseguida tanto el de Gunthorpe como los pájaros quedaron bien atrás; me faltaba ya poco para entrar en esos dos kilómetros y medio finales, y avanzaba como un cuchillo a través de la margarina, pero la calma en la que repentinamente me introduje entre dos estacas puntiagudas fue como abrir los ojos bajo el agua y mirar los guijarros del fondo del arroyo. A la mente me vino de nuevo aquella mañana en que volví a la casa donde mi viejo la palmó, cosa curiosa, porque no había pensado en ello para nada desde que ocurrió, e incluso entonces tampoco le di muchas vueltas. Me pregunto por qué. Supongo que desde que empecé a aprovechar estas carreras de fondo para pensar, es probable que me haya salido algo malo en las tripas, y ahora que veo a mi puñetero padre detrás de cada hoja de hierba en mi pirada cabeza de corredor no estoy tan seguro de que me guste pensar, ni de que sea una cosa que merezca tanto la pena como dicen. Me ahogo con mis flemas y aun así continúo corriendo y maldiciendo a los bastardos que construyeron los reformatorios y a sus carreras de atletismo —flappity-flap, slop-slop, crunch-slap, crunch-slap-crunch-slap—, ya que quizá lleven vengándose de mí desde el principio de los tiempos a base de proyectarme en la cabeza imágenes de linterna mágica que nunca antes tuvieron la oportunidad de entrar en ella. Solo si me tomo con la calma propia de un corredor lo que tenga que venir, podré seguir resistiendo como siempre lo he hecho y hacer que desaparezcan; y ahora que llevo pensando mucho, sé que en el erre que erre final acabaré ganando. Así que, al ratito subí las escaleras escalón a escalón, sin pensar nada en relación a cómo me encontraría a papá y qué haría cuando me lo encontrara. Pero ahora lo estoy pensando al repasar la vida de mierda que mamá le hizo llevar desde que tengo uso de razón, liándose con tantos hombres distintos incluso cuando él

estaba aún vivito y coleando, y a ella le daba igual que él se coscara o no, y la mayoría de las veces él no estaba tan ciego como ella pensaba y maldecía y rugía y la amenazaba con partirle la cara, y yo tenía que levantarme a detenerlo aunque supiera que ella se lo merecía. Vaya vida llevábamos... Bueno, no es que me queje, porque de hacerlo, a lo mejor gano esta carrera de marras y todo, cosa que no voy a hacer, aunque si no pierdo velocidad la ganaré antes de darme cuenta, y en ese caso, ¿en qué situación quedaría?

A medida que me aproximo de nuevo a las banderas y a la recta de meta, ya voy oyendo el ruido y la música del campo de deporte y vuelvo a sentir bajo mis pies la gravilla contra los cables de hierro que son mis piernas. No estoy en absoluto sin aliento, a pesar de ese saco de clavos que hace más ruido que nunca, y si quiero, todavía puedo dar un gran último salto tan imparable como el viento de un huracán, pero lo tengo todo bajo control y ahora sé que no hay ningún otro corredor de fondo campo a través en Inglaterra que alcance mi velocidad y mi estilo. El viejo chocho de nuestro director, ese vejete medio muerto y gangrenado, está tan hueco como un barril de petróleo vacío, y quiere que mis triunfos como atleta y yo le dotemos a él de gloria, le insuflamos la sangre por las venas palpitantes que nunca tuvo, quiere que sus amiguetes barrigones sean testigos de mi ascenso a su podio, sin aliento ya y tambaleándome, para que él pueda decir:

—Mi reformatorio acaba de conseguir esta copa. Ya ven que he cumplido mi apuesta. Vale la pena ser honrado y esforzarse en obtener estos premios que ofrezco a mis muchachos, y ellos lo saben, lo han sabido siempre. Y desde ahora siempre serán honrados, porque yo logré que lo fuesen.

Y sus amigos pensarán:

—Entrena a sus chicos para vivir como debe ser, después de todo; él es quien se merece una medalla, así es que lo nombraremos Sir.

Y en este mismo momento en que los pájaros vuelven a trinar me digo a mí mismo que siempre me importará un rábano lo que diga o piense cualquiera de estos tipos legales, memos y sin personalidad. Me han visto ya y me están vitoreando, y los altavoces como orejas de elefante que hay por todo el campo están transmitiendo la gran noticia de que voy en cabeza, y no puedo hacer otra cosa que mantenerme en ese puesto. Pero sigo pensando en la muerte de proscrito que tuvo mi padre, echando de casa a los médicos cuando intentaban que acabase en un hospital («vais listos, no acabaré como una puñetera cobaya», les gritaba él). Un par de veces se levantó de la cama para

mandarlos a tomar viento e incluso los siguió escaleras abajo solamente en camisa aunque estuviera en los huesos. Trataron de hacerle ver que necesitaba algunas medicinas pero él no se lo creyó, y solo aceptó los analgésicos que mi madre y yo le comprábamos en un herbolario de la calle de al lado. Hasta ahora no me había dado cuenta de los huevos que tuvo el tío, y cuando entré en su cuarto aquella mañana, estaba tumbado boca abajo con la ropa arremangada, como un conejo despellejado; la cabeza canosa apoyada justo al borde de la cama, y en el suelo debía de estar toda la sangre que tenía dentro de su cuerpo, de los pies a la cabeza, porque casi todo el linóleo y la alfombra estaban cubiertos por ella, tan rosada y tan clara...

Y me abalancé camino abajo, cargando un corazón atascado como la presa Hoover por mis arterias, la bolsa de clavos hundiéndose más y más fuerte como en un armazón de madera en mi costado, pero con los pies como alas y los brazos como garras listos para volar por el campo, aunque no quería darle a nadie un espectáculo así, o ganar la carrera por accidente. Ahora, a medida que corro hacia la meta, percibo el olor del día seco y caluroso y rebaso un montículo de hierba procedente de las latas suspendidas de la parte delantera de las cortacéspedes que manejaban mis compañeros; arranco un pedazo de corteza de árbol con los dedos y me la meto en la boca, masticando madera y polvo y quizá hasta gusanos mientras corro hasta casi marearme, pero tragando todo lo que puedo en cualquier caso, porque me había dicho un pajarito que tenía que seguir viviendo al menos un tiempcito largo, pero durante seis meses no voy a oler más esa hierba ni a probar esa corteza polvorienta ni a trotar por este bonito sendero. Odio tener que decir esto, pero hubo algo que me hizo llorar de lo lindo, y no se me ocurría hacer esa maldita cosa desde que era un chiquillo de dos o tres años. Porque ahora he decidido ir más lento para que me alcance el tipo de Gunthorpe, y lo hago justamente en este lugar donde el camino se introduce hacia el campo de deportes, desde donde todos alcanzan a ver lo que estoy haciendo, sobre todo el director y su panda desde el palco presidencial, y voy tan despacio que casi estoy marcando el paso. Los de los asientos más cercanos todavía no se han dado cuenta de lo que está ocurriendo y siguen animándome como locos, listos para el momento en que llegue a la meta, y yo sigo preguntándome cuándo aparecerá por el campo el puñetero tipo de Gunthorpe que viene detrás de mí,

porque yo no puedo prolongar esto todo el día, y creo, ¡ay, Señor!, que es justo por mi maldita suerte por lo que el tipo de Gunthorpe se ha retirado y aquí estaré yo media hora antes de que el siguiente tipo aparezca. Pero de todas formas, como digo, no pienso cambiar de opinión, no pienso hacer esos noventa metros aunque para ello me tenga que sentar con las piernas cruzadas sobre la hierba y obligar al director y a la panda de inútiles que lo rodean a venir para recogerme y llevarme allí en volandas, cosa que va contra sus reglas más sagradas, claro está. Así es que podéis apostar lo que queráis a que nunca lo harán, porque no son lo bastante inteligentes como para romper las puñeteras reglas —como haría yo si estuviese en su lugar— aunque sean las suyas propias. No, yo le enseñaré a ese lo que significa la honradez, aunque sea lo último que haga en mi vida. De todos modos, estoy seguro de que jamás logrará entenderlo porque si él y todos los de su calaña lo entendieran, eso querría decir que están de mi lado, lo cual es cosa imposible. Y vive Dios que aguantaré lo que me echen, como hizo mi padre cuando mandó a los médicos a tomar viento escaleras abajo; si él tuvo huevos para hacerlo, entonces yo tendré huevos para esto. Así que aquí me tienen, esperando a que los tipos de Gunthorpe o Aylesham le peguen duro y vayan directos a incrustarse contra ese tramo de cuerda de tender que hace las veces de línea de meta. Y en lo que a mí respecta, la única vez que tocaré esa cuerda de tender será cuando esté muerto y del otro lado tengan listo un ataúd para meterme dentro. Hasta entonces seré un simple corredor de fondo, atravesando el campo siempre yo solo, sin importar lo mal que me siente.

Los chicos de Essex gritaban como locos diciéndome que me diese prisa, agitaban los brazos, se ponían de pie y hacían como que eran ellos los que corrían hacia la maldita cuerda, porque estaban solo a unos pocos kilómetros de ella. Panda de capullos, pensé, ahí pegados a ese poste; pero supe que no pensaban de verdad esas cosas que gritaban, que en realidad estaban de mi parte y que siempre lo estarían, incapaces de mantener sus zarpas quietas, entrando y saliendo de la comisaría o del trullo durante el resto de sus miserables vidas. Y ahí estaban ahora, pasándoselo como nunca, aclamándome a gritos, lo cual hizo creer al director que estaban a partir un piñón con él, cuando, si tuviese dos dedos de frente, no pensaría tal cosa. Y ahora podía oír a los lords y las ladies encaramados al palco presidencial, y los veía levantarse para darme la bienvenida agitando los brazos:

—¡Corre! —gritaban con sus voces refinadas—. ¡Corre!

Pero yo estaba sordo, tonto y ciego y me quedé donde estaba, todavía con el gusto a corteza en la boca y lloriqueando como un bebé, si bien ahora lloriqueaba de la alegría que sentía al verlos finalmente vencidos.

Porque entonces escuché un rugido y divisé a cierta distancia a la tropa de Gunthorpe lanzando sus abrigos al aire, y sentí por detrás el rumor de unos pies pateando el camino, acercándose más y más cada vez, y de repente un creciente olor a sudor y luego un par de pulmones exhalando su última bocanada, un par de pies que me adelantaron y siguieron meciéndose hacia esa cuerda, exhaustos y oscilando de lado a lado, y unos pulmones resoplando como los de un zulú, como los del fantasma que yo seré a los noventa cuando vaya derecho a ese ataúd acolchado que me tienen reservado. Me entraban ganas de vitorearlo yo mismo: «venga, venga, no te pares. Átate ese trozo de cinta de una vez». Pero él ya estaba en la meta, así que yo seguí, trota que te trota detrás de él hasta que llegué junto a la cuerda y me desplomé, acompañado por un rugido criminal que taladró mis oídos. Cuando abrí los ojos comprobé que seguía en el lado equivocado de la cuerda.

Ya va siendo hora de que pare; puede que creáis que no sigo corriendo, pero en realidad lo hago, de un modo u otro. El director del reformatorio demostró que yo estaba en lo cierto; no respetó en absoluto mi gesto de honradez; no es que yo esperara que lo hiciera, ni tampoco traté de darle explicaciones sobre mi comportamiento. Pero como se supone que tiene estudios, pues creo yo que tendría que haber entendido el mensaje más o menos. Se vengó de mí, vaya si lo hizo. O al menos creyó que lo hacía, porque me tuvo los siguientes seis meses acarreado cubos de basura desde la enorme cocina, siempre humeante y a pleno rendimiento, hasta el fondo del jardín, donde tenía que vaciarlos; y después de comer, me obligaba a echar el agua sucia sobre las patatas y zanahorias plantadas en el huerto. Y por las tardes se aseguraba de que limpiase los suelos, kilómetros y kilómetros de suelos. Pero no fue mala vida la que llevé, la verdad, durante aquellos seis meses, y sé que esa era otra cosa que él jamás llegaría a comprender, y de haberlo hecho le habría parecido tétrico. Y al mirar atrás me di cuenta de que todo aquello había merecido en verdad la pena, considerando que tuve mucho tiempo para pensar, que me hice muy popular entre los otros chicos por perder la carrera a propósito, y que ya no les quedaban elogios con que ponerme por las nubes, o insultos que lanzarle (para sus adentros) al director.

El trabajo no acabó conmigo; si acaso me hizo más fuerte en muchos sentidos. El director sabía, cuando salí de allí, que su rencor no le había llevado a ninguna parte. Porque desde que me marché del reformatorio intentaron meterme en el ejército, pero no pasé el examen médico. Y es que tan pronto como salí, tras esa carrera final y los seis meses subsiguientes de penurias, me diagnosticaron una pleuresía, lo que significa, hasta donde yo sé, que perdí muy bien perdida la carrera del director y gané la mía por partida doble, porque tengo la certeza de que si no hubiese competido en mi propia carrera, no habría enfermado, algo que me mantiene lejos de la vida de uniforme, pero no me impide hacer el tipo de trabajito que les gusta a mis pequeños e inquietos dedos.

Ahora estoy libre y marchó a todo gas de nuevo. Los canallas no me han logrado pillar tras mi último gran golpe. Conté hasta seiscientas veintiocho libras y aún sigo viviendo de ello porque hice la faena yo solo, y después me tomé unos días para escribir todo esto, y sé que me quedará dinero suficiente para mantenerme hasta que termine mi plan para dar un golpe aún mayor, algo que estoy tramando y de lo que no se va a enterar ningún bicho viviente. Dediqué los seis meses pasando la escoba por todos los suelos del reformatorio, a darle vueltas y más vueltas a mis sistemas y mis escondites, y a planear mi vida exterior, revestida de aparente inocencia y honradez al mismo tiempo que me perfeccionaba en los pormenores de mi arte, cosa que sabía que debía hacer una vez libre; y cosa que haría una vez más si esos polis me atrapasen de nuevo en sus redes.

Mientras tanto (como dicen en uno de esos libros que he leído desde entonces, inútiles porque todos ellos acababan llevando a sus protagonistas a una meta de triunfo), voy a pasarle esta historia a un colega mío y le voy a decir que, si los polis me agarran de nuevo, intente que la publiquen en un libro, porque me gustaría ver la cara que pone el director cuando la lea, si lo hace, que no me lo imagino; porque aunque la leyese no creo que supiera de qué va todo esto en realidad. Y si no me pillan, sé que el tipo al que le voy a dar esta historia no me traicionará jamás; lleva toda la vida en nuestra calle y es un buen amigo. Eso sí que me consta.

Tío Ernest

Un hombre de mediana edad vestido con un impermeable sucio, que pedía a gritos un afeitado y que parecía no haberse lavado en un mes, salía de un baño público con una bolsa de tela repleta de herramientas doblada bajo el brazo. Se quedó parado un momento en el bordillo de la acera para ajustarse la gorra —con diferencia lo más limpio que llevaba—, miró con pasividad de izquierda a derecha y, cuando la riada de tráfico disminuyó, cruzó la calle. Su nombre y oficio los pronunciaba siempre en un suspiro, aunque la naturaleza de su negocio no se pusiese en duda: Ernest Brown, tapicero. Todas las noches, antes de volver a su pensión, tomaba la precaución de confiarle la bolsa de herramientas a un hombre que vigilaba los baños públicos cerca del centro de la ciudad, porque pensaba que se le perderían o se las podrían robar si se las llevaba a su habitación, y si tal cosa ocurriera su medio de vida se iría al traste.

Desde el reloj del ayuntamiento resonaron las campanadas que anunciaban las diez y media. Por encima del teatro, retazos de cielo azul trataban de competir contra las nubes de otoño, y un viento traicionero liberó sus ráfagas, haciendo rodar papeles y envoltorios de tabaco hacia las alcantarillas sin barrer. Como tenía la tripa vacía y estaba listo para desayunar, Ernest se dirigió a la entrada de una cafetería, agachando la cabeza instintivamente al entrar, aunque las vigas estuviesen medio metro más arriba.

El comedor, largo y espacioso, estaba prácticamente lleno. Ernest solía llegar a desayunar a las nueve en punto, pero como el día anterior le habían pagado diez libras por retapizar un tresillo en un pub, se había apalancado en el bar durante el resto de la tarde a beberse una jarra de cerveza tras otra, con ese aire tranquilo y concentrado que poseen los hombres solitarios. Así que al final esa mañana le había sido difícil despegarse de las sábanas. Tenía la cara

pálida y los ojos de un amarillo enfermizo; cuando hablaba, tras sus labios no asomaban sino unos cuantos dientes desparejados.

Después de pasar entre la media docena de clientes ruidosos que estaban de pie junto a la puerta se dirigió a la barra, refugio raído y descascarillado para las manos, como una playa plagada de desperdicios tras un desembarco, extendida entre dos promontorios de teteras. Como la chica morena, grandota y rellenita estaba ocupada, le echó un vistazo rápido a la lista escrita en grandes letras blancas en la pared trasera. Hizo un tímido gesto con la mano y dijo:

—Una taza de té, por favor.

La morena se giró hacia él. El té brotó de la gran espita marrón hacia una taza que tenía una grieta similar a un pelo surgido sobre la capa de leche, y una cucharilla tintineó al hundirse en el vapor.

—¿Algo más?

Él alzó la voz titubeando:

—Sí, tostadas con tomate.

Agarró el plato que le pusieron delante y retrocedió con lentitud para alejarse de la gente; luego dobló y se dirigió hacia una mesa que había libre en la esquina.

Un olorcillo apetitoso subía desde el plato: cogió el cuchillo y el tenedor y, con un gesto limpio y preciso de artesano, cortó una esquina de la tostada con tomate y se la llevó despacio hacia la boca, paladeándola con gusto y sin reparar apenas en la gente que había sentada a su alrededor. Cada ataque de sus cubiertos, cada corte geométrico de la tostada, cada curva y oscilación de sus labios se unían en un movimiento regular y complejo que le proporcionaba gran deleite. Comía despacio, en silencio y contento, sin prestar atención nada más que a sí mismo y a su cuerpo que entraba en calor y se hacía tolerable de nuevo gracias a la comida. El movimiento pausado de la cucharilla, de la taza y del plato producía el ruido familiar de un desayuno tardío en una cafetería abarrotada, y sonaba como una música que fluía aquí y allá con variaciones rítmicas.

Llevaba años comiendo solo, pero aún no se había acostumbrado del todo a la soledad. No conseguía acostumbrarse, sencillamente: se había adaptado a ella solo temporalmente con la esperanza de que un día se rompiese el hechizo. Ernest recordaba muy poco de su pasado, y la vida se movía en él de manera que apenas notaba su progreso. Ningún recuerdo significativo le

atraía hacia lo pasado, excepto aquel de los muertos y moribundos desparramados por las alambradas entre las trincheras de la primera guerra mundial. Dos fueron las frases dominantes en sus labios durante los años que siguieron: «Yo no debería estar aquí en Inglaterra» y «Debería estar muerto con los demás, en Francia». El tiempo le fue privando de estas dos frases, hasta dejarle tan solo una imagen opaca y sin palabras de lo que alguna vez había sido.

Tenía la impresión de que la gente le trataba como a un fantasma, como si no fuese de carne y hueso —o eso parecía—, y desde entonces había vivido solo. Su mujer le dejó —debido a su tremendo mal genio, se rumoreaba— y sus hermanos se mudaron a otras ciudades. Más adelante pensó en ir a buscarlos, pero al final decidió no hacerlo, porque hasta en ese aislamiento lo único que parecía merecer la pena era la voluntad de seguir adelante y aceptar que este se prolongase. Sentía de un modo vago e indefinido que volver atrás e indagar en las barriadas y en los lugares familiares de su juventud, en sus viejos amigos, en los aromas y sonidos que le hacían señas perceptibles desde aquellos tiempos que fueron mejores, era como morir un poco. Determinó que lo mejor era dejarlos en paz, pues confiaba de algún modo que tras su muerte —llegase cuando llegase— se reencontraría de un modo u otro con todo aquello.

Ninguna cicatriz rosa había dejado en su carne la impronta de las explosiones ni la angustia que sufrió su mente, así es que lo ocurrido en la guerra no le proporcionó ningún tipo de pensión, y ni siquiera se le venía al pensamiento la palabra «herida». Sencillamente había dejado de importarle todo aquello: la rueda de los años le había hecho rendirse, lo cual convertía su vida en algo más tolerable. La llegada de la siguiente guerra no supuso una carga para él en un principio, ni siquiera las multas y los días en la cárcel que tuvo que chuparse por no llevar Carnet de Identidad o Cartilla de Racionamiento —o por habérselos dado de buen grado a unos desertores— lograron sacarle de su tolerable desesperanza. Pero cuando miraba fija e inexpresivamente la pared del sótano de su casa de huéspedes, las infernales horas de tiroteos y explosiones hacían resurgir imágenes arrinconadas durante largo tiempo, y arrojaban a su mente las palabras dispersas de aquellas dos frases insensatas. Pero considerando la escala temporal a la que se sometía su vida, la guerra acabó pronto, y de nuevo las cosas dejaron de importarle. Vivía al día, trabajando con maña en sus tresillos, sus sofás y sus sillones, sin

preocuparse por nadie y por nada. Cuando el trabajo escaseaba y la vida se tornaba dura, no se daba mucha cuenta, y ahora que era próspero y que tenía suficiente dinero, tampoco notaba gran diferencia; se gastaba en cerveza lo que ganaba, y no advirtió ni una sola vez que necesitaba un abrigo nuevo o un par de botas un poco más resistentes.

Levantó del plato el último trozo de tostada con tomate y notó que los posos del té se filtraban por entre sus dientes. Cuando hubo terminado de masticar encendió un cigarrillo y de nuevo notó la presencia de la gente que le rodeaba. Eran las once en punto y la modesta cafetería se empezaba a vaciar lentamente, hasta que solamente quedó una docena de personas dentro. Él sabía que en una mesa se hablaba de carreras de caballos y en otra de la guerra, pero las palabras no hacían más que escurrirse por sus oídos y entraban en su mente sin activar mucho su comprensión, dejándola en calma y contenta mientras él contemplaba distraídamente la colocación y el diseño de las mesas de la sala. No tenía que trabajar hasta las dos, así es que su intención era permanecer allí sentado hasta que llegase la hora. Pero el apuro repentino de no tener comida en la mesa para justificar que siguiera ocupándola le llevó a levantarse, ir a la barra y pedir una taza de té con bizcocho.

Cuando ya le estaban sirviendo vio que entraban dos niñas. Una pasó por delante de él y se sentó al final de la sala, mientras que la segunda, que era mayor, se quedó de pie junto a la barra. Cuando él volvió a su sitio encontró a la más pequeña allí sentada. Se sintió algo confundido, pero en cualquier caso se sentó, plantó su taza de té en la mesa y dispuso uno de los bizcochos en cuatro pedazos. La chica le miró y no apartó la vista hasta que la mayor llegó de la barra con dos tazas humeantes de té.

Se sentaron a charlar y beber, totalmente ajenas a Ernest, que notó como su pueril vivacidad comedida penetraba poco a poco en él. De vez en cuando les echaba una mirada, sintiendo que no debería estar allí, aunque, cuando las observaba lo hacía con ojos amables, dulces y muy sonrientes. La chica mayor, que tendría unos doce años, llevaba un abrigo marrón demasiado grande para ella, y aunque hablaba y se reía casi todo el tiempo, él se percató de la palidez de su rostro y de sus grandes ojos redondos que le habrían parecido bonitos de no haber detectado en ellos esa vivacidad característica que revelaba dejadez y miseria.

La pequeña era menos vivaz que la otra, y se limitaba a sonreír al

responder a su hermana con palabras breves y lacónicas. Se bebió su té templándose las manos al mismo tiempo, pues no puso la taza sobre la mesa hasta haberla vaciado del todo. Sus dedos flacos y enrojecidos abrazaban la taza mientras miraba fijamente las hojas de té, y paulatinamente, la charla entre ambas fue apagándose hasta que ambas se quedaron en silencio, dejando el campo libre al rumor del tráfico procedente de la calle, y al trajín de la morenita al fregar tazas y platos, preparándose para la avalancha que se esperaba a la hora de comer.

Ernest estaba calculando cuántos metros de Rexine necesitaría para completar el trabajo que tenía entre manos esa tarde, cuando la chica más joven comenzó a hablar. No pudo evitar escucharla sin apenas darse cuenta:

—Si te quedase algo de dinero, me gustaría comerme un bizcocho, Alma.

—No me queda más dinero —respondió impaciente la mayor.

—Sí que te queda. Quiero bizcocho.

La respuesta de la otra fue categórica, casi agresiva.

—Pues te vas a tener que aguantar las ganas, porque solo tengo dos peniques.

—Con eso es suficiente para comprar un trozo de bizcocho —insistió la más joven, juntando los dedos alrededor de la taza vacía—. No necesitamos ir en autobús a casa; podemos ir a pie.

—Cualquiera va andando: está a punto de empezar a llover.

—No va a llover.

—Bueno, yo también quiero un bizcocho, pero no seré yo quien vaya andando hasta casa —dijo tajante la chica mayor, cerrando la última brecha que pudiese quedar en sus barricadas. La chica más joven se rindió y no dijo nada, y se quedó mirando al frente con ojos vacíos. Ernest, que había acabado de comer, sacó un cigarrillo, empleó el refuerzo metálico de una de las patas de la mesa para encender la cerilla y, tras inhalar profundamente, dejó salir el humo por la boca. Como una marea suave que se adentrase bajo la luna, o un reguero de agua que fluyera tierra adentro y cubriese la arena, se apoderó de él una sensación de absoluta soledad, una agonía que ni siquiera le permitía derramar lágrimas. Las dos niñas estaban sentadas ante él totalmente absortas en sí mismas, debatiendo aún si debían comprar un bizcocho o si era mejor coger el autobús hacia casa.

—Pero tendremos frío —razonó la mayor— si vamos andando a casa.

—Que no —dijo la otra, pero sin apenas convicción ya. El sonido de sus

voces resonó en el interior de Ernest y le mostró lo solo que estaba; cada palabra alimentaba en él una soledad tal que se sintió completamente desgraciado y vacío.

El tiempo transcurría lentamente: el minuterero del reloj parecía estar atascado en un ángulo fijo, inmutable. Las dos niñas se miraron sin reparar en Ernest, que se sumergió en sí mismo hasta que percibió la vacuidad del mundo. Se preguntó cómo iba a pasar todos aquellos días que parecían desplegarse sin fin ante él, como si fuesen objetos sobre una cinta transportadora averiada. Trató de recordar cosas que habían sucedido y le asaltó el pánico al descubrir tras él un vacío de treinta años. Todo lo que veía a sus espaldas era una neblina gris, y todo lo que veía ante él era la misma niebla impredecible, una niebla que no escondía nada en su interior. Quería salir de la cafetería y encontrar algo, algún tipo de actividad para, de ahí en adelante, ser capaz de señalar mejor el transcurso de sus días vacíos, pero pronto descubrió que no tenía la suficiente voluntad para moverse. Un gimoteo le liberó de tales pensamientos. Cuando bajó los ojos vio a la chica más joven con las manos en los ojos, sollozando.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —preguntó tiernamente, inclinándose sobre la mesa.

La chica mayor respondió por ella, diciendo con severidad:

—Nada. Es una tontería.

—Pero si está llorando, por algo será. ¿Qué crees que le pasa? —Ernest persistió, con voz reposada, inclinándose más hacia ella—. Cuéntame qué es lo que va mal. —Entonces se acordó de algo. Lo desenrolló como si fuese el hilo vivo que uniese la realidad y el sueño, a partir de ciertas palabras vagas que regresaban flotando a su mente. Recordó la charla de las niñas a través de una maraña que velaba su memoria—. Os invito a comer algo —se atrevió a sugerir—. ¿Me dejáis?

La pequeña dejó de apretarse los ojos con los dedos y levantó la vista, mientras que la mayor de las dos le echó una mirada resentida a Ernest y dijo:

—No queremos nada, gracias. Ya nos vamos.

—No, no os vayáis —exclamó él—. Quedaos aquí sentadas las dos y veréis. Yo os invito.

Se levantó y caminó hacia la barra y las dejó murmurando.

Al poco rato volvió con un plato de bollos y dos tazas de té, que puso ante las niñas. Ellas lo miraban en silencio. La más pequeña, que antes tenía tan

mala cara, ahora sonreía. Sus ojos redondos y ávidos se mostraban fascinados, si bien seguían cada movimiento de las manos de Ernest con cierta aprensión. Aunque seguía mostrándose hostil, la chica mayor fue cediendo poco a poco gracias a los movimientos confiados de las manos de Ernest, al mimo que ponía en cada una de sus palabras y a la amabilidad que mostraba en todo lo que hacía. Estaba totalmente concentrado en portarse de modo correcto y, al mismo tiempo, en combatir la sensación de soledad que todavía le taladraba la mente, pero únicamente como se recuerda un mal sueño.

Las dos niñas cayeron pronto bajo su hechizo, y comenzaron a comerse los bizcochos y a sorber el té. Se miraron y después miraron a Ernest sentado ante ellas fumándose un cigarrillo. El lugar seguía prácticamente vacío, y las pocas personas que se encontraban allí comiendo estaban tan absortas en sí mismas, o engullían sus platos con tanta prisa por salir que apenas repararon en el grupito del rincón. Ahora que se había creado una atmósfera más amistosa entre él y las dos niñas, Ernest comenzó a hablarles:

—¿Vais al colegio? —les preguntó.

La chica mayor asumió el mando automáticamente y respondió a sus preguntas.

—Sí, pero hoy teníamos que bajar al centro a hacer un recado para mamá.

—Entonces, ¿vuestra madre trabaja fuera de casa?

—Sí —le informó—. Todo el día.

Ernest se animó.

—¿Y os prepara la comida?

Ella le concedió otra respuesta.

—Pero no hasta por la noche.

—¿Y vuestro padre? —siguió él.

—Se murió —dijo la más pequeña, con la boca llena de comida, atreviéndose a hablar abiertamente por primera vez. Su hermana la miró con desaprobación, haciéndole ver con claridad que había dicho algo inadecuado y que solamente debería hablar cuando ella se lo dijese.

—Entonces, ¿tenéis clase esta tarde? —resumió Ernest.

—Sí —dijo la portavoz.

Él sonrió al ver lo controladora que era.

—¿Y cómo te llamas?

—Alma —le dijo—, y esta es Joan.

Señaló a la pequeña con un leve movimiento de cabeza.

—¿Soléis pasar hambre?

Ella dejó de comer por un momento y le miró, sin saber bien qué contestar.

—No, no mucho —le dijo sin comprometerse, comiéndose afanosa un segundo bollo.

—Pero hoy sí teníais...

—Sí —respondió ella, dejando a un lado la diplomacia como si fuese el envoltorio arrugado del bollo que había tirado al suelo.

Durante unos instantes, Ernest no dijo nada, y se limitó a quedarse sentado con los nudillos apretándole los labios.

—Bien, veamos —comenzó a hablar de repente otra vez—. Veréis, yo vengo aquí a comer todos los días, sobre las doce y media, así que si alguna vez tenéis hambre, venid y pasad a verme.

Ellas se mostraron de acuerdo al respecto, aceptaron seis peniques para el autobús de vuelta a casa, le dieron las gracias efusivamente y se despidieron.

A lo largo de las siguientes semanas las dos niñas fueron a verle casi a diario. A veces, cuando tenía poco dinero, Ernest se llenaba el estómago vacío con una taza de té, mientras Alma y Joan se fortalecían con cinco chelines de alimentos más sólidos. Pero él estaba contento y se sentía enormemente satisfecho al verlas inclinarse con apetito ante los huevos, el beicon y los bollos, y se entregó a la sensación de tener algo por lo que vivir, algo que apenas recordaba en aquellos días solitarios en los que acudir a un pub para emborracharse era su única esperanza de poder hablar con alguien. Ahora estaba contento porque tenía que cuidar a sus «niñitas», como le dio por llamarlas.

Pronto empezó a gastar todo su dinero en regalos para ellas, de modo que a menudo contraía deudas con la patrona de su pensión. Seguía sin comprarse ropa, si bien el dinero que antes se bebía en cervezas, ahora lo gastaba en regalos y comida para las niñas, y seguía vistiendo la misma gabardina vieja y sucia y seguía sin cuello para su camisa; ni siquiera su gorra estaba ya limpia.

Todos los días, nada más salir del colegio, Alma y Joan se apresuraban para coger un autobús hacia el centro y, pocos minutos después, sonrientes y sin aliento, entraban en la cafetería donde Ernest las estaba esperando. A

medida que pasaban los días y las semanas, Alma se iba dando cuenta de lo mucho que Ernest dependía de ellas para sentirse acompañado, de lo contento que estaba de verlas y de lo inevitablemente triste que se sentía si un día no iban —cosa harto infrecuente ahora—, de ahí que comenzase a pedir más y más regalos, más comida, más dinero, pero siempre de un modo particularmente ingenuo e infantil, para que Ernest, en su atolondrada satisfacción, no lo advirtiese.

Pero algunos clientes asiduos de la cafetería no podían evitar ver cómo las niñas no paraban de pedirle que les invitase a esto y a aquello, y cómo él siempre aceptaba con un talante bastante más generoso de lo que sería deseable. Parecía como si no advirtiera lo que ocurría en realidad. De hecho, rara vez se le pasaba por la cabeza cuestionar las peticiones de las dos niñas, a las que cuidaba casi como a sus propias hijas, y que para él eran prácticamente las únicas personas que tenía en el mundo.

Ernest estaba a punto de comenzar a comer cuando reparó en dos hombres bien vestidos que se habían sentado en una mesa a unos metros de él. Recordó que se habían sentado en el mismo lugar el día anterior, y también dos días antes, pero no pudo pensar mucho más en aquella circunstancia porque justo en ese momento Joan y Alma entraron en la cafetería y se dirigieron rápidamente hacia él.

—¡Hola, Tío Ernest! —dijeron animadas—. ¿Qué podemos comer hoy?

Alma miró el menú escrito con tiza que había colgado en la pared para ver qué platos tenían.

De la cara de Ernest desapareció repentinamente la mirada inexpresiva que tenía mientras comía, y una sonrisa de felicidad se contagió a sus mejillas, a sus ojos y a la curvatura de sus labios.

—Podéis comer lo que queráis —respondió.

—Pero ¿qué tienen? —preguntó Alma enfadada—. No logro descifrar esos garabatos.

—Pues ve a la barra y pide algo de comer —le aconsejó Ernest riéndose.

—Entonces, dame dinero —pidió extendiendo la mano. Joan estaba de pie al lado sin hablar; carecía del aplomo de Alma, con su cara tímida. Además, siempre se la notaba algo nerviosa porque todavía no comprendía esta transacción habitual de dinero entre Ernest y su hermana, y temía que el día

menos pensado se quedaran las dos ahí esperando y Ernest, con toda la naturalidad del mundo, se mostrase sorprendido y dijese que no había nada para ellas.

El tapicero acababa de terminar de restaurar un tresillo antiguo y había cobrado esa mañana, así es que Alma recibió cinco chelines y allá que se fueron las dos a la barra para comer algo. Mientras esperaban a que les sirviesen, los dos hombres que habían estado observando a Ernest durante los últimos días se levantaron y se acercaron a él.

Solo habló uno de los dos; el otro guardaba silencio.

—¿Esas dos niñas son sus hijas o tienen algún parentesco con usted? —preguntó apuntando con la cabeza hacia la barra.

Ernest le miró y sonrió.

—No —explicó con voz suave—, son solo amigas mías. ¿Por qué lo pregunta?

La mirada del hombre era dura y le habló con claridad.

—¿Qué clase de amigas?

—Nada más que amigas. ¿Por qué? ¿Quién es usted?

Se estremeció, notando que una especie de sentimiento teñido de culpa nacía de él. Imaginó las razones a medias y a la vez esperó que no fuesen ciertas.

—Da igual quiénes seamos. Solamente quiero que responda a mi pregunta.

Ernest levantó la voz ligeramente, pero sin atreverse a fijar su mirada en los arrogantes ojos del hombre.

—¿Por qué? —exclamó—. ¿A usted qué le importa? ¿Por qué me está haciendo preguntas ahora, así de repente?

—Venimos de la comisaría de policía —aclaró el hombre con sequedad—. Hemos recibido denuncias alertando de que usted les da dinero a estas niñas y las lleva por mal camino.

A Ernest le entraron ganas de reírse, aunque solo de tristeza. Pero no quiso hacerlo por si acaso incomodaba a los detectives.

—Pero... pero... —comenzó a decir, y se vio incapaz de continuar. Quería decir muchas cosas, pero no lograba que las palabras salieran de sus labios; en sus ojos se fue dibujando poco a poco la mirada atolondrada y perpleja de un animal asustado.

—Mire —dijo el hombre con énfasis—, no nos interesan sus «peros». Lo sabemos todo de usted. Sabemos quién es. En realidad, lo conocemos desde

hace años y le estamos pidiendo que deje en paz a esas niñas y que no vuelva a tratar con ellas. Los hombres como usted no deberían dar dinero a las niñas. Debería saber lo que está haciendo y tener más sentido común, caballero.

Ernest finalmente protestó ruidosamente.

—¡Les digo que son amigas mías! No tengo malas intenciones con ellas. Cuido de ellas y les hago regalos como si fuesen mis propias hijas. ¡Son la única compañía que tengo! En cualquier caso, ¿por qué no debería cuidar de ellas? ¿Por qué me las tienen que arrebatarse? ¿Quiénes se creen que son ustedes? Déjenme en paz... ¡Déjenme en paz!

Su voz se había alzado hasta convertirse en un débil grito de desafío, y el resto de personas que había en la cafetería abarrotada miraban a su alrededor y volvían los ojos hacia él, preguntándose cuál era la causa de semejante alboroto.

Los dos detectives actuaron con rapidez y eficacia, pero sin precipitación aparente. Se situaron uno a cada lado de él, lo levantaron y lo condujeron hacia la calle haciéndole pasar junto a la barra, al mismo tiempo que apretaban sus muñecas con firmeza. Al pasar por delante de la barra, Ernest vio a las niñas con sus platos en las manos, contemplando con aspecto temeroso y sorprendido cómo lo expulsaban del local.

Lo llevaron hasta el final de la calle, y allí permanecieron hablando con él durante unos segundos, siempre sujetándole las muñecas y hundiendo con fuerza los dedos en ellas.

—Ahora escúchenos: no queremos que arme más lío, si lo llegamos a encontrar de nuevo cerca de esas niñas, tendrá que vérselas ante el juez.

El tono irrevocable de su voz poseía una fuerza física que empujó a Ernest hasta los confines de la demencia.

Se quedó mudo. Quería decir muchas cosas, pero las palabras no afloraban de sus labios, que temblaban sin remedio de vergüenza y rabia. No era raro que fuese incapaz de articular palabra.

—Se lo estamos pidiendo pacíficamente —siguieron los detectives—. Déjelas en paz. ¿Lo entiende?

—Sí... —respondió Ernest, forzado a contestar.

—De acuerdo. Entonces váyase. Y que no volvamos a verle con esas niñas de nuevo.

Ernest solo pudo reparar en que el suelo desaparecía bajo sus pies y en que una ola de pánico se estampaba contra su mente. Sintió ese insoportable y

familiar vacío que brotaba hacia fuera desde un diminuto punto en su interior que no pudo localizar. Ahí le invadió un odio contra todos y contra todo, y después una intensa compasión hacia cualquier cosa que se moviera a su alrededor, y finalmente, una compasión aún más intensa hacia sí mismo. Quería llorar pero no podía: solo consiguió alejarse cabizbajo.

A cada paso que daba, le parecía que su cuerpo rezumaba una agonía intensa. Su amargura se alejaba de él como en un remolino y un sentimiento cuya profundidad no había experimentado jamás ocupó su lugar. Ahora sus pasos avanzaban con mayor decisión por la acera, entre la multitud del mediodía. Y entonces le pareció que no tendría que volver a preocuparse de nuevo por nada tras empujar las puertas batientes de un pub y caminar hacia la barra ruidosa y atestada con la mirada fija en la hermosa trampa en forma de jarras de cerveza copiosamente tiradas que le proporcionarían sin duda la mejor y única forma de olvido.

Mr Raynor, el maestro de escuela

Aprovechando que los chicos estaban relativamente callados, Mr Raynor miró por la ventana del aula; su vista cruzó la calle adoquinada en dirección al escaparate de la pañería de Harrison. Con la vista afinada gracias a sus gafas de montura de concha observó a la nueva dependienta subir los brazos sobre su cabeza para alcanzar unas calzas de algodón, acción que hacía que sus pechos se estirasen dentro de su vestido azul oscuro de tal modo que parecía casi completamente plana. Mr Raynor frotó ligeramente sus zapatos contra el travesaño de su alta banqueta, una banqueta que tiempo atrás fue motivo de chistes en la sala de profesores: se decía que él mismo había pagado un buen dinero al celador para que le colocase patas más largas y así poder mirar mejor por la ventana y observar más cómodamente a las chicas de la tienda de Harrison, en la acera de enfrente. La mayoría de los chicos que tenía ante él se habían acostumbrado tanto a sus largos periodos de distracción —y de consiguiente libertad para ellos— que ya no tenían ni tiempo ni ganas para burlarse de la causa tan conocida que los motivaba.

Cuando la chica del pecho plano subió las escaleras hacia la sección de trajes de caballero, otra chica, menuda, fuerte y de pechera gratamente más generosa, se situó en el centro del mostrador y desplegó una caja de corbatas de colores, disponiéndolas como los radios de una rueda, ante un hombre que acababa de entrar. Pero Mr Raynor no quería saborear su atractivo, que se hallaba en un extremo difícil de digerir, de ahí que volviese a lamentar la partida de una chica que, para él, había sido perfecta en todos los sentidos. Ante el fondo de la calle, con la tienda y el tráfico entre ambos, que su mirada fija convertía sin problemas en insignificante, recordó su imagen, tarea difícil porque las caras no persistían con claridad en su memoria durante mucho

tiempo, aunque solo hiciese diez días desde que la chica había muerto.

Tenía dieciocho años, recordó, y no era muy alta, con rasgos casi masculinos bajo su cabello corto de color castaño: ojos marrones, mejillas carnosas y labios proporcionados, como los de Afrodita, había observado el ojo interior del maestro una y otra vez, solo que algo más dulces. Vestía un suéter y una rebeca marrones, conjunto que no permitía sino atisbar de modo atormentado la parte superior de su figura, hasta que un día de verano, al quitarse la rebeca, reveló unos pechos del mismo estilo clásico y unas caderas anchas quizá un poquito de más que, en cualquier caso, le iban bien con sus piernas robustas y sus pantorrillas carnosas, que las compensaban. Solo con que se moviese desde el mostrador hasta el pie de las escaleras que conducían a la parte superior de la tienda, las máximas de aritmética común de Mr Raynor se convertían en rígidas frases instructivas lanzadas con rapidez, dejando a toda la clase encantada con la hora casi libre.

Lo que la memoria no podía lograr, lo suplía la imaginación, y el maestro recreaba una imagen tangible, impulsada por obsesiones sensuales cultivadas durante largo tiempo en las que su mujer y familia no tomaban parte. Se ajustó las gafas, se pasó la lengua por la seca zona posterior de sus dientes y frotó de nuevo los pies contra el travesaño del asiento. Cuando aquella muchacha andaba, su cuerpo al completo se dotaba de un movimiento sublime que proporcionaba atractivo a cada una de sus partes separadas, de modo que Mr Raynor reparaba hasta en los talones que descansaban en el interior de sus zapatos, y en sus huellas dactilares tal vez escondidas bajo una pieza de opulento paño. Un enorme trolebús avanzaba obstruyendo la calle con su enorme frontal verde, distrayendo la mirada del maestro hacia los coloridos anuncios que decoraban la franja entre el piso inferior y el superior.

Al sentir que le habían privado tan de repente de su entretenimiento, quiso buscar un cigarrillo, pero todavía faltaba media hora para el recreo. Y aún tenía que lidiar con esta clase antes de que entrasen a la de geografía a las diez. El ruido se apoderó de él, lo sumergió en la realidad como un chorro de agua fría que se abriera paso por un agujero en el casco de un barco. Era el grupo de los mayores, los más ignorantes: una panda de zopencos de catorce años, todos coleccionistas de malas notas, cuyo único afán era abandonar el colegio y encontrar un empleo en alguna fábrica. Bullivant, el más escandaloso, se calmó solo cuando Mr Raynor había dejado de mirar por la ventana, pero el ruido persistía. El único plan factible era mantener a toda

aquella patulea tan callada como se pudiese durante los meses que quedaban, y luego abrir las cancelas y dejarlos marchar a todos, permitirles que se desparramasen por el ancho mundo como los jóvenes cachorros que eran, ávidos de cigarrillos y de fútbol, de cerveza, de mujeres y de un bosque interminable de calles por las que deambular. Entonces, una vez que fuesen despachados tras volver la página de su libro de matrícula a una dependencia más incorregible que aquel enclave selvático que él dominaba para ganarse la vida, la responsabilidad sobre ellos ya no sería suya. Había hecho todo cuanto había podido por aquellos estudiantes tan ineptos como poco voluntariosos.

—Muy bien —dijo en voz alta y clara—, a ver si podemos tener un poco la guerra en paz en esta clase.

A pesar de que el ruido continuaba, reinaba una especie de aire de obediencia. Mr Raynor no era uno de esos estrictos partidarios de la disciplina, pero llevaba veinticinco años desempeñando su oficio y su voz había adquirido durante todo ese tiempo un tono de autoridad que inspiraba respeto. Aunque no los golpeaba tan a menudo como habría sido deseable, todos tenían claro que no era ya un jovencito, y que no le costaría trabajo hacerlo. E intuían que había más fuerza en un puño de un hombre de mediana edad que en el de un joven inexperto como ellos. Por lo tanto, cuando les decía que se callasen, por lo general solían obedecer.

—Saquen sus biblias —ordenó—, y ábranlas por el Éxodo, capítulo seis.

Vio entonces cómo cuarenta y cinco manos, muy pocas de ellas limpias, abrían la Biblia del mismo modo inexplicable como hacían con todos los libros, desde el final hacia el principio. De vez en cuando atisbaba fugazmente alguna ilustración de colores brillantes, navegando entre un maremágnum de páginas. Se inclinó sobre su mesa alta, con el codo apoyado para sujetarse la frente con la mano, y vio a Bullivant susurrarle algo a su vecino, y luego una risilla.

—Handley —preguntó Mr Raynor con actitud severa—. ¿Quién fue Aaron?

Un niño menudo sentado hacia el medio de la clase se puso de pie:

—¿Aaron el de la Biblia, señor?

—Sí. ¿Quién si no, borrico?

—No lo sé, señor —respondió el niño, bien porque de verdad no lo supiera, pensó Mr Raynor, o bien para vengarse de que lo hubieran llamado borrico.

—¿No leíste ayer el capítulo que os mandé leer?

A esto sí que podía contestar el alumno.

—Sí, señor —fue la brillante respuesta.

—Entonces, ¿quién fue Aaron?

Su rostro dejó de brillar y se nubló al admitir:

—Se me ha olvidado, señor.

Mr Raynor se pasó la mano por la frente, despacio, y cambió de táctica.

—¡NO! —gritó con tal fuerza que hizo saltar al chico—. No se siente todavía, Handley. —El chico se volvió a levantar—. Llevamos un mes entero leyendo esta parte de la Biblia, así es que debería ser capaz de responder a mi pregunta. Veamos: ¿Quién fue el hermano de Moisés?

Bullivant canturreó desde atrás:

Llama el Señor a Moisés y le dice:
Tendrán los judíos largas las narices;
la sola excepción
la haré con Aarón
que la tendrá cuadrada
y con el viejo Pedro
cuyo naso será
por siempre jamás
un medidor de gas.

El tenue murmullo alcanzó a Mr Raynor, que vio varias caras en torno a Bullivant haciendo denodados esfuerzos por no reírse.

—Dígame, Handley —repitió—. ¿Quién fue el hermano de Moisés?

El rostro de Handley se tornó alegre, casi reconocible bajo la luz poco familiar de la inspiración, pues el significado de la estrofa canturreada se había abierto camino hasta su sesera.

—Aaron, señor —respondió.

—Y entonces —Mr Raynor asumió que por fin estaba logrando algo—, ¿quién fue Aaron?

Handley, que había dado por terminada su odisea al oír una apagada ovación irónica por parte de Bullivant, alzó, derrotado, su cara inexpresiva.

—No lo sé, señor.

A Mr Raynor se le escapó un suspiro de frustración que los niños no alcanzaron a oír.

—Siéntese —le dijo a Handley. El chico obedeció con tal rapidez que su movimiento hizo temblar la tapa del pupitre. Handley consideraba que había cumplido con su deber, y ahora era el turno de Robinson, que se levantó y se alejó un poco de su pupitre—. Díganos usted quién fue Aaron —ordenó Mr Raynor.

Robinson era un chico algo más espabilado: se le había ocurrido tener una segunda Biblia abierta bajo la tapa de su pupitre para consultarla.

—Un sumo sacerdote, señor —respondió bruscamente—, el hermano de Moisés.

—Siéntese, pues —dijo Mr Raynor—. Ahora, recuerde esto, Handley. ¿En qué grupo está usted, Robinson?

Se levantó de nuevo, sonriendo con respeto.

—En el de Buckingham, señor.

—Pues pónganse una estrella.

Una vez que colocaron la estrella verde en el tablero, mandó leer a uno de los chicos, y cuando el monótono soniquete de su voz estuvo bien encarrilado, Mr Raynor se volvió una vez más a salvar la distancia entre su alta banqueta y el escaparate de la pañería. A base de unir las siluetas y los rostros de las dependientas de entonces para después disolverlas, trataba de evocar la visión carnal de la chica recientemente fallecida, un trabajo de reconstrucción que había sido hasta entonces el principal pilar de su estancia en el colegio; una línea visual que atravesaba la calle adoquinada, entraba en la tienda de Harrison y refulgía sobre las chicas que trabajaban allí, que tenían entre los quince y los veinte años, edad en que se marchaban para casarse. Se había convertido poco a poco en un experto en el proceloso mundo de las mujeres jóvenes de zonas residenciales, y de este modo el fluctuante mercado del trabajo y el del matrimonio hicieron de Mr Raynor un amante veleidoso, cosa que le llevaba a olvidar con demasiada frecuencia cada una de sus grandes pasiones a medida que otra irrumpía para ocupar su puesto. Cada una de «las buenas» era evaluada mentalmente con un sistema de estrellas, y dejaba tras de sí una estela de recuerdos cuando se marchaba, hasta que llegaba otra nueva de «las buenas» cargada de una sólida acuñación de divisas espirituales que desterraba a la precedente. De este modo, cada recuerdo se renovaba y así ninguna moría del todo.

Pero la última era la mejor de todas. Una chica de inesperada belleza que se recortaba contra el fondo de aquella sórdida arteria de tráfico

callejero. La miraba trabajar y charlar o, en las tardes más húmedas, permanecer de pie tras el mostrador como en trance. El chico de la primera fila leía como un profeta; un mar de murmullos agitados comenzó a formarse a su alrededor, y el telón del recuerdo de Mr Raynor se descorrió por los rieles de un verso de Baudelaire que recordó, «*Timide et libertine, et fragile et robuste*», un verso que revelaba el secreto de la nubilidad y la belleza clásicas que aquella chica poseía; su imagen se evaporó cuando tan voluptuosa frase fue barrida por el piso superior de un trolebús cargado de estáticos rostros de mirada fija. Un camarero que les llevaba el té a los de la agencia inmobiliaria salió de la tienda con una jarra blanca en la mano, sorteando con destreza una hilera de coches y camiones parados tras el semáforo, y entró en un café situado al final de la calle silbando una melodía.

El mar de ruido que rodeaba la monótona voz profética del chico lector alcanzó un límite más alto de lo que la disciplina permitía, hasta que una ola arrastró sus sonoras palabras y otro sonido dominó la escena. Mr Raynor miró y vio a Bullivant de pie golpeando al chico del pupitre delantero con todas sus fuerzas. El chico alzó los puños para devolverle el golpe.

Mr Raynor gritó con tanta furia que en un instante se hizo el silencio; su rostro, encarnado y envejecido, surgió violentamente del escritorio.

—¡Está expulsado, Bullivant! —exclamó. *Libertine et robuste*: la frase luchó y murió, se le otorgó una cruz blanca y fue despachada.

Bullivant salió arrastrando los pies entre filas de chicos preocupados.

—Él me arreó primero —dijo, acercándose al encerado.

—Y ahora voy a ser yo quien te arree —replicó Mr Raynor subiendo la tapa de su escritorio y sacando un palo. Su antagonista le miró con ojos agresivos, exhibiendo su desdén hacia el aprieto en el que le hacían verse. Se volvió hacia la clase y le hizo un guiño a sus amigos. Era un chico alto, de catorce años; vestía pantalones largos y rectos y un jersey gris.

—No va usted a atizarme —dijo—. Yo no he hecho nada para que me atice, y lo sabe.

—Extienda su mano —dijo Mr Raynor, cuyo rostro iba poniéndose rojo como el carmín. *Timide*. No, pensó, más bien no... Esto es lo menos que puedo hacer. Le voy a quitar esas ideas de *Teddy-boy* de la cabeza al menos durante un rato.

No hubo tal mano extendida hacia él. Bullivant se quedó quieto allí, de pie, y entonces Mr Raynor repitió su orden. La clase entera les miró expectante, y

el tráfico de la calle no logró enmascarar ni el más mínimo de los murmullos que pasaban por silencio en el aula. Mientras tanto, Bullivant seguía sin levantar la mano; había pasado suficiente tiempo como para que Mr Raynor pudiera alegar una pérdida de paciencia.

—Usted no me va a atizar con eso —dijo de nuevo Bullivant, con un leve destello en su mirada. Tenía los ojos azules medio cerrados.

Robusta. Ojo por ojo. El cuerpo de la chica, el bajo del suéter dilatándose conforme llegaba a sus caderas, todo quedó destruido silenciosamente. Frenó su impulso de venganza, pero ese impulso fue sustituido por una rabia que, sin embargo, le reconcomió con fuerza y le obligó a actuar de una vez por todas. Aprovechando que pasaba un autobús por la calle, se colocó al lado de Bullivant y le empezó a golpear repetidas veces en los hombros con el palo. Propinaba cada golpe con todas sus fuerzas, como si fuera el último.

—Aquí va esto —exclamaba—, estúpido zopenco impertinente.

Bullivant se apartó, y antes de que le pudiesen caer más golpes, y antes también de que Mr Raynor comprendiera que tal cosa era posible, Bullivant contraatacó con los puños, y ambos se enzarzaron en una pelea en la que uno trataba de empujar al otro para así quedar libre y poder atacar de nuevo. Mr Raynor se afianzó al suelo con las piernas abiertas, tratando de empujar a Bullivant contra los pupitres, pero el chico previó la argucia de su adversario, más fuerte que él, y desplazó su propio cuerpo hacia un lado de modo que comenzó una refriega entre los pupitres.

—Usted a mí no me arrea —dijo Bullivant entre dientes—. ¿Pero quién se ha creído que es?

De una sacudida sacó la cabeza, que de repente estaba bajo el brazo de Mr Raynor, lanzó ambos puños, que fallaron el blanco, y saltó como una jirafa por encima de una hilera de pupitres. Mr Raynor se movió rápidamente y le bloqueó la retirada, le apresó el brazo con firmeza y le lanzó una mirada fulminante con la cara enrojecida; entonces le retorció con saña la extremidad que tenía agarrada, todo en cuestión de segundos, y una vez hecho esto lo soltó, aunque continuó con el palo listo en caso de que Bullivant decidiera arremeter contra él de nuevo.

Pero Bullivant reconoció que se le estaba concediendo una tregua, y se limitó a decir:

—Ya le mandaré a nuestro matón para ajustar cuentas. —Y se sentó.

La experiencia estaba del lado de Mr Raynor, que no le veía el sentido a

prolongar el conflicto hasta su conclusión lógica. Aquello únicamente implicaría más jaleo. Se contentó con amenazar a Bullivant para que se comportase, al ver que nadie había salido con la cara rota en la contienda que había acabado en empate. Se volvió a sentar en la alta banqueta tras su escritorio. ¿Qué importaba todo aquello, en realidad? Bullivant y la mayoría de los otros se marcharían en dos meses. Podía mantenerlos a raya durante ese corto periodo de tiempo. Y tras las vacaciones subirían a su clase otros nuevos Bullivants, un nuevo viaje en el ascensor de la escolarización.

Eran las diez menos cinco, y para asegurarse de que el tiempo que quedaba transcurriese en paz, sacó su Biblia y comenzó a leer en voz clara y decidida:

—Entonces el Señor le dijo a Moisés —(aquí hubo risitas)—: ahora verás lo que le haré al Faraón; porque por la fuerza los dejará ir; y por la fuerza los echará de su tierra.

La clase que entró a las diez y media era de aritmética; les mandó abrir a todos sus libros y empezar a hacer los ejercicios de la página cincuenta y cuatro. Observó que las páginas de muchos libros estaban cubiertas por tachones de tinta y palabras obscenas escritas sobre las ilustraciones y también decorando los márgenes para las respuestas, como tatuajes en los brazos de los marineros veteranos; aquellas páginas estarían irreconocibles en un mes, pero tendrían que durar otros doce. Esta clase era de chicos algo más jóvenes; por el momento su rebeldía solo había logrado plasmarse en las páginas de sus libros.

Pero también esto era algo que había que aceptar e, inclinando la cabeza hacia la derecha, se olvidó del ruido de su clase y fijó su mirada en lo que había más allá de la calle, en las chicas que trabajaban en la pañería. ¡Ay, sí!, la última había sido la mejor que recordaba, y en su día llegó el momento en el que decidió curarse de su locura hablando con ella una tarde cuando salía de la tienda. Fue una buena idea. Pero era ya demasiado tarde, porque un joven había ido a esperarla y, por lo visto, a acompañarla hasta la parada del autobús. La mayoría de las chicas que dejaban su trabajo en la tienda lo hacían a causa de un vulgar cambio de destino. («*Timide et libertine, et fragile et robuste*», no podía olvidar la frase). Algunas se casaban, otras, según había notado, se quedaban embarazadas y desaparecían de la noche a la mañana; unas cuantas se peleaban con el gerente y acababan de patitas en la

calle. Pero la última, y esto lo descubrió una noche al abrir el periódico cerca de los semáforos de la esquina, había sido asesinada por el mismo joven que iba a esperarla cada tarde a la puerta de la pañería.

Tres trolebuses de dos pisos pasaron rodando en fila india, pero él siguió mirando la imagen de la chica en el mostrador.

—¡Silencio, silencio! —gritó a las cuarenta caras que tenía delante—. El próximo que hable se las verá con la vara.

Y se hizo el silencio.

El cuadro del barco de pesca

Hace veintiocho años que soy cartero. Tengan en cuenta esa primera frase: como está escrita de un modo sencillo puede hacer que el hecho de que lleve tanto tiempo siendo cartero parezca importante, pero me doy cuenta de que la cosa en sí no tiene relevancia alguna. Después de todo, no es culpa mía que a cierta gente le parezca importante solo porque lo haya escrito con sencillez; no sabría hacerlo de otra manera. Si comenzase a emplear palabras largas y complicadas que hubiese buscado en el diccionario, las habría empleado demasiadas veces, repitiéndolas una y otra vez, solo con unas cuantas frases —si acaso— intercaladas entre una y otra, así es que mejor será que no le dé un tono estúpido, usando las palabras del diccionario, a lo que voy a escribir.

También hace veintiocho años que me casé. Esta afirmación es muy importante, la escribas como la escribas o la mires por donde la mires. También ocurrió que me casé con mi mujer en cuanto conseguí un trabajo fijo, y el primer empleo bueno con el que di fue en la oficina de correos (antes había sido recadero y también uno de esos mozos que sirven el té). Me tuve que casar con ella tan pronto como conseguí un trabajo porque se lo había prometido, y ella no era la clase de persona que te permitía olvidar una promesa así.

La tarde en que me dieron mi primera paga la llamé y le pregunté:

—¿Qué te parece si nos damos un paseíto por Snakey Wood?

Yo estaba hecho un caradura tonto; me creía el amo del mundo, y porque se me había olvidado nuestro acuerdo no me resultó extraño que me contestase: «Vale, muy bien». Recuerdo que estábamos a finales del otoño y las hojas formaban en el suelo una capa gruesa como de nieve, secas las de arriba y empapadas las de abajo. Bajo la luna llena y con una ligera brisa caminamos hacia el Huerto de los Cerezos, los dos contentos y del brazo. De

repente, ella se para y se vuelve hacia mí. Era una chica de huesos grandes, buen tipo y un rostro lo suficientemente bonito:

—¿Quieres que nos adentremos en el bosque?

¡Vaya pregunta! Me reí:

—Sabes que sí. ¿Acaso a ti no te apetece?

Continuamos caminando y un minuto después me dijo:

—Sí, quiero, pero ya sabes lo que hemos de hacer ahora que tienes un trabajo fijo, ¿no?

Me pregunté a qué venía todo aquello. Pero lo tenía bastante claro.

—Casarnos —admití, pero añadí, pensándolo bien—: No tengo un gran sueldo que se diga como para que vivamos de él, ya sabes.

—Para mí es suficiente —respondió.

Y así se quedó la cosa. Me dio el mejor beso que jamás me hayan dado hasta entonces y nos adentramos en el bosque e hicimos lo nuestro.

Ya desde el principio, nunca se mostró demasiado contenta de nuestra vida en común. Y tampoco lo estaba yo, la verdad, porque no le llevó mucho tiempo empezar a contarme que todas sus amistades —y su familia, sobre todo— no cesaban de repetir que nuestro matrimonio no iba a durar ni cinco minutos. Yo nunca pude alegar gran cosa, pues ya después de los primeros meses supe que todo el mundo estaba en lo cierto. Aunque no es que me molestase, porque yo soy de esa clase de individuos que no se alteran por nada. Para ser sincero, la cruda realidad —cosa que no muchos tipos confesarían— es que casarme solo supuso para mí cambiar una casa y una madre por otra casa y por otra madre distintas. Tan sencillo como eso. Incluso mi paga semanal siguió como si nada: se la entregaba a la mujer correspondiente todos los viernes por la noche, y esa mujer me devolvía cinco chelines para tabaco y para ir al cine. La mía fue una de esas bodas donde el coste de la ceremonia y el banquete sirven apenas para pagar el primer plazo, porque después tienes que seguir entregándoles tu sueldo semanal de por vida. Supongo que es de bodas como la mía de donde sacaron la idea de la venta a plazos.

Pero nuestro matrimonio duró más que los cinco minutos que todo el mundo profetizaba: duró seis años. Mi mujer me abandonó cuando yo tenía treinta y ella treinta y cuatro. El problema era que cuando nos peleábamos — y había peleas, vaya si las había, e insultos, y cacharros volando: lo típico—

el sufrimiento era demasiado para nosotros, y entre una y otra disputa me daba la sensación de que no habíamos hecho nada más que pelearnos y sufrir de aquel modo desde el momento en que nos fijamos el uno en la otra, sin una tregua, y que eso continuaría así todo el tiempo que siguiésemos juntos. La verdad era que, tal como la veo ahora —y como incluso a veces la veía ya entonces—, gran parte de nuestro tiempo era por lo demás la mar de agradable.

Mucho antes de que se marchase yo ya tenía la impresión de que nuestra etapa como marido y mujer estaba a punto de tocar a su fin. Hubo un día en que tuvimos una pelea que superó a todas las demás. Estábamos sentados después del té, uno a cada extremo de la mesa, con los platos vacíos y la tripa llena, así es que no había excusa para lo que sucedió después. Yo tenía la cabeza sumergida entre las páginas de un libro, y Kathy estaba allí sentada como siempre, sin hacer nada.

De repente dijo:

—Te quiero, Harry. —Al principio no escuché lo que me decía, cosa que ocurre a menudo cuando estás leyendo un libro. Pero ella siguió—: Harry, mírame.

Alcé la cara, sonreí y volví de nuevo a la lectura. Quizá fue un error y debí de haber dicho algo, pero el libro era demasiado interesante.

—Estoy segura de que tanta lectura te hace daño a la vista —comentó apartándome de nuevo del mundo deslumbrante y caluroso de la India.

—Qué va... —negué, sin levantar los ojos. Kathy era joven y su rostro era aún hermoso. Era una treintañera ágil y apasionada que no me permitiría prestarle poca atención por lo terca e iracunda que podía llegar a ser.

—Mi padre solía decir que solo leen libros los tontos, porque les queda mucho por aprender.

Sus palabras me ofendieron en lo más profundo, y se me clavaron muy dentro, de modo que no pude resistir replicarle, aunque sin mirar hacia arriba:

—Lo dijo solamente porque él no sabía leer. Un envidioso tu padre, me parece.

—No hay por qué tener envidia de esas memeces con la que te llenas la cabezota —dijo ella despacio, asegurándose de que yo me diese cuenta de que decía esas palabras intencionadamente. La letra impresa no podía retenerme más; la tormenta estaba demasiado cerca.

—Mira, cielo, ¿por qué no buscas un libro *para ti*?

Pero nunca lo haría: los odiaba como si fuesen veneno.

—Tengo más sentido común que eso, y demasiadas cosas que hacer — respondió en tono burlón.

Entonces estallé, no muy violentamente porque todavía confiaba en que no siguiera dale que dale con lo mismo. Además, quería poder terminar el capítulo en el que estaba.

—Bueno, pues déjame leer, en cualquier caso. Es un libro interesante y estoy cansado.

Pero ese ruego solo sirvió para darle más argumentos.

—¿Cansado? Siempre estás cansado. —Se rio a todo volumen—: ¡El nene está cansado! Deberías trabajar de verdad por una vez en tu vida, en lugar de andar paseándote todo el día por las calles con esa bolsa ridícula de cartero.

No voy a seguir relatando la discusión palabra por palabra. En cualquier caso, no hubo muchas más antes de que me arrebatara el libro de las manos.

—Tú y tus puñeteros libritos —gritó—, nada más que libros, libros y libros, cabeza hueca. —Y tiró el libro a las brasas, empujándolo más y más con el atizador hasta que las llamas se lo tragaron.

Esto me dolió, vaya si me dolió. Así que le arreé un guantazo, no muy fuerte, pero le di. Era un buen libro y, además, lo había sacado de la biblioteca pública. Ahora tendría que comprar uno nuevo. Ella salió dando un portazo y ya no la vi hasta el día siguiente.

Cuando se las piró, me sorprendió comprobar que no me quedaba con el corazón destrozado, ni nada parecido. Estaba harto. Todo lo que puedo decir es que fue un golpe de suerte divina el que nunca tuviésemos críos. Se quedó embarazada una o dos veces, pero la cosa nunca llegó a dar frutos; cada intento le generaba más amargura si cabe de la que podíamos tolerar en los pocos meses de paz que transcurrían entremedias. Aunque quizás habría sido mejor para ella tener críos; nunca se sabe.

Un mes después de haber quemado el libro, se escapó con un pintor de brocha gorda. Lo hizo todo con mucha finura, como ella sabía hacerlo. No hubo gritos ni golpes, ni se acusó a nadie de haber destrozado el hogar, dulce hogar. Nada más volver del trabajo un día, me encontré una nota esperándome:

—Me marchó. No volveré.

La nota estaba apoyada en la repisa de la chimenea, ante el reloj. No había restos de lágrimas sobre el papel: solamente cuatro palabras escritas a lápiz

en una página de la libreta del seguro. Aún la conservo en el fondo de mi billetera, Dios sabrá por qué.

El pintor con quien se fue vivía en una casa de su propiedad, justo en la acera de enfrente de nuestra casa. Llevaba unos meses en paro y de repente encontró empleo en un pueblo a treinta kilómetros de aquí, según me enteré después. Los vecinos parecían casi deseosos de hacerme saber —cuando ellos se fueron, naturalmente— que ya llevaban liados más o menos un año. Nadie sabía adónde se habían largado; probablemente imaginaban que yo querría salir en su busca, pero os juro que jamás se me pasó por la cabeza hacer algo así. En cualquier caso, ¿qué podía hacer yo? ¿Darle una tunda a él y traerme a Kathy a casa arrastrándola del pelo? No parecía probable que lo hiciera.

Incluso ahora de nada sirve tratar de convencerme de que este cambio en mi vida no me perturbó. Echas de menos a una mujer cuando ha estado seis años viviendo contigo en la misma casa, independientemente de que nos llevásemos como el perro y el gato... aunque teníamos nuestros momentos, debo reconocerlo. Tras su marcha repentina algo se notaba distinto en la casa, en las paredes, en el techo y en todos y cada uno de los objetos. Y algo se había transformado también en mí, aunque intenté convencerme de que todo era exactamente igual y que el hecho de que Kathy me dejase no supondría la menor diferencia. Sin embargo, el tiempo empezó a transcurrir con gran lentitud, y yo me sentía como alguien que está aprendiendo a andar con una pata de palo; después llegaron las interminables tardes de verano y empecé a estar contento casi contra mi voluntad, demasiado contento en cualquier caso como para aferrarme a tormentos como la soledad y la tristeza. El mundo seguía marchando y yo, o eso me parecía, también.

En otras palabras, logré sacarle partido a las cosas. Cada día, cuando llegaba la hora, me daba una buena comilona en la cantina. Para desayunar me hacía un huevo duro (los domingos, el huevo era frito y con beicon) y cenaba algo frío pero contundente todas las noches. Las cosas marchaban, no era una mala vida. Quizás me encontraba un poco solo, puede, pero al menos tenía la vida en paz, y lo que me pasaba parecía no importarme, ni mucho ni poco. Incluso me abandonó esa sensación de soledad que me había tenido pensando demasiado en Kathy cuando se fue. Y dejé de mortificarme al respecto. Ya veía la suficiente gente en mis rondas durante el día para que su recuerdo me durase cuando estaba en casa por las tardes y durante los fines de semana. A veces jugaba a las damas en el club, o me bajaba al pub de mi

calle a beberme media pinta tranquilamente. Y así pasaba mi vida.

Las cosas siguieron así durante diez años. Por lo que deduje más tarde, Kathy había estado viviendo en Leicester con su pintorcito. Después volvió a Nottingham. Vino a verme un viernes por la tarde, día de paga. Desde su punto de vista, resultó que no podía haber venido en mejor momento.

Yo estaba apoyado en la verja del patio, fumando en pipa. Había tenido un día muy ajetreado por mis rondas, y la verdad es que estaba de mal humor; me habían devuelto montones de cartas a lo largo de toda la ruta; al parecer, muchísima gente se había mudado y nadie tenía ni idea de dónde se habían ido; y hubo un par de personas que se demoraron hasta diez minutos en levantarse de la cama para firmar el acuse de recibo de una carta certificada. Así que en ese momento me sentía doblemente tranquilo porque estaba en casa, fumándome una pipa en el jardín trasero en los estertores de un día de otoño. El cielo estaba de un amarillo despejado, con retazos verdes sobre los tejados y antenas de televisión. Las chimeneas acababan de empezar a arrojar su humo vespertino, y la mayoría de los motores de las fábricas ya habían dejado de roncar. Había una algarabía de críos corriendo alrededor de las farolas, y se oía, como si llegara de muy lejos, el ladrido de unos perros. Yo estaba a punto de vaciar mi pipa para entrar de nuevo en casa y seguir leyendo un libro sobre Brasil que había interrumpido la noche anterior.

Enseguida que dobló la esquina y avanzó por el jardín la reconocí. Aquello me produjo una extraña sensación: diez años no bastan para cambiar a alguien de tal forma que no la reconozcas, pero si es tiempo suficiente para tener que fijarse dos veces antes de estar seguro. Y esa décima de segundo entre las dos miradas fue como una patada en el estómago. Kathy no tenía sus andares habituales, como si fuera la dueña de la calle y de todos sus vecinos. Caminaba un poco más lentamente que cuando la vi por última vez, como si, durante los últimos diez años, se hubiese dado de bruces contra una pared por andar con esos aires tan altaneros que siempre tuvo. No parecía tan segura de sí misma, y estaba más gorda; llevaba un vestido todavía de verano y un abrigo de invierno sin abrochar, y se había teñido el pelo de rubio, cuando solía tenerlo de un tono castaño bastante agradable.

Al verla no me puse ni triste ni contento, pero quizá sea eso lo que sucede cuando uno sufre una impresión, porque lo que sí estaba era sorprendido. No

porque no esperase volver a verla, pero ya saben cómo es la cosa: de algún modo la había medio olvidado. Cuanto más tiempo pasaba, más se había ido reduciendo nuestra vida matrimonial: un año, un mes, un día, un escaso segundo como un destello de luz que hubiese visto en la oscuridad antes de la hora de levantarme. Solo en esos diez años, el recuerdo se había alejado demasiado para mantener algo más que la pátina de un sueño, pues enseguida que me acostumbré a vivir solo la olvidé.

A pesar de que sus andares habían cambiado aún esperaba que me dijera algo mordaz como: «¿A que no esperabas verme de vuelta tan pronto en la escena del crimen, eh, Harry?», o: «Tú no te creías eso de que bicho malo nunca muere, ¿a que no?».

Pero se limitó a quedarse ahí.

—Hola, Harry. —Y esperó que yo me apartase de la verja para poder entrar—. Hace mucho que no nos vemos, ¿no es así?

Abrí la verja, guardando mi pipa vacía.

—Hola, Kathy —dije, y caminé por el jardín para que ella me pudiera seguir. Se abotonó su abrigo cuando entramos en la cocina, como si saliese de casa en vez de acabar de entrar—. ¿Qué tal te va entonces? —pregunté, de pie junto a la chimenea.

Ella le daba la espalda a la radio, y no parecía querer mirarme. Quizás yo estuviese un poco taciturno, después de todo, debido a su visita repentina, y es posible que lo mostrase sin darme cuenta en el momento, porque llené mi pipa de inmediato, algo que no suelo hacer nunca. Siempre dejo que la pipa se enfríe antes de encender la siguiente.

—Estoy bien —fue todo lo que dijo.

—¿Y por qué no te sientas, Kathy? Enseguida enciendo el fuego.

Siguió ensimismada, como si no se atreviese a mirar los viejos objetos que la rodeaban, que estaban casi igual que cuando ella se fue. Sin embargo, vio lo suficiente como para comentar:

—Te cuidas bien.

—¿Qué esperabas? —respondí, pero sin sorna. Ella llevaba los labios pintados, me di cuenta, cosa que antes nunca hacía, y colorete, y quizá también polvos. Esto le sumaba años de un modo distinto, supuse, que si no llevase nada en la cara. Era una máscara endeble pero bastaba para ocultarse de mí —y quizás de sí misma— la persona que había sido hacía diez años.

—Dicen que pronto habrá guerra —dijo, hablando por hablar.

Agarré una silla de las que había en la mesa.

—Vamos, siéntate, Kathy. Quítate ese peso de las piernas —una vieja frase que empleábamos, aunque no sé por qué la traje a colación en ese momento—. No, no me sorprendería. Ese Hitler está pidiendo un balazo en los sesos, como muchos alemanes.

Levanté la vista y la pillé mirando fijamente el cuadro de un barco de pesca que colgaba de la pared: pardo y herrumbroso, con las velas medio desplegadas en un lóbrego amanecer, no lejos de una playa a lo largo de la cual una mujer caminaba con una cesta de pescado al hombro. Perteneía a una serie que el hermano de Kathy nos había regalado por nuestra boda; los otros dos los habíamos destrozado en una pelea de esas que solíamos tener. Le gustaba mucho este cuadro del barco de pesca. El último que quedaba. El último de la flota, solíamos llamarlo, en nuestros mejores momentos.

—¿A ti cómo te va? —quise saber—. ¿Vives bien?

—Bien —respondió. Yo aún no me podía hacer a la idea de que no fuese tan habladora como antes, de que su voz fuese más suave y apagada, sin asomo de mordacidad. Pero quizá se sentía rara al verme de nuevo en la vieja casa, después de tanto tiempo, con todo exactamente como ella lo había dejado. Ahora tenía una radio; esa era la única diferencia.

—¿Conseguiste trabajo? —pregunté. Ella parecía temerosa de aceptar la silla que le había ofrecido.

—En la empresa Hoskins —me dijo—, en Ambergate. La fábrica de encajes. Pagan cuarenta y dos chelines por semana, que no está mal.

Se sentó y se abrochó el último botón del abrigo. Vi cómo miraba de nuevo el cuadro del barco de pesca. El último de la flota.

—Tampoco es que esté tan bien. Nunca pagan nada más que sueldos raquíuticos, y así seguirán, supongo. ¿Dónde estás viviendo, Kathy?

Ahuecándose el pelo, con un rastro gris junto a las raíces, me dijo:

—Tengo una casa en Sneinton. Pequeña, pero solo cuesta siete chelines y seis peniques por semana. Es bastante ruidosa, pero a mí me gusta así. Siempre me gustó el bullicio, ya sabes. «Una pinta de cerveza y un cuartillo de ruido» era lo que solías decir, ¿no?

Yo sonreí.

—Qué gracia que te acuerdes de eso. —Pero no parecía que tuviese una vida muy interesante. En sus ojos faltaba esa chispa de humor que a menudo daba lugar a la hoguera de una carcajada. Las arruguitas que tenía alrededor

de ellos servían ahora únicamente como indicio de la edad y del paso del tiempo. —Me alegra oír que te cuidas bien.

Por primera vez me miró a los ojos.

—Nunca fuiste muy excitable, ¿no, Harry?

—No —respondí con sinceridad—, en absoluto.

—Tendrías que haberlo sido —dijo ella, aunque de modo vacío—, así quizá nos habría ido un poco mejor.

—Demasiado tarde —señalé, dándome plena cuenta del daño que podrían causar mis palabras—. Nunca me gustaron las disputas ni los altercados, ya lo sabes. Mi temperamento es más pacífico.

Ella hizo una broma de la que ambos nos reímos.

—¡Igual que el tal Chamberlain! —Y luego empujó un plato hacia el centro de la mesa y posó los codos sobre el mantel—. Durante los últimos tres años he tenido que depender de mí misma.

Puede ser uno de mis defectos, pero a veces la curiosidad me hace decir cosas.

—Y entonces, ¿qué paso con ese pintor de paredes tuyo?

Hice esta pregunta con mucha naturalidad, no porque creyera que tuviera algo que reprocharle. Se había marchado y punto. No me había dejado plantado con una montaña de deudas o algo así. Yo siempre le dejé hacer lo que quería.

—Veo que tienes muchos libros —señaló, reparando en uno apoyado contra la botella de salsa y dos más en el aparador.

—Me sirven para pasar el rato —contesté, encendiendo una cerilla porque se me había apagado la pipa—. Me gusta leer, ya lo sabes.

No dijo nada durante un rato. Tres minutos: me acuerdo porque estuve mirando el reloj que había sobre la cómoda. A esa hora estarían dando las noticias en la radio, y me había perdido la mejor parte. Se estaban poniendo interesantes por aquello de la guerra que se avecinaba. No tenía nada más que hacer salvo pasar el rato pensando mientras esperaba que ella hablase.

—Se murió de saturnismo —me contó—. Sufrió mucho; solo tenía cuarenta y dos años. Una semana antes de morir lo llevaron al hospital.

Yo no podía decir que lo sintiese, pero tampoco me era posible guardarle rencor. La verdad es que no conocía al tipo.

—No creo que tenga un pitillo por aquí para ofrecértelo —dije, mirando sobre la repisa de la chimenea por si encontraba uno, aunque sabía que no. Se

movió cuando me crucé con ella en mi búsqueda, apartando la silla—. No, no hace falta que te muevas. Puedo arreglármelas.

—No pasa nada —dijo—. Tengo yo aquí algunos —dijo palpándose el bolsillo y sacando un paquete arrugado de cinco cigarrillos—. ¿Quieres uno, Harry?

—No, gracias. No me he fumado un cigarrillo en veinte años, ya lo sabes. ¿No recuerdas cómo empecé a fumar en pipa? Cuando éramos novios. ¡Me regalaste una por mi cumpleaños y me dijiste que empezase a fumar en ella porque me daría un aspecto más distinguido! Así que empecé a hacerlo desde entonces. Me acostumbé rápido, y ahora me gusta. De hecho, no podría estar sin ella.

¡Como si fuese ayer! Pero quizás estaba hablando demasiado, porque a ella se la notaba un poco nerviosa al encender su cigarro. No sé a qué se debía, puesto que no tenía por qué estar en mi casa.

—¿Sabes, Harry? —comenzó, mirando el cuadro del barco de pesca, señalándolo con la cabeza—, me gustaría tener ese cuadro. —Como si fuese lo que más quisiera en su vida.

—No es un mal lienzo, ¿verdad? —recuerdo que dije—. Es bonito tener cuadros en las paredes, no porque te guste especialmente mirarlos, pero sí que nos hacen compañía. Incluso cuando no los miras sabes que están allí. Pero llévatelo si te gusta.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, empleando un tono que me hizo compadecerla por vez primera.

—Por supuesto. Llévatelo. A mí no me sirve de nada ya. En cualquier caso, puedo hacerme con otro cuadro si quiero, o colgar un mapa de la guerra.

Era el único cuadro que había en esa pared, sin incluir la foto de bodas, justo debajo, en el aparador. Pero no quería recordarle lo de la foto de bodas por temor a que le trajese recuerdos que no le gustasen. Yo no lo tenía ahí por razones sentimentales, así es que quizás tendría que haberlo retirado.

—¿Has tenido hijos?

—No —respondió ella, como sin interés—. Pero lamentaría llevarme tu cuadro, y preferiría no hacerlo si lo consideras tan importante.

Permanecimos sentados mirando por encima de los hombros del otro durante largo tiempo. Me preguntaba qué había pasado durante esos diez años para que hablase con tanta amargura acerca del cuadro. Estaba oscureciendo. ¿Por qué no dejaba de hablar del maldito cuadro y se limitaba a

llevárselo? Entonces se lo volví a ofrecer, y para zanjar el asunto lo descolgué, le pasé el trapo del polvo por detrás, lo envolví en papel de estraza y até el paquete con el mejor cordel de la oficina de correos.

—Aquí lo tienes —dije, apartando los cacharros y poniéndolo sobre la mesa junto a sus codos.

—Te portas muy bien conmigo, Harry.

—Qué bien, me alegro. ¿Qué más dará un cuadro más o menos en una casa? ¿Y qué significa para mí, en cualquier caso?

Ahora veo que nos estuvimos hiriendo el uno al otro duramente de un modo que ignorábamos cuando vivíamos juntos. Encendí la luz. Como Kathy parecía incómoda al ver que la luz destacaba con claridad todo lo que había en la sala, me ofrecí a apagarla de nuevo.

—No, no te molestes —dijo levantándose para llevarse su paquete—. Creo que me voy a marchar. Mejor será que nos veamos en otro momento.

—Pásate por aquí cuando te apetezca. —¿Por qué no? No éramos enemigos. Se desabrochó dos botones de su abrigo, como si tenerlos desabotonados le hiciera parecer más cómoda y feliz dentro de su ropa. Luego me saludó con la mano—: Hasta pronto.

—Buenas noches, Kathy.

Me llamó la atención que no sonriese o se hubiera reído ni una vez durante todo el tiempo que estuvo en casa, así es que yo le sonreí cuando se encaminó hacia la puerta, y lo que obtuve a cambio no fue esa sonrisa descarada que yo había conocido antaño, sino una mueca sardónica con los labios, que se movían más por mero ejercicio que por humor. Le ha debido de pasar de todo, pensé, y encima ahora ya tiene más de cuarenta años.

Así que se marchó. Pero no me llevó mucho tiempo volver a meterme de lleno en mi libro.

Unos días más tarde caminaba yo por St Ann's Well Road repartiendo cartas; mi ronda me estaba llevando mucho tiempo, porque me tuve que parar en casi todas las tiendas. Estaba lloviendo, caía un buen chaparrón, y el agua se escurría por mi capa, mojándome los pantalones de rodillas para abajo. Estaba deseando tomarme una buena taza de té de vuelta en la cantina, donde confiaba en que hubiesen dejado el hornillo encendido. De no haber ido con tanto retraso en mi ronda, habría entrado en un café a tomarme una taza.

Acababa de entregar un puñado de cartas en una frutería y, al salir, vi el cuadro del barco de pesca en el escaparate de la casa de empeños que había al lado, el que le había regalado a Kathy hacía unos días. No había duda posible: estaba apoyado contra unos niveles de burbuja antiguos, garlopas sin cuchillas, martillos oxidados, espátulas y una funda de violín con la correa rota. Advertí una muesca familiar junto a la esquina inferior izquierda del marco dorado de madera.

Tardé por lo menos medio minuto en dar crédito a lo que estaba viendo. Era incapaz de comprender cómo había llegado el cuadro hasta allí; a la mente me vino entonces el primer día de mi vida de casado, y el aparador aquel día, bien cargado de regalos, entre los que destacaba este superviviente del trío, mirándome desde los restos del naufragio de esas otras vidas olvidadas. Y aquí está el cuadro, pensé, totalmente venido a menos. Lo debió de haber vendido antes siquiera de volver a su casa aquella noche: las casas de empeños siempre abren hasta tarde los viernes, así las mujeres pueden desempeñar los trajes de su marido para que los usen el fin de semana. O quizás lo haya vendido esta mañana y yo he llegado solamente media hora después que ella en mi ronda. Tiene que haber sido muy duro, pobre Kathy, pensé. ¿Por qué no me pidió que le prestase uno o dos chelines?

No reflexioné mucho lo que iba a hacer acto seguido. Nunca lo hago, pero entré y me quedé de pie junto al mostrador esperando que un viejo avaro renqueante terminase de examinar los fardos de dos mujeres de rostro chupado que se inclinaban sobre él para asegurarse de que se diera cuenta de que estaban empeñando lo mejor que tenían. Yo estaba impaciente. El sitio apestaba a ropa vieja y a porquería enmohecida, sobre todo cuando uno venía del aire fresco. Me di cuenta de que ahora sí que me retrasaría más que nunca en mi ronda. La cantina estaría cerrada antes de que yo volviese, y me perdería mi té matutino.

El viejo se acercó finalmente hacia mí arrastrando los pies y extendiendo la mano:

—¿Hay cartas?

—Nada de eso, jefe. Solo quería echarle un vistazo a ese cuadro que tiene usted en el escaparate; el del barco.

Las mujeres siguieron contando los pocos chelines que el tipo les había dado, metiendo los cupones de empeño en los monederos, y entonces el viejo regresó transportando el cuadro. Lo trataba con tanta delicadeza que

cualquiera habría dicho que costaba cinco libras.

Mi primera impresión fue creer que Kathy vendió el cuadro de inmediato, pero uno aprende rápido a no fiarse mucho de sus creencias, así es que lo miré y lo remiré para asegurarme de que era realmente ese. No era posible leer el precio que había marcado por detrás.

—¿Cuánto pide por él?

—Se lo doy por cuatro chelines.

La generosidad en persona, el tipo. Pero a mí no se me da bien regatear. Si bien estaba seguro de que lo podía haber conseguido por menos, prefería pagar un chelín de más que soportar cinco minutos de cháchara inútil. Así que le entregué el dinero y le dije que me pasaría a buscar el cuadro más tarde.

Cuatro malditos chelines, pensé mientras caminaba empapado bajo la lluvia. El muy ladrón. A la pobre Kathy le debió de dar un chelín y seis peniques como mucho. Tres pintas de cerveza por aquel viejo cuadro con un barco de pesca.

No sé por qué, pero estaba seguro de que Kathy volvería de nuevo. Vino el jueves de la semana siguiente, a la misma hora, e iba vestida como siempre: un traje de verano bajo su abrigo marrón de invierno cuyos botones no paraba de toquetear. Parecía tan nerviosa como la otra vez. Había bebido una o dos copas por el camino, y antes de entrar en la casa pasó por el baño público que había fuera. Yo había llegado tarde de trabajar y casi no me había dado tiempo a acabar de tomarme el té, así que le pregunté si quería una taza.

—No me apetece, gracias —fue la respuesta—. Me he tomado una hace un rato.

Vacíé el cubo del carbón en la lumbre.

—Siéntate ahí, junto al fuego. Hace un poco de fresco esta noche.

Ella se mostró de acuerdo, y entonces miró el cuadro del barco de pesca colgado de nuevo en la pared. Yo llevaba tiempo esperando este momento, preguntándome qué diría cuando lo viese, pero no mostró sorpresa al verlo de nuevo en su antiguo lugar, lo que me provocó una ligera decepción.

—No me quedará hasta muy tarde hoy —fue todo lo que dijo—. Tengo que ver a alguien a las ocho.

Ni una palabra acerca del cuadro.

—Muy bien. ¿Cómo te va en el trabajo?

—De pena —respondió indiferente, como si mi pregunta estuviese fuera de lugar—. Me han despedido por mandar a la capataza a freír espárragos.

—Vaya —dije, pues siempre suelo decir «vaya» cuando quiero esconder mis sentimientos, aunque es una apuesta segura porque siempre que digo «vaya» después no le sigue gran cosa.

Se me ocurrió que quizás quería vivir en su antigua casa de nuevo al ver que había perdido su trabajo. Si quería hacerlo, podía. Y os aseguro que ella no tendría miedo de pedirlo, ni siquiera ahora. Pero no sería yo quien lo mencionase primero. Igual ese fue mi error, pero nunca lo sabré—. Qué lástima que te hayan despedido —dije.

Sus ojos se fijaron de nuevo en el cuadro hasta que preguntó:

—¿Me puedes prestar media corona?

—Claro que puedo —me vacié el bolsillo del pantalón, saqué media corona y se la pasé. Cinco pintas. A ella no se le ocurría nada que decir y marcaba con los pies el ritmo de alguna melodía silenciosa que tenía en mente—. Muchas gracias.

—No tiene importancia —dije con una sonrisa. Me había acordado de comprar un paquete de cigarrillos en caso de que quisiera uno, lo que muestra lo mucho que esperaba su vuelta—. ¿Te apetece fumar?

Ella cogió un cigarrillo del paquete y encendió una cerilla en la suela de su zapato antes de que le pudiese pasar un mechero.

—Te devolveré la media corona la semana próxima, cuando me paguen. —Qué cosa más rara, pensé—. Conseguiré un trabajo tan rápido como perdí el otro —añadió, leyendo mis pensamientos sin darme tiempo para hablar—. No me llevará demasiado tiempo. Hay mucho trabajo con lo de la guerra. Y también mejor pagado...

—Supongo yo que todas las empresas se reconvertirán pronto.

Se me ocurrió que podría pedirme una especie de asignación —ya que legalmente seguíamos casados— en vez de venir a pedirme prestada media corona. Estaba en su derecho y yo no tenía que recordárselo; no me iba a ofender en absoluto si aceptaba el ofrecimiento. Yo llevaba soltero —por decirlo de alguna manera— tantos años que no había podido por menos que ir ahorrando unas cuantas libras.

—Me tengo que marchar —dijo, levantándose para abotonarse el abrigo.

—¿Seguro que no quieres un té?

—No, gracias. He de tomar el trolebús que va de vuelta a Sneinton. —Le dije que la acompañaba a la puerta. —No te molestes. No hace falta. —Se quedó esperándome, mirando el cuadro de la pared sobre el aparador—. Es un cuadro muy bonito este que tienes aquí. Siempre me gustó mucho.

Hice la vieja broma:

—Sí, pero es el último de la flota.

—Por eso me gusta. —Ni una palabra acerca de haberlo vendido por dieciocho peniques.

La acompañé hasta la salida, perplejo.

Durante toda la guerra, volvió a verme cada semana, siempre los jueves por la tarde aproximadamente a la misma hora. Charlábamos un rato, sobre el tiempo, sobre la guerra, sobre su trabajo y el mío, nunca de algo importante. A menudo nos sentábamos durante largo rato mirando al fuego desde nuestros respectivos sitios en el salón: yo en el medio y Kathy algo más lejos, en la mesa, como si acabase de terminar de comer; los dos silenciosos pero no incómodos al respecto. A veces yo preparaba una taza de té y otras no. Supongo que ahora que lo pienso podría haber comprado una pinta de cerveza de vez en cuando, pero nunca se me ocurrió. No es que piense que ella lamentaba que no hubiese cerveza, porque, de todas formas, no era el tipo de producto que ella esperaba ver en mi casa.

No dejó de venir ni una sola semana, incluso a pesar de que a menudo se resfriaba en invierno y habría estado mejor metida en la cama. Tampoco le impedían venir los apagones o las bombas. De manera tranquila y sin interés aparente llegábamos a pasárnoslo bien y cada vez nos apetecía vernos de nuevo; quizá fueron esos los mejores momentos que pasamos juntos en toda nuestra vida. Y desde luego que nos sirvieron de ayuda durante las largas y monótonas tardes de la guerra.

Siempre llevaba el mismo abrigo marrón, cada vez más gastado y raído. Y nunca se iba sin pedirme unos cuantos chelines. Se ponía de pie:

—Emmm.. préstame medio dólar, Harry.

A veces bromeaba al dárselo:

—No te emborraches demasiado, anda, querida...

Pero ella nunca reaccionaba, como si considerase de mala educación bromear acerca de algo así. Por supuesto, jamás me devolvió nada, pero en

ese momento yo tampoco echaba de menos ese dinero, así es que no le decía que no cuando me lo pedía, y cuando el precio de la cerveza subió, ella aumentó la cifra a tres chelines, y después a tres con seis peniques y, finalmente, poco tiempo antes de que se muriera, a cuatro chelines. Era un verdadero placer poder ayudarla. Además, pensaba yo, no tiene a nadie más en el mundo. Nunca le hacía preguntas para enterarme de dónde vivía, aunque mencionó un par de veces que aún seguía por Sneinton. Tampoco la vi nunca a la entrada de un pub o de un cine; Nottingham es una ciudad grande en muchos aspectos.

En cada visita, Kathy le echaba de vez en cuando una mirada al cuadro del barco de pesca, el último de la flota, que estaba colgado en la pared sobre el aparador. Mencionaba a menudo lo bonito que le parecía, y el hecho de que no debería deshacerme nunca de él; y lo perfectos que eran el amanecer, el barco, la mujer y el mar. Unos minutos más tarde, me lanzaba una indirecta acerca de lo estupendo que sería para ella tener ese cuadro, pero yo, sabiendo que acabaría en la casa de empeños, no respondía a sus insinuaciones. Preferiría haberle prestado cinco chelines en lugar de media corona, así no habría empeñado el cuadro, pero ella nunca parecía querer más de media corona durante esos primeros años. Una vez le mencioné que podría darle más si ella quería, pero no me respondió.

No creo que quisiera el cuadro precisamente para venderlo y obtener dinero, o para colgarlo en su propia casa, sino solo por el puro placer de empeñarlo, para que alguien lo comprase y así dejase de pertenecer a cualquiera de nosotros dos.

Pero al final me lo pidió directamente y yo no vi razón alguna para negarme. Al igual que había hecho seis años atrás, cuando vino a verme por primera vez, le pasé el trapo del polvo, lo envolví con cuidado en varias capas de papel de estraza, lo até con un cordel de la oficina de correos y se lo di. Kathy parecía contenta con él bajo el brazo; se diría que le faltó tiempo para irse con él de casa.

Y ocurrió otra vez la misma historia, puesto que unos días más tarde lo vi de nuevo en el escaparate de la casa de empeños junto a todo el resto de viejos cachivaches que parecían llevar años allí sin que nadie les hiciera caso. Esta vez no entré siquiera para tratar de llevármelo. De algún modo, me

habría gustado hacerlo, porque puede que así Kathy no hubiera sufrido el accidente que la mató días después. Aunque nunca se sabe. De no haber sido por eso, habría sido por otra cosa.

No pude verla antes de su muerte. La atropelló un camión a las seis de la tarde, y para cuando la policía me llevó al Hospital General ya había fallecido. El cuerpo lo tenía destrozado y había muerto prácticamente desangrada antes de llegar al hospital. El médico me dijo que no andaba muy sobria que se dijera cuando la atropellaron. Me mostraron sus pertenencias, y entre ellas estaba el cuadro del barco de pesca, pero estaba tan roto y manchado de sangre que me costó reconocerlo. Lo quemé en la chimenea aquella misma noche, ya muy tarde.

Cuando sus dos hermanos, con sus respectivas esposas e hijos, se fueron del hospital, llevándose consigo los reproches por el accidente de Kathy, que, según ellos, había sido por mi culpa, permanecí un rato de pie junto a la lápida pensando que ahora sí que me había quedado solo de verdad. Confiaba, al menos, en poder acabar llorando como un loco. Pero no hubo suerte. De repente, al levantar la cabeza, reparé en un tipo al que no había visto antes. Era una tarde soleada de invierno, pero hacía un frío helador, y lo único que podía hacerme olvidar a Kathy era pensar en la suerte del pobre infeliz al que le fastidiamos la tarde obligándole a horadar aquel terreno duro como una piedra para cavar ese hoyo en el que ahora reposaba mi mujer. Y ahora estaba ese extraño, ahí parado. Le corrían unos lagrimones muy gruesos por las mejillas; era un cincuentón que vestía un buen traje gris con una banda de tela negra alrededor del brazo, que solo movió cuando el sacristán, ya harto, le tocó el hombro —y después el mío— para decir que todo se había terminado.

No me hizo falta preguntarle quién era. Lo supe al instante. Cuando esa tarde fui a casa de Kathy (también había sido la suya), el tipo estaba empaquetando sus cosas y se marchó poco después en un taxi sin decir palabra. Pero los vecinos, que siempre lo saben todo, me contaron que, durante los seis últimos años, él y Kathy habían estado viviendo juntos, ¿no es increíble? Solo deseé que la hubiera hecho más feliz de lo que había sido conmigo.

Ahora el tiempo ha pasado y yo no me he molestado en comprar otro cuadro

para adornar la pared. Quizás un mapa de la guerra podría irle bien; la pared está demasiado desnuda, y estoy seguro de que algún gobierno me haría pronto el favor de llenarla. Pero por el momento realmente no necesita nada, a decir verdad. Esa parte de la habitación está ya suficientemente llena con el aparador, sobre el que sigue la foto de bodas, esa que Kathy nunca se acordó de pedirme.

Y al mirar esos viejos cuadros que se agolpan en el recoveco más oculto de mi mente, me doy cuenta de que nunca tendría que haberlos dejado marchar, y de que tampoco tendría que haber dejado que Kathy se fuese. Algo me decía que había cometido una estupidez mortal al hacerlo, y por culpa de mi podrida mala suerte, resultó que esa palabra, «mortal», más que «estupidez», fue la que me retumbó en la mente durante días y días, y ahí sigue todavía, como la espina dorsal de un bacalao o de un congrio, volviéndome loco de furia a veces cuando estoy por la noche en la cama, pensando.

Comencé a creer que mi vida no tenía sentido, que ya había llegado demasiado lejos incluso para volverme creyente o incluso para darme a la bebida. ¿Por qué había vivido?, me preguntaba. No puedo verle el sentido. ¿Para qué todo esto? Pero en los peores minutos de la medianoche me daba por pensar menos en mí mismo y más en Kathy; la veía sufriendo horrores y de un modo mucho más espantoso de lo que yo podría haber sufrido jamás, y me venía a la cabeza —aunque aquel pensamiento duraba lo que el efecto de una aspirina que uno se tomase para combatir una jaqueca incurable— que el objetivo que me había mantenido vivo todos aquellos años era, en cierta medida, el haber ayudado a Kathy.

Yo nací muerto, me repito sin parar. Todo el mundo está muerto, me respondo. Lo están todos, sostengo, pero algunos de ellos nunca llegan a saberlo como yo, y es una vergüenza que no haya llegado a saberlo hasta el final, cuando menos puedo hacer al respecto, y cuando es terriblemente tarde para sacar de ello nada salvo males.

Entonces, de las tinieblas surge trotando un optimismo imparable, como un caballero en su reluciente armadura. Si la querías... (pues claro que sí)... entonces ambos hicisteis lo único posible para poder recordar aquello que os unió, ¿o acaso no fue así? El caballero en su armadura vuelve a sumergirse entonces en la oscuridad. Sí, digo entre sollozos, pero ninguno de los dos *hizo nada para remediarlo*, y ese es justamente el problema.

El Arca de Noé

Mientras el maestro Jones desenmarañaba las divagaciones finales del *Masterman Ready*,^[6] Colin, desde clase, volvió a escuchar el rumor de una nueva ristra de carretas y caravanas rodando lentamente hacia los espacios abiertos del bosque. Su mente era como el cuello de una botella, igual que el amplio bulevar a lo largo del cual discurrían los vehículos, de modo que pudo volver a vislumbrar, echando la vista al año anterior, filas de coloridos coches de choque, motores de tracción y zoos ambulantes, trenes fantasmas y figuras del Arca de Noé embaladas firmemente en innumerables carros y camionetas.

Así es que el *Masterman Ready*, en su caso, había sido superado por la perspectiva de una distracción más tangible, aunque era raro que un libro de aventuras imaginarias fuese desterrado de forma tan fácil de la mente de Colin. El resultado de tanta libre divagación le condujo a días de escasez; su imaginación se volvió mecánicamente una especie de flautista de Hamelín vestido de oropeles, siempre a la cabeza de sus divagaciones, un señuelo al que Colin seguía sin pensárselo y al que un día retorció el pescuezo para saber qué era lo que lo impulsaba. No tenía idea de cómo ocurría aquello, ni siquiera intentaba adivinarlo, mientras el profesor seguía explicando monótonamente las últimas páginas de la historia.

A pesar de que su primo Bert tenía once años —uno más que él—, Colin ya iba un curso por delante de él en el colegio, y sentía que, después de todo, esto debía de contar para algo, aunque hubiese llegado ahí sin el menor esfuerzo. Con la imaginación alimentada por los libros que había leído hasta hacerla casi estallar, apenas le solía dar importancia a la ropa que llevaba puesta (salvo cuando hacía frío), y su cara era paradójicamente rechoncha a pesar de sus carencias alimenticias. Tenía el pelo demasiado corto, incluso como para un rapado de tres peniques en el barbero; esto era lo único que le

molestaba en el colegio, donde se referían a él jocosamente como «el vejete calvo».

Cuando llegó la Feria del Ganso, solo unos cuantos peniques habían sobrevivido a su dispendio semanal en cómics, pero Bert siempre encontraba la manera de sacarle un buen partido a su escaso valor.

—Conseguiremos dinero suficiente para subirnos en un montón de atracciones —dijo al encontrarse con Colin en la esquina de la calle el último sábado—, ya lo verás —le aseguró, rodeándolo con su brazo mientras subían la calle.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —quiso saber Colin, protestando—: No pienso robar en ninguna tienda. Eso ya te lo aviso.

Bert, que sí había cometido alguna que otra tropelía en su vida, detectó cierta desaprobación acerca de su pasado, aunque al mismo tiempo notó con cierto orgullo que Colin nunca habría tenido las agallas para forzar la cerradura de una tienda a media noche e introducir sus manos negras en enormes tarros de golosinas vírgenes.

—Esa no es la única manera de conseguir dinero, estúpido —se burló Bert. —Solamente lo haces cuando lo que buscas es una buena pasta. Te voy a enseñar lo que vamos a hacer cuando lleguemos a la Feria.

Recorrieron las calles neblinosas, percibiendo en cada esquina el ruido apagado y excitante procedente del firmamento norteño. Las panzas de las nubes se tornaban anaranjadas por el reflejo de las luces de la feria, visibles por todos, como un bravucón intimidante capaz de debilitar la voluntad de cualquiera y arrastrarlo a sus dominios.

—Si cada viaje solo vale un penique, entonces podremos montar dos veces cada uno —calculó Colin con la cabeza inclinada, reflexionando mientras avanzaba por los espacios entre las baldosas de la acera, con las manos en los bolsillos, apretando bien su fortuna obtenida con no pocas privaciones. Estaba contento por el poder que aquel dinero le otorgaba de cara a las atracciones, pero solo pensar lo que podrían dar de sí cuatro peniques en la mesa de su familia le llenó —cuando ninguno de los dos hablaba— de espasmos de honda tristeza. Con cuatro peniques se podía comprar una hogaza de pan o una botella de leche, o algo de carne para un estofado, o un tarro de confitura o medio kilo de azúcar. Quizá serviría para poner fin a los pesares que vivía su madre al ver a su padre con el alma negra y melancólica si él, Colin, hubiera entregado los cuatro peniques a cambio de diez

cigarrillos Woodbines en la tienda de la esquina. Su padre los habría cogido con una sonrisa, se habría levantado y habría besado a su madre de ese modo suyo tan particular y se habría puesto a preparar el té, sintiéndose de nuevo un hombre feliz cuyo recuperado atractivo volvería a derramar pronto entre todos los habitantes de la casa.

Era maravilloso lo que se podía conseguir con cuatro peniques, si eras lo suficientemente bueno como para colocarlos en el sitio adecuado, cosa que a mí no me pasa, pensó él, porque con cuatro peniques también se puede comprar un par de cómics, o dos tabletas de chocolate, o ir dos veces a ver una película al viejo cine de barrio, o montarte cuatro veces en alguna atracción de la Feria del Ganso, pero la frontera, la amplia y oscura zanja con olor a tierra mojada que separaba el bien del mal estaba surcada de heridas de infelicidad. Y tal infelicidad era sospechosa, porque Colin sabía que ese Bert, que iba tan ufano junto a él, silbando y tirando piedras a su lado, no la soportaría solamente por cuatro peniques; no, se los gastaría y los disfrutaría, cosa que iba a hacer ahora con la mitad de los que tenía Colin. Si Bert robaba de una tienda o de algún carro que hubiera aparcado, se llevaría la comida directamente a casa —eso sí lo tenía claro Colin—, y si por fortuna podía lograr ponerle la mano encima a cinco chelines o incluso a una libra, le daría a su madre un chelín con seis peniques y le diría que eso era todo lo que había podido conseguir haciendo no sé qué trabajo. Pero por cuatro peniques ni se preocuparía. Los disfrutaría. Y eso haría Colin, salvo en los ratos de descanso entre una y otra atracción.

Estaban cerca de la feria, bajando la cuesta de Bentinck Road, capaces ya de distinguir el aroma a *fish and chips*, mejillones y barquillos dulces.

—Mira al suelo —gritó Bert, siempre vivo y con los pómulos hundidos debido al fuego de velar por su propia supervivencia, iluminado por el instinto de no morir de hambre pero siempre con aspecto de estar medio muerto. Matas de pelo demasiado largo acolchaban su nuca y su coronilla; iba de aquí para allá con las zapatillas rotas, las manos en los bolsillos, silbando y diciendo barbaridades porque una marea de chicos y chicas le habían arrastrado fuera de la acera.

A Colin no le hacían falta muchas instrucciones: se agachó rápido hacia la alcantarilla, caminó unos cien metros encorvado como un reumático prematuro, y reapareció todo tieso, con un paquete de cigarrillos del que sobresalían dos. «¡Nada de caladitas!», exclamó, queriendo decir: no

comparto.

—Venga —dijo Bert, tratando de convencerle y al mismo tiempo amenazador—: no seas rata, Colin. Dame uno.

Colin se mantuvo firme. Quien ve algo primero, se lo queda.

—Estoy guardándolos para mi padre. No creo que tenga ni un mísero cigarrillo que llevarse a la boca.

—Bueno, mi viejo tampoco tiene nunca tabaco, pero yo no me molestaría en guardárselo si lo encontrase por ahí. Lo digo en serio.

—Igual después damos una calada —concedió Colin, metiéndoselos en el bolsillo. Iban por el camino asfaltado del bosque, subiendo una cuesta empinada. Cada vez que se encontraba un paquete tirado, Bert lo rasgaba con avidez para abrirlo, arrojando el papel de aluminio al viento y metiéndose los cromos que encontraba en el bolsillo para dárselos a sus hermanos pequeños, o formando una bola con lo que quedaba y arrojándola en la oscuridad, donde las parejas tumbadas se abrazaban con una pasión que ninguno de los dos chicos podía comprender, o siquiera verle el menor sentido.

Desde el monumento a las víctimas de la guerra podían ver la feria al completo, un mar de luces y carpas flaqueados a ambos lados por casas de formas suaves cuyos habitantes estarían felicísimos cuando llegara la semana siguiente y el vasto campamento se dispersara por otras ciudades. Un gemidito leve de placer brotaba de la tierra, y un crescendo ocasional de chillidos procedente de las barcas balancín y de la gran noria les alcanzaba como si allí abajo hubiera un ejército que ofreciese sacrificios humanos antes de emprender su desfile.

—Bajemos —dijo Colin, haciendo girar sus peniques con impaciencia en el bolsillo—. Quiero ver cosas. Quiero subir en el Arca de Noé.

Chupando un par de barquillos dulces que valían un penique se dirigieron al Tren Fantasma. Se oía gritar a las chicas desde el interior del túnel plagado de esqueletos.

—Podemos poner peniques en algún número y ganar algo —dijo Bert—. Es fácil, ya lo verás. Todo lo que tienes que hacer es colocarlos sobre un número cuando la mujer no esté mirando.

Hablaba ansiosamente, tratando de conseguir el apoyo de Colin en un proyecto que solo podría pasar por aventura si lo realizaban juntos. No es que

Bert temiese hacer trampas en solitario, pero las sospechas no solían recaer tan rápidamente sobre una pareja como sobre un chico solo, que estaría claramente dispuesto a agarrar lo que estuviese al alcance de sus manos.

—Es peligroso —replicó Colin, lejos de estar convencido, abriéndose paso a codazos—. Te pillarán.

Una mujer alta con pinta agitanada, de pelo negro recogido en una cola de caballo estaba de pie en el puesto de la ruleta a penique por vuelta, como si fuese la reina de ese territorio mágico. La mujer miraba distraída al vacío, aunque Colin, acercándose al borde, se dio cuenta de que no se le escapaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Puñados de calderilla pasaban de unas manos a otras, generando un ruido que atraía la atención hacia el puesto. La mujer rompía su ritmo de vez en cuando para darle, con una expresión de absoluta imparcialidad, unas cuantas monedas a un hombre con un gorro que, al controlar dos de las ranuras de madera, conseguía hacer rodar cuatro peniques al mismo tiempo.

—Pero no está ganando —susurró Bert al oído de Colin, el cual vio rápidamente lo que pasaba: que hacía rodar más peniques de los que recogía.

Su comentario pareció despertar al cerebro del jugador.

—¿Quién es el que no está ganando? —preguntó, dejando marchar otra media docena de peniques antes de volverse hacia el muchacho.

—Usted —incredó Bert.

—¿Qué yo no estoy ganando? —dijo. Su gabardina abierta, mostraba manchas de huevo y cerveza alrededor de los botones.

Bert se mantuvo firme, mirándolo fijamente con sus ojos azules.

—Pues no.

—Eso es lo que tú te crees —replicó el hombre, a pesar de todo. Entre tanto la mujer se llevó unos cuantos peniques suyos más.

Bert apuntó agresivo:

—¿A eso lo llama ganar? Pues yo no.

Todos los ojos confluyeron en las tres tristes monedas situadas entre los recuadros, y Bert deslizó su mano hacia el mostrador donde el hombre había dejado algo de dinero de repuesto. Colin le miró sin atinar a respirar, por el miedo y también por la sorpresa, por más que desde hacía mucho tiempo había aprendido a que nada de lo que hacía Bert le extrañase. Un chelín y seis peniques parecieron correr hasta la palma de la mano de Bert y enseguida unos dedos negros se aferraron sobre ellos escondiéndolos. Alcanzó un par de

peniques con la otra mano, pero su muñeca se quedó firmemente atrapada contra el tablero. Bert exclamó:

—Ay, tipejo asqueroso. Me estás haciendo daño.

Los ojos del hombre, al principio nebulosos por la cerveza, se volvieron profundos y egocéntricos con rabia justificada.

—Harías bien en guardarte tus dedos de mangante. Venga, mamón, saca esos peniques.

Colin, avergonzado, confió en que lo hiciera porque quería terminar con eso y perderse entre las atracciones. La rosa negra de la mano de Bert se abrió por la presión, pétalo a pétalo, hasta que las monedas se deslizaron fuera de ella.

—Esos peniques son míos —se quejó Bert—. Tú eres el ladrón, no yo. Además, eres un camorrista. Los tenías aquí listos para hacerlos rodar cuando encontrases una de esas ranuras para las monedas.

—Yo estaba mirando hacia otro lado —dijo la mujer para evitar conflictos. Eso indignó al hombre, que no consiguió ayuda—. ¿Es que te crees que soy tonto? ¿O que soy ciego también? —exclamó.

—Pues debes de serlo —dijo tranquilamente Bert—, si tratas de decirme que te he birlado el dinero.

Colin se sintió obligado a apoyarle:

—Él no ha robado nada, señor —dijo con seriedad, sacándole partido a una expresión de honradez que sabía poner a voluntad en su rostro—. No soy su colega, amigo mío, pero le diré la verdad: yo solo pasaba por aquí y me paré a mirar, y él puso dos peniques, los sacó de su bolsillo.

—Menuda panda de ladrones. Seguro que sois de Radford —respondió con ira el hombre, aunque liberado del yugo de perder constantemente—. Salid pitando de aquí o llamo a los guardias.

Bert no se movió.

—No me voy de aquí hasta que me haya devuelto mis dos peniques. Trabajé duro para conseguirlos, en el jardín de mi padre, desenterrando patatas y quitando malas hierbas.

La mujer seguía con su expresión ausente, pasándose un cartucho de peniques de una palma a la otra, mirando más allá de ellos hacia las multitudes que se arremolinaban y se empujaban alrededor de su escuálida isla. Con el rostro petrificado en algún horrendo propósito, el sombrero inclinado hacia delante y los brazos rodeando todo su dinero, el hombre

sucumbió a su destino de perdedor y se llevó todas sus monedas, aunque le remordió lo suficiente la conciencia como para dejarle a Bert dos de los peniques que sobrevivieron, antes de marcharse a probar fortuna en otro puesto.

—Se lo tiene bien merecido —dijo Bert. Y su guiño hacia Colin significaba que contaban con un chelín y ocho peniques de ventaja.

La fortuna les duró una hora, y Colin, que no recordaba haber sido propietario de tamaño capital en su vida, quería preservar una parte de los ávidos tentáculos de la feria de las mil luces. Pero el dinero huía de sus dedos inquietos —rendido o capturado, era difícil precisarlo—, en camarones y algodón dulce, en el Cake Walk y la Torre del Tobogán. Ahora se abrían paso por delante de los teatrillos de variedades.

—Tendrías que haber ahorrado algo de esta pasta —dijo Colin, incapaz de acostumbrarse a ser pobre de nuevo.

—Ahorrar no sirve de nada —dijo Bert—. Si te lo gastas, siempre puedes obtener más. —Y se quedó paralizado ante la visión de una mujer semidesnuda ataviada con un traje africano que había de pie junto a una taquilla con una pitón enroscada alrededor de su generosa pechera.

—Si ahorras consigues dinero y te puedes marchar a Australia o a China —replicó Colin—. Yo quiero irme al extranjero. Eh —dijo dándole un codazo—, es increíble que esa serpiente no la muerda, ¿verdad?

Bert se rio.

—Es de las que te aprieta hasta matarte, pero les dan pastillas para que se amodorren. Yo también quiero conocer otros países, pero para eso me alistaré en el ejército en cuanto tenga edad.

—Eso no es buen plan —dijo Colin, liderando el recorrido hacia otras atracciones—. Pronto habrá una guerra y te podrían matar.

Cerca de la base del Arca de Noé, Bert descubrió una puertecita que les conducía a un espacio situado por debajo. Colin miró dentro; a la vez escuchó un ruido estremecedor de maquinaria chirriante.

—¿Dónde vas?

Pero Bert ya había llegado al centro, encorvado para esquivar el mundo volador y circular que subía, bajaba y daba vueltas a toda velocidad por encima. A Colin le pareció el peor de los peligros: si te dabas un golpe o te erguías sin darte cuenta, estabas muerto, con los sesos hechos papilla sobre la arena gris, lo que acabaría con todas las ideas que tenía de ir a Australia. Bert,

en cambio, poseía un sentido de la proporción preciso y bien calculado, lo cual atrajo a su amigo a pesar de su miedo. Colin gateó sobre manos y rodillas hasta que llegó al nivel de Bert y le rugió al oído:

—¿Qué es lo que estás buscando?

—¡Peniques...! —le gritó Bert, sobreponiéndose al estruendo.

No encontraron nada; se retiraron a una vida más sencilla entre la multitud. Los dos tenían hambre, y Colin calculó que hacía ya cinco horas desde que tomó su té de las cuatro.

—Me zamparía hasta un caballo embutido entre dos colchones.

—Yo también —dijo Bert—. Pero ya verás lo que voy a hacer ahora.

Un joven con bufanda blanca y gorra, abrazado a una chica que trataba de dominar un gigantesco ovillo de algodón dulce, surgió de un hueco entre la multitud. Colin vio cómo Bert se dirigía a ellos y cruzaba algunas palabras con el joven, que se llevó la mano al bolsillo, hizo un chiste que le arrancó una carcajada a la chica y le dio algo a Bert.

—¿Qué te han dado? —inquirió Colin cuando volvió su amigo.

El ingenioso Bert se lo enseñó.

—Un penique. Simplemente me acerqué, dije que estaba hambriento y le pedí que me diese algo.

—Voy a probar yo —dijo Colin, tratando de hacer su aportación. Bert tiró de él hacia sí, porque las únicas personas accesibles eran un hombre de mediana edad y su mujer, bien vestidos y casados—. Esos no te van a dar nada. Tienes que pedirselo a parejas de novios, o a gente que vaya sola.

Pero el hombre que iba solo y al que Colin le preguntó tenía ganas de discutir. Un penique era un penique. Dos cigarrillos y medio.

—¿Para qué lo quieres?

—Tengo hambre —fue todo lo que dijo Colin.

Hubo una risa áspera.

—Yo también.

—Pero yo más. No he comido nada desde esta mañana, de veras. El hombre titubeó, pero sacó un puñado de monedas del bolsillo.

—Mejor que no te vea ningún poli mendigando o te mandarán al reformatorio.

Algo más tarde contaron su botín: doce peniques.

—Como dice siempre mi madre, quien no llora no mama —sonrió Bert.

Se plantaron ante un puesto de té con tazas llenas y un plato de bollos y se

pusieron morados. La gran noria cercana lanzó a sus pasajeros hacia las nubes, para hacerlos descender de nuevo tras un tentador vistazo del recinto ferial al completo; las chicas que descendían cortaban el aire con sus gritos animales que hacían estremecerse a Colin, hasta que se daba cuenta de que no les pasaba nada malo, sino que, en realidad, probablemente se lo estuviesen pasando en grande.

—Ahora me siento mejor —dijo Colin dejando su taza de nuevo en el mostrador.

Caminaron por los alrededores de las caravanas amarradas en las verjas de los confines del bosque, miraron escaleras arriba hacia los umbrales de las puertas, y vieron literas, estufas y preciosas puertas cerradas pintadas de muchos colores, con extrañas tallas que dejaron perplejo a Colin, y le trajeron a la mente la visita que hizo una vez al teatro Empire. Los gitanos, la Feria del Ganso, el teatro: todo era lo mismo para él, un paraíso terrenal, porque juntos constituían el único y estrecho puente al otro mundo que abría una brecha en la alta espesura que limitaba el suyo propio. El vínculo de conexión entre ambos se hallaba en aquellos críos de ojos salvajes que veía por todas partes sentados sobre los peldaños de madera; pero cuando Colin se aproximó demasiado para mirarlos bien, uno de los niños gritó alarmado, y un adulto fornido salió abruptamente de la caravana e hizo que tuvieran que huir.

Colin se agarró del brazo de Bert a medida que se iban metiendo entre la sólida masa de gente que deambulaba bajo el humo de los puestos de comida y de los motores de tracción, entre las sombrillas iluminadas y las luces de los postes.

—Nos hemos gastado toda la pasta ya —dijo Colin—, así que no nos queda nada con lo que montarnos en el tiovivo del Arca de Noé.

—No te preocupes por eso. Lo único que tienes que hacer es subirte e ir cambiando de un animal a otro, siguiendo al hombre que recauda el dinero, de modo que no pueda verte ni alcanzarte. ¿Lo pillas?

A Colin no le gustaba cómo sonaba la cosa, pero subió los escalones del Arca de Noé, abriéndose camino entre filas de curiosos.

—Yo lo haré primero —dijo Bert—. Así que mírame y verás cómo se hace. Luego puedes seguir tú.

Lo primero que hizo fue montarse a horcajadas en un león. Colin se quedó junto a la barandilla mirando atentamente. Cuando el Arca empezó a girar, Bert se movió discretamente hacia un gallo situado justo detrás del

encargado, que salió de una estructura central parecida a una cabaña. El tiovivo alcanzó enseguida su máxima velocidad, hasta que Colin apenas fue capaz de distinguir un animal de otro. A menudo perdía de vista a Bert en medio de aquel estruendoso y veloz girar.

Entonces el mundo dejó de dar vueltas y le llegó su turno:

—¿Te vas a quedar una vuelta más?

Bert dijo que no, que no era prudente hacerlo dos veces seguidas. Colin sabía que estaba mal y, sobre todo, que era peligroso, pero cuando un Arca de Noé te salía al paso girando con los honores de combate de su potencia sobrehumana, escrita sobre el rostro maderoso de cada animal rápidamente divisado, tenías que subirte a esa plataforma costase lo que costase, en dinero o en lo que fuese, sin importar el miedo, y permanecer allí aguantando sus violentos acelerones hasta que toda aquella maquinaria se detuviese. Visto desde fuera parecía que una vuelta en la gloriosa Arca de Noé le llenaría de inagotables energías durante un año por lo menos, y que al final de la vuelta no querría bajar, que necesitaría seguir allí subido para siempre hasta enfermar o morir de hambre.

Colin se había montado solo: había trepado a un tigre del anillo exterior de los vehículos, ligeramente mareado por la aprensión y por el repentino sube y baja del comienzo. Saludó con la mano a Bert en la primera vuelta lenta. Entonces la velocidad del tiovivo aumentó y fue necesario dejar de abrazar al tigre y seguir al guarda que acababa de aparecer para comenzar a recopilar billetes. Pero él tenía miedo, pues le parecía que, con que uno de sus dedos se soltase un poco, saldría disparado de la que se consideraba una estupenda atracción, y se haría papilla al golpearse contra la barandilla exterior, o bien aplastaría a quien por casualidad estuviera allí apoyado.

Sin embargo, con gran esfuerzo y un espíritu que iba naufragando poco a poco, logró trepar. El pánico solamente le abandonó cuando tuvo que salvar el espacio entre dos animales. En este estado, casi echa fuera a una pareja vecina, y cuando la mano del hombre salió disparada en señal de escarmiento, Colin sintió junto a su cara el viento de un golpe cercano. El puño vengativo siguió acechando aun cuando Colin estaba a salvo sentado sobre una cebra, así que, ante aquel peligro más sólido que el espacio vacío confrontado más con ese sólido peligro que con el espacio vacío, le sacó la lengua al hombre y se soltó de nuevo.

Se desplazó hacia delante, todavía a la vista de la espalda inquisitiva y

encorvada del guarda. En su confuso avance en zigzag —pues ya quedaban pocos animales vacantes— se dirigió hacia el centro, donde estaba más protegido, bajo un techo de estrepitosos tambores y platillos; tenía la idea de saludar victorioso a Bert cuando llegase a un punto determinado, pero el plan se precipitó mientras avanzaba y se agarraba a la cola de un caballo.

A juzgar por los gritos y chillidos de las chicas, el tiovivo aumentaba gradualmente su velocidad. Los movimientos de Colin eran torpes; envidiaba la destreza que demostraba el guarda unos metros por delante de él, y admiraba a Bert, que había recorrido esa misma Odisea circular con mucho más aplomo que él. Cada vez más consciente del peligro, ahora temía sobre todo ser disparado como una bola de cañón contra madera y metal que ser pescado por el cobrador.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Esto no me gusta un pelo —dijo riendo tétricamente. Y echándose hacia delante, agachado todavía, fue a clavarse más rápido aún en un dragón de dos plazas.

Un cocodrilo vacante le proporcionó unos segundos de disfrute antes de tener que saltar a un oso hormiguero cercano. Lo único que importaba era mantenerse siempre a la misma distancia del guarda. Pensó que ya tendría que haber acabado su ronda, pero de repente el hombre dio media vuelta para retroceder, mirando a todos los viajeros para asegurarse de que habían pagado. Esto no había pasado antes. No es que fueran poco estrictos, pero —así se lo había asegurado Bert—, aquellos tipos se limitaban a hacer su ronda en un sentido, y ahora este astuto bastardo repugnante tenía la caradura de dar otra vuelta en sentido contrario. Aquello era totalmente injusto.

Las soporíferas y agradables tardes veraniegas del *Masterman Ready* le atraparon por un momento en la trampa que le habían tendido al fondo de su mente, pero pronto huyeron, ilusorias ante esta selva real en la que parecía haberse adentrado. Ahora tenía que retroceder, bien a la vista del guarda, para enfrentarse al nuevo aprendizaje de girar en el mismo sentido que el tiovivo. Parecía imposible, y en un arrebató llegó a considerar salir volando de un brinco hacia la sólida pasarela inmóvil para marcharse a toda pastilla de allí, pues estaba seguro de que el hombre había reparado ya en él y estaba decidido a retorcerle el pescuezo como a un pollo y lanzar sus restos a la multitud. Colin le tenía bien calado: era un guarro hijo de puta. Llevaba un mono de trabajo y una colilla pegada a los labios, y una bolsa bien cargada de dinero, pero lo que le daba ventaja era que tenía los pies bien anclados sobre

la tierra.

¿Cuánto tiempo va a durar este viaje infernal?, se preguntó. Llevaban ya una hora por lo menos dando vueltas, cuando Bert le había jurado y perjurado que únicamente duraría tres minutos. Lo mismo creía él, pero supuso que la estaban alargando solo porque ese sujeto le perseguía por haber gorroneado un viaje gratis. Esta selva no era muy distinta a su casa ni a la vida callejera, aunque era más alarmante y aterradora, debido a su exagerada velocidad. Su único pensamiento era abandonar aquella selva, arrojarse en brazos de aquella otra, más lenta, con la que estaba familiarizado, aunque en esa también se sentía embargado por un dolor pesado que en algún momento, estaba seguro, le arrojaría fuera de allí.

Volvió por donde había venido, sintiendo ahora casi una especie de afecto al rozar un hocico, aunque bien podía ser una oreja o una cola, que en su momento agarró para pasar del santuario del oso hormiguero al del dragón, y de ahí al cocodrilo, para después juntar velocidad y confianza y así lograr saltar del caballo a la cebra y al tigre, y volver al león y al gallo. El diablo no descansa, su madre tenía razón. Pero yo no soy un diablo, pensó. De todos modos, seguiré sin descansar. No quiero descansar. No quiero mucho descanso. Con la mente más despejada, casi corría ya al ritmo del tiovivo, mirando hacia atrás cuando podía, para ver cómo el guarda le iba ganando terreno, esquivando los puños airados que arremetían contra él cuando perdía la sujeción y sonriendo a los rostros iracundos y sorprendidos como si no pasase nada, asiéndose a faldones de abrigos y animales a los que no le correspondía agarrarse.

Las cosas nunca salen bien, maldijo, nunca, nunca. Ranca-tanca-tanca-tan, siguió la música. Clas-clas-clas-clas, volaban los platillos por encima y por debajo de los gritos y alaridos, y bom-bom-bom-bompiti-bom, latía su corazón, audible todavía, adueñándose de todo lo demás, arremetiendo contra el interior de sus oídos con enormes guantes de boxeo, bloqueando su tráquea con una pezuña hendida, estampándose en su estómago como si su cuerpo fuese una tienda de campaña desde donde diez peones corpulentos trataran de escapar y como si necesitase una pinta tras una semana atormentado por la sed.

Una mano se posó sobre su hombro, pero con un giro violento logró zafarse y continuar su loca carrera alrededor del Arca, que giraba como un torbellino.

—Me va a atrapar, me va a atrapar. Es un hombre y corre más rápido que yo. Y tiene más práctica.

Aunque se tambaleó, pronto se volvió a enderezar, acelerando como en una competición, haciendo tales progresos que vio la espalda del hombre ante él en lugar de huir de la mano que le alcanzaba por detrás. Aminoró la velocidad demasiado tarde porque el hombre, evidentemente controlado por una repentina intuición, volvió a la carga. Colin dio media vuelta también, una vez más a la carrera.

Comparada con la velocidad de antes, ahora parecían ir a paso de caracol. El viaje de tres minutos estaba a punto de acabar, pero Colin, pensando que escaparía finalmente, fue atrapado, esta vez con más firmeza, por el pescuezo y la cintura. Se revolvió cuanto pudo, tratando de soltarse entre aquel tufo a grasa, sudor y tabaco; al principio empujando al guarda y, en un impulso fruto de la inspiración, propinándole una furiosa patada en el tobillo, ajeno al dolor que estaba causando, pues a la vez un punzante dolor se extendía por sus propios dedos de los pies magullados. El tipo blasfemó tan eficazmente como aquel día en que el padre de Colin se golpeó el pulgar al colocar unas baldas en la cocina. Pero Colin ya se había zafado, y consideró que el sube y baja del ti vivo era lo suficientemente lento como para poder emprender la huida.

—No hace falta esperar hasta que se detenga del todo —fue lo último que pensó.

Fue como cuando Buck Rogers aterrizaba desde una nave espacial sin el debido cuidado, aunque pasaron unos minutos antes de que fuese capaz de pensar algo así. Al dejar la plataforma que aún seguía girando, su cuerpo hecho un ovillo cayó y salió despedido con bastante fuerza, pasando entre una pareja de novios como una bola de cañón de carne y hueso dotada de sensibilidad hasta estrellarse contra la valla de madera. La bola que había formado su cuerpo sin que él se percatara de ello fue volteada al golpear los postes, y sus brazos y piernas salieron volando desmadejados contra la madera tallada y pintada de la barandilla. Plunc-plunc —en rápida sucesión—, aunque Colin no era consciente de que nada se hubiese detenido, ni delante ni detrás de él. Abrió los ojos. El ranca-tanca-tanca-tan le había dejado exhausto; solo notaba un confuso borrón de luces rojas, blancas y azules, y de animales de colores, y una sensación de alivio una vez que estaba lejos de su perseguidor. Por un momento supo que no le importaban los

peligros que le pudiese traer poner los pies en tierra.

Bert, que había estado observando los tres minutos de espectáculo al completo, intentó abrirse paso entre la multitud para agarrar a Colin mientras salía despedido. Pero no era más que una pequeña figura andrajosa que propinaba codazos para abrirse paso entre todas aquellas piernas ociosas y casi en reposo que, sin embargo, no siempre eran fáciles de apartar, de ahí que lo alcanzase demasiado tarde.

—Vamos —dijo con voz preocupada—. Levántate. Yo te daré la mano. ¿Te lo has pasado bien? —se interesó, tratando de ponerle en pie. Se volvió hacia alguien que le hacía preguntas—: No, es mi primo, y se encuentra perfectamente. Yo me haré cargo de él. —Y luego se dirigió a Colin de nuevo—: Vamos. El tipo sigue detrás de ti. Tenemos que darnos el piro.

Las piernas de Colin se habían vuelto como de goma mientras intentaban apoyarse contra la dureza amable de la madera.

—Me tiró fuera después de aumentar velocidad, el muy cabrón. Fue una jugada sucia.

—Vamos —apremió Bert—. Pirémonos ya hacia el centro.

—Déjame. Iré a gatas. Le mataré si se me acerca. —Ya nada daba vueltas: tocó los listones del suelo, vio piernas y el destello ocasional de un animal de madera que pasaba. El tiovivo volvía a estar en marcha—. Ahora te toca a ti, ¿no es así? —le dijo a Bert con un atisbo de enfado.

Bert no perdió tiempo: se agachó y se elevó con su amigo sobre los hombros, como un gimnasta experto, aunque palideciendo y tambaleándose mientras bajaban los escalones de madera en dirección al terreno cálido y polvoriento de la feria. En el último escalón le abandonaron las fuerzas, viró hacia la derecha sin poder evitarlo y ambos, burro y carga, desaparecieron de la vista al estrellarse contra los tablones del fondo del tiovivo.

Permanecieron tumbados un rato donde habían caído.

—Lo siento —dijo Bert—. No sabía que nos estaba buscando. Y encima te va a caer una buena. Un completo hijo de puta. Tenía la mano bajo la axila de Colin para evitar que se cayera de costado—. Pero te encuentras bien, ¿no es así? No me importaría que me hubiese pasado a mí, camarada, lo digo en serio. ¿Estás mareado? ¿Vas a vomitar? —le preguntó con la mano sobre la boca de Colin, que estaba bien cerrada en cualquier caso—. Había que verle, al muy hijo de puta, persiguiéndote de esa manera. Lo tendrían que denunciar: él es el que ha tenido la culpa de todo.

Colin se puso de pie repentinamente, se apoyó en los tablones y, con algo más de seguridad en las piernas, se adentró tambaleándose entre la multitud, seguido de Bert. Y así, abatidos y en estado lamentable, anduvieron por ahí hasta medianoche cuando, agotados, pensaron que era el momento irse a casa.

—Me va a caer una buena —dijo Colin—. Se supone que debía llegar a las diez —pero Bert se quejó porque estaba reventado y replicó que quería marcharse en cualquier caso.

Las calles que rodeaban la feria iban marchitándose poco a poco en la oscuridad, adquiriendo el tono de la ceniza húmeda y fría. Los dos caminaron del brazo, lo suficientemente inspirados por aquel espacio despejado como para ir cantando a todo volumen una canción que el padre de Bert le había enseñado a su hijo:

¡No quiero cargar con la infantería
ni andar aspirando gas mostaza!
¡No quiero luchar por una mentira:
lo que yo quiero es quedarme en casa,
lo que yo quiero es quedarme en casa,
lo que yo quiero es quedarme en casa!

Las palabras vibraban altas y claras en sus dos ásperas voces; los dos amigos chancleteaban calzados con sandalias, las bocas muy abiertas y los brazos del uno rodeando los hombros del otro, doblando esquinas y sorteando callejuelas, cantando a pleno pulmón al pasar junto al cine moribundo y al húmedo cementerio:

No quiero luchar en una guerra *tory*
ni, como tantos murieron, morir
cubierto de sangre, debajo del lodo:
casi que prefiero ir a mi trabajo.

Saltaban de un verso al otro; las palabras, que repetían como loros, no eran tan importantes como las vaharadas de aliento humeante que empañaban el aire frío ante sus caras, asustando a los gatos y haciendo dar un rodeo a los merodeadores nocturnos. De tanto en tanto, escuchaban cómo la gente, desde las chirriantes ventanas de sus propios dormitorios, les gritaba con enfado que se callasen y les dejasen dormir. Cuando se acercaba un coche se paraban

en medio de una calle ancha, quietos como piedras para poner a prueba sus nervios, obligándolo a parar, y luego salían escopetados si la cosa era un éxito, para evitar la ira del conductor. Entonces llegaban a la siguiente esquina y volvían a enlazar los brazos, balanceándose al ritmo de la melodía de *Dios salve al rey*:

¡Dios salve el penique
y la barba del rey!
¡Que él nunca se afeite
y por siempre, siempre
dos medios chelines
valgan un chelín!

Cada nota ondeaba en el aire y moría al doblar la siguiente esquina; al menos así habría sonado si alguien hubiese estado escuchándoles. Pero para Colin, el ruido en sí mismo permanecía alrededor de sus cabezas y de sus rostros, triturando y alejando la visión y el sonido de la selva del Arca de Noé en la que se había montado sin pagar un mísero penique, y de la que, justamente por esa razón, había sido expulsado.

Una tarde de sábado

Una vez vi cómo un tipo intentaba matarse. Jamás olvidaré ese día porque estaba sentado en casa un sábado por la tarde, alicaído y harto de todo porque toda mi familia al completo se había ido al cine, todos menos yo que, a saber por qué, me había quedado fuera del plan. Claro que yo no sabía entonces que enseguida vería algo que en mi vida podría ver en una película: un tipo de carne y hueso ahorcándose. Por aquel entonces yo era solo un crío, así es que os podéis imaginar lo mucho que disfruté con la experiencia.

Nunca he conocido una familia que se ponga tan tristonca como la nuestra cuando se sienten hartos de algo. Mi viejo era capaz de andar con la cara larga y odiando a todo el mundo solo porque se había quedado sin pitillos o porque tenía que usar sacarina para endulzar su té, o incluso por nada en especial, así que he llegado a levantarme e irme de casa por si se levantaba de su silla junto a la chimenea y venía a por mí. Mi viejo se pasa el día allí sentado, casi encima del fuego, con sus manazas grasientas de comida abiertas ante él y con las palmas encaradas, con sus gruesos hombros encorvados hacia delante y sus ojos de color castaño oscuro mirando fijamente la lumbre. De vez en cuando y, sin razón aparente, suelta una palabrota, la peor que se te pueda pasar por la cabeza, y cuando empieza con eso sabes que es el momento de irse pitando. Y si mamá está en casa, la cosa se pone peor que nunca, porque ella le dice toda seca:

—¿A qué demonios viene esa cara de vinagre? —como si fuese por algo que ella hubiera hecho, y antes de que sepas lo que está ocurriendo, él ya ha volcado una mesa entera llena de cacharros y mamá se ha pirado de casa llorando. Papá vuelve a encorvarse entonces junto al fuego y sigue maldiciendo. Y todo por un maldito paquete de tabaco.

Un día llegó casi al límite de su mal humor, tanto que pensé que se había

vuelto tarumba, pero era la suya una locura silenciosa, hasta que una mosca se posó a unos metros de él. Entonces extendió la mano rápidamente, la cazó de un zarpazo y la arrojó aplastada al fuego crepitante. Tras hacerlo se animó un poco y pudimos preparar el té.

En fin, de ahí vienen los enfados que tenemos los demás. Es lógico que los tengamos con un padre que hace cosas así, ¿o no? En mi familia siempre estamos todos con caras de pocos amigos. Eso pasa en algunas familias y en otras no. La nuestra es claramente de las que eso pasa, y así es la cosa; así que cuando estamos hartos, lo estamos de verdad. Nadie sabe por qué nos ponemos tan mustios o por qué eso nos hace tener esta pinta cuando ocurre. Hay gente que está harta y no se le nota para nada: parecen contentos, parece que se estén divirtiendo incluso, como si acabasen de salir del trullo tras haber estado encerrados por algo que no hicieron, o del cine después de ocho horas sin levantarse enchufados a una película mala, o justo como si acabasen de perder un autobús tras el que llevan corriendo un kilómetro y, justo al dejar de correr, ven que ese no era el suyo; pero en nuestra familia el que uno de nosotros esté de mal humor es un bajón para los demás. Yo me he preguntado millones de veces por qué pasa eso, pero nunca doy con una respuesta satisfactoria, aunque me siente y me ponga a pensar durante horas, cosa que, debo admitirlo, nunca hago, por más que suene bien que diga que sí. Pero paso suficientes ratos sentado y pensando; hasta que mi madre me dice, al verme encorvado sobre el fuego como mi padre:

—¿A qué demonios viene esa cara de vinagre?

Así es que tengo que dejar de pensar en ello por si me pongo realmente agrio y tristón y me pasa lo que a mi padre, que vuelca una mesa llena de cacharros y todo eso.

Básicamente supongo que no hay motivo para estar tan sombrío: no es culpa de nadie y no puedes acusar a nadie por tu tristeza, estoy seguro de que es algo que se lleva en la sangre. Pero aquel sábado por la tarde tenía yo tan mala cara que, cuando mi padre volvió del local de apuestas, me dijo:

—¿Qué pasa contigo?

—Que me encuentro mal —mentí. Le habría dado un ataque si le hubiese dicho que solamente estaba mal porque no había ido al cine.

—Pues lávate —me dijo.

—No quiero lavarme —repliqué, y era verdad.

—Bueno, pues sal a tomar un poco de aire fresco, entonces —gritó.

Hice lo que me dijo, y a toda máquina, porque si alguna vez mi padre me dice tan rápido que me vaya a tomar el fresco sé que ha llegado la hora de ahuecar el ala. Pero fuera el aire no estaba tan fresco, con los aporreos de esa maldita fábrica enorme de bicicletas que había al fondo del callejón. No sabía dónde ir, así que eché a andar calle arriba y me senté cerca de la verja trasera de una casa.

Entonces vi a aquel tipo, que no llevaba mucho tiempo en nuestra calle. Era alto y flaco y tenía cara de párroco, salvo por la gorra plana y el bigote caído, y siempre parecía no haber comido nada en condiciones desde hacía un año. En ese momento no le di mayor importancia, pero me acuerdo de que cuando dobló la esquina de la calle, una de esas cotillas fisgonas que se pasaban allí todo el día plantadas —salvo cuando iban resoplando a empuñar la bici de su marido o su mejor traje— le gritó:

—Eh, ¿para qué es esa sogá, muchacho?

Él respondió también a gritos:

—Es para ahorcarme con ella, señora —y ella se rio socarronamente de aquel chiste tan ruidosamente y durante tanto rato que uno pensaría que jamás había oído uno tan bueno, aunque al día siguiente tuvo que reírse mostrando el otro lado de su rechoncha cara.

El tipo vino hacia donde yo estaba fumándose un pitillo y acarreando su flamante rollo de sogá nuevecita, y cuando llegó junto a mí tuvo que saltar por encima de mis piernas para poder pasar. Casi se lleva por delante mi hombro con su bota, y cuando le dije que mirase por dónde iba, no creo que me oyera porque ni siquiera se dio la vuelta. No había prácticamente nadie por allí. Todos los críos estaban aún en el cine, y la mayoría de sus madres y padres estaban por el centro haciendo la compra.

El tipo bajó por la calle hasta la puerta trasera de su casa, y como yo no tenía nada mejor que hacer por no haber ido al cine, le seguí. La cosa es que dejó la puerta trasera entreabierta así que le di un empujón y entré. Me quedé ahí mirándole a distancia, chupándome el pulgar y con la otra mano en el bolsillo. Supongo que sabía que yo estaba allí, porque ahora movía los ojos de forma más natural, pero no parecía importarle.

—¿Qué vas a hacer con esa sogá, amigo? —le pregunté.

—Me voy a ahorcar, chaval —me dijo, como si ya lo hubiera hecho un par de veces y la gente le hiciese a menudo preguntas así de antemano.

—¿Por qué, amigo?

Debió de tomarme por un mocoso entrometido.

—Porque me da la real gana, por eso es —dijo, apartando los cacharros de la mesa y arrastrándola hacia el centro de la sala. Se subió a la mesa para ajustar la sogá al portalámparas. La mesa, que no parecía muy segura, crujió, pero al menos le servía para lo que él quería.

—No va a aguantar, amigo —le dije, pensando que era mucho mejor estar allí que sentado en el cine viendo la serie de *Jim de la jungla*.

Entonces se enfadó y se volvió hacia mí.

—Oye, chaval, métete en tus asuntos, ¿quieres?

Temí que me pidiera que me largase, pero no fue así. Incluso hizo un nudo muy apañado con esa sogá, como si hubiese sido marinero o algo así, y mientras lo ataba se puso a silbar una tonadilla. Entonces se bajó de la mesa y la empujó hacia la pared, y colocó una silla en su lugar. No parecía triste en absoluto, ni por asomo tenía la cara que ponen los de nuestra familia cuando se sienten alicaídos. No pude evitar pensar que, si se pusiese la mitad de mustio de lo que se pone mi padre dos días por semana, se habría ahorcado hace ya años. Pero estaba haciendo un buen trabajo con esa sogá: como si ya hubiese pensado acerca de eso muchas veces, y como si fuese la última cosa que fuese a hacer en su vida. Pero yo sabía algo que él desconocía, porque no se encontraba en el mismo sitio donde estaba yo: estaba claro que la sogá no resistiría, y se lo dije de nuevo.

—Cierra el pico —dijo, pero en tono sosegado—, o te saco de aquí a patadas.

Yo no me lo quería perder, así que no dije nada. Se quitó la gorra y la puso en el aparador; después se quitó el abrigo y la bufanda y las extendió sobre el sofá. Yo no estaba nada asustado, no es como ahora, que tengo dieciséis años, porque lo que hacía aquel tipo era algo realmente interesante. O al menos así me lo parecía. Pero como tenía solo diez por entonces, la verdad es que no había tenido nunca la oportunidad de ver a un hombre ahorcarse. Puedo decir que antes de que deslizase la sogá alrededor de su cuello, ese tipo y yo nos hicimos amigos.

—Cierra la puerta —me pidió, y yo hice lo que me mandaba—. Eres un buen chico para tu edad —me dijo, mientras yo seguía chupándome el pulgar y él se palpaba los bolsillos y sacaba lo que había dentro, tirando un puñado de esto y de aquello sobre la mesa: un paquete de pitillos y pastillas de menta, un recibo de la casa de empeños, un peine viejo y algo de calderilla. Cogió un

penique y me lo dio diciendo—: Ahora escúchame, chaval. Voy a colgarme, y cuando me empiece a balancear quiero que le des un buen patadón a esta silla y la apartes de aquí. ¿Me entiendes?

Yo asentí.

Se rodeó el cuello con la soga y enseguida se la quitó como si fuese una corbata que no le valiese.

—¿Por qué vas a hacerlo, amigo? —pregunte otra vez.

—Porque estoy harto —dijo, con aspecto desdichado—. Y porque quiero. Mi mujer me ha dejado y no tengo trabajo.

Yo no quería discutir; por la forma que tuvo de decirlo me quedaba claro que ese tipo no podía hacer nada salvo ahorcarse. Y su cara tenía una expresión extraña: si bien me hablaba, juraría que no me veía. Era diferente a la cara sombría que pone mi viejo, y supuse que por eso mismo mi viejo no se ahorcaría nunca —mala suerte—, porque en mi vida le había visto en la jeta una expresión como la de este tipo. La mirada de mi viejo se queda fija *en uno*, de modo que lo mejor que puedes hacer es alejarte y salir volando de la casa; la mirada de este tipo *te atravesaba*, así que podías mantenerla y saber que no te haría daño. Entonces vi que mi padre nunca se ahorcaría porque nunca lograría la expresión adecuada en la cara, a pesar de haber estado sin trabajo con mucha frecuencia. Quizá mamá tendría que dejarle primero, y entonces igual lo haría; pero no —negué con la cabeza—, no había muchas oportunidades de que ocurriera aunque la suya fuera una vida de perros.

—Que no se te olvide darle la patada a la silla —me recordó, y yo moví la cabeza para indicar que no se me olvidaría. Se me salían los ojos de las órbitas mirando cada movimiento que hacía el tipo. Se subió a la silla y se puso la soga alrededor del cuello, de manera que esta vez sí que se le ajustó bien; mientras tanto, seguía silbando su estrambótica tonada. Yo quería echarle una mirada al nudo, porque tenía un amigo que estaba en los Boy Scouts, y si le preguntaba al tipo cómo lo había hecho, y luego se lo explicaba bien a mi amigo, él me contaría lo que pasó en la peli de *Jim de la jungla*, con lo cual mataría dos pájaros de un tiro, o como dice mi madre, toma y daca. Pero pensé que era mejor no pedirle al tipo que me lo explicara, así que me quedé atrás en mi rincón, esperando a que el otro terminase. Lo último que hizo fue quitarse la colilla húmeda y sucia de los labios y arrojarla a la rejilla vacía de la chimenea. La siguió con los ojos hasta el trasfuego

negro donde aterrizó, como si fuese a arreglar así una avería de la instalación, igual que un electricista.

De repente sus piernas largas se agitaron y sus pies trataron de darle una patada a la silla, así que le ayudé, tal como le había prometido. Tomé carrerilla al hacerlo, como si estuviese jugando de delantero-centro para el Notts Forest, y la silla salió disparada hacia atrás y dio contra el sofá, arrastrando hacia el suelo la bufanda que había colocado allí. El tipo se balanceó un ratito, con los brazos rozándole como si fuese un espantapájaros ahuyentando a las aves, y su garganta hizo un ruido como si acabase de oler una dosis de sales y se esforzase por retenerlas.

Luego se oyó otro ruido. Miré hacia arriba y vi que se había abierto una grieta grande en el techo, como las que se ven en el cine cuando hay un terremoto, y la bombilla empezó a dar vueltas y más vueltas como si fuese una nave espacial. Yo estaba empezando a marearme cuando, súbitamente, el tipo se estampó contra el suelo con un golpazo tan tremendo que pensé que se habría roto todos los huesos del cuerpo. Siguió pataleando durante un rato, como un perro con un cólico agudo. Luego se quedó quieto.

Yo no me quedé a mirarlo.

—Le dije que la sogá no resistiría —seguí diciendo para mis adentros al salir de la casa, chasqueando la lengua decepcionado porque al tipo no le había salido bien su trabajo. Iba con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y casi llorando por el jaleo que había montado. Cerré con tal fuerza la verja que casi se salió de las bisagras.

Cuando volvía calle arriba a tomar el té en casa, confiando en que los otros hubieran vuelto ya del cine y no tuviesen motivos para seguir sombríos, un poli pasó a mi lado en dirección al sitio donde había estado con el tipo. Caminaba a grandes zancadas, con la cabeza gacha, y supe que alguien le había dado el chivatazo. Deben de haberlo visto comprar la sogá y luego alguien debió de soplárselo al poli. O igual había sido la vieja arpía del final de la calle, que acabó adivinándolo. O quizás incluso había sido él mismo quien se lo contó a alguien, porque yo suponía que el hombre que se había ahorcado no tenía mucha idea de lo que estaba haciendo en realidad. Esa mirada que le vi en los ojos no era normal. Pero así es la cosa, pensé mientras seguía al poli otra vez hacia la casa del tipo; hoy en día ni siquiera dejan que un pobre diablo pueda ahorcarse en paz.

Cuando llegué, el poli estaba quitándole la sogá del cuello rajándola con

una navajita; luego le puso un poco de agua en los labios al pavo y este abrió los ojos. Hay que decir que yo no simpatizaba con ese policía en concreto, porque había mandado a dos de mis amigos al correccional por mangar tuberías de plomo de los baños.

—¿Por qué quería ahorcarse usted? —le preguntó al hombre, tratando de conseguir que se sentase derecho. El pobre apenas podía hablar, y una de sus manos estaba sangrando por donde le había golpeado la bombilla. Mira que yo sabía que esa sogá no iba a aguantar, pero el imbécil no me hizo caso. De todas formas, yo nunca me colgaré, pero si quisiera hacerlo me aseguraría de escoger un árbol o algo así, nunca me colgaría desde un portalámparas.

—Venga, ¿por qué lo ha hecho? —insistió el policía.

—Porque me sale de las narices —gruñó el tipo.

—Le van a caer cinco años por esto, ¿lo sabe? —le explicó el poli. Yo había entrado de nuevo sigilosamente y estaba chupándome el dedo en un rincón.

—Eso es lo que usted se cree —replicó el tipo, ahora con una expresión normal de miedo en sus ojos. —Yo solo quería ahorcarme. Déjeme en paz.

—Bien —comentó el poli, sacando su libreta—, pues eso atenta contra la ley, ya sabe.

—No —contestó el otro—, no puede ser. Es mi vida, ¿o no?

—Usted piense lo que quiera —dijo el poli—, pero no lo es.

El hombre empezó a chuparse la sangre de la mano. Era un corte tan pequeño que apenas se veía.

—Primera noticia que tengo —dijo.

—Pues ya se lo estoy contando yo ahora —contestó el poli.

Por supuesto, yo no le dije ni mu al poli acerca de que yo había ayudado al tipo a ahorcarse. No he nacido ayer, tonto no soy.

—No hay nada de malo en que un hombre quiera quitarse la vida —exclamó el tipo, viendo lo que se le venía encima.

—Pues sí que lo hay —dijo el poli, como si lo estuviera leyendo en su libreta y regodeándose. —La vida no le pertenece. Y es delito quitársela. Eso es matarse. Es un suicidio.

El tipo parecía espantado, como si cada una de las palabras soltadas por el poli supusiesen seis meses más en chirona. Yo lo sentí por él, lo digo de veras, pero si al menos hubiese escuchado lo que dije y no se hubiera empeñado en ese portalámparas... Tendría que haberlo hecho desde un árbol

o algo parecido.

El tipo atravesó el patio junto al poli como un corderillo, y todos pensamos que aquello sería el final.

Pero un par de días más tarde nos dieron la noticia, antes incluso de que llegase a las páginas del *Post*, porque una mujer de nuestra calle trabajaba en el hospital por las tardes sirviendo la comida y limpiando. La oí largárselo a alguien al final de la calle:

—Nunca lo hubiera creído. Cuando lo detuvieron, pensé que se le había quitado de la cabeza esa idea estúpida, pero no. Una nunca dejará de sorprenderse. Se tiró por la ventana del hospital cuando el poli que se sentaba junto a su cama salió a hacer pis. ¿Te lo puedes creer? ¿Que si está muerto? Pues claro.

Se había arrojado contra el cristal y había caído como una piedra en la calle. Por un lado yo sentí que lo hubiera hecho, pero por otro estaba contento porque le había demostrado a los polis y a todo el mundo que al final su vida le pertenecía a él, como tiene que ser. Era inexplicable, en cualquier caso, que esos lerdos hijos de puta le hubieran puesto en una habitación de un sexto piso; todavía mejor que si le hubieran plantado un árbol delante con la soga ya colgada.

Todo esto me hizo pensar muy en serio lo negro que a veces se ven las cosas. El saco negro de carbón que uno lleva metido en su interior y lo triste que te pone la cara ese saco no significan que te vayas a colgar de una soga o a arrojarte bajo las ruedas de un tranvía de dos pisos, ni a tirarte por la ventana o a cortarte el pescuezo con una lata de sardinas o a meter la cabeza en el horno de gas o a dejar que un tren se lleve por delante tu puto saco de huesos. Cuando te sientes tan hundido, creo que ni siquiera aciertas a moverte de la silla. De todas formas, sé que nunca estaré tan mal como para colgarme. No es algo que me parezca muy atractivo que se diga, y nunca me lo parecerá, sobre todo cuando me viene a la memoria la silueta del pobre como-se-llame balanceándose allí, colgado del portalámparas.

Y más que nada, ahora me alegra no haber ido al cine aquel sábado por la tarde, cuando me sentía fatal y dispuesto a desaparecer. Porque, ¿sabéis?, nunca me mataré. Confiad en mí. Permaneceré vivito y coleando, y aunque esté medio gagá, viviré hasta los ciento cinco años, y después me iré al otro barrio poniendo el grito en el cielo porque lo que querré será quedarme donde estoy y que me dejen en paz.

El partido

El Bristol City había jugado contra el Notts County, y había ganado. Ya desde el mismísimo saque inicial, Lennox tenía la intuición de que el Notts iba a perder aquella tarde; no es que manejara algún tipo de saber profético acerca del rendimiento de cada uno de los jugadores del equipo anfitrión, pero la verdad es que él mismo, como espectador, no se sentía en su mejor forma. Un pesimismo obsesivo lo había encorajinado lo suficiente como para informar de ello a su amigo, el mecánico Fred Iremonger, que estaba a su lado:

—Todo el tiempo supe que iban a perder, los muy mamones.

Hacia el final del partido, cuando el Bristol marcó el gol de la victoria, apenas se podía ver a los jugadores, y el balón era un puntito de niebla que rebotaba aquí y allá por todo el campo. Las vallas publicitarias sobre las gradas, que pregonaban pasteles de carne, cervezas, whisky, cigarrillos y otras delicias propias del sábado noche, se iban perdiendo de vista al mismo tiempo que la tarde.

Permanecieron en una de las gradas de un chelín con tres peniques; Lennox trataba de fijar la vista en el balón, de seguir cada uno de sus erráticos movimientos, y las patadas de unos y otros, pero tras diez minutos yendo de jugador borroso en jugador borroso, desistió y concentró su atención en los espectadores apiñados en las tribunas escalonadas, que formaban un amplio arco a cada lado hasta unirse vagamente a lo lejos, en la grada opuesta. Como esto resultó también en vano, se frotó con la mano cerrada sus débiles ojos y los oprimió con firmeza, como si el dolor les fuese a otorgar más vigor. Inútil. Todo lo que produjo fue una masa de cuadraditos grises que bailoteaban ante sus párpados abiertos, y al desaparecer estos, su vista no había mejorado. Tal pesadumbre le hacía parecer más flemático que Fred y la

mayoría de los que estaban a su alrededor, los cuales hacían girar carracas, agitaban sus gorros y bufandas y abrían sus bocas de par en par a cada nuevo incidente intuido en el juego.

Durante su ceguera temporal, los delanteros del Notts se habían ido abriendo camino picoteando acá y allá en las inmediaciones de la portería del Bristol, y un golpe brillante de uno de ellos provocó una falsa alarma, un indeciso retumbar de vítores resguardados por un cielo gris plomizo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Lennox a Fred—. ¿Quién ha marcado? ¿Ha habido gol?

Fred era un hombre algo más joven que él. Se acababa de casar, tenía un pelo oscuro reluciente peinado hacia atrás con gomina y venía ataviado con la mejor de sus chaquetas deportivas para las tardes de sábado, con unos pantalones de gabardina y un impermeable.

—Eso no ocurrirá en meses —se rio—, pero vaya si lo intentaron, eso te lo digo de veras.

Cuando Lennox volvió a enfocar su mirada de nuevo en los jugadores, la batalla se había desplazado a la portería del Notts y el Bristol estaba a punto de marcar. Lennox vio que un jugador corría por el campo, oyendo en su imaginación el ruido amortiguado de las botas sobre el césped húmedo. Una tropa de adversarios salió disparada formando una hilera tras él y aparecieron al trote. De repente, el jugador que llevaba el balón se lanzó hacia delante y se desmarcó del resto como si, en un segundo, el tiempo no hubiese existido para ningún otro jugador o espectador, y su figura se hubieran catapultado hacia una zona sagrada e intocable ante los postes mismos de la portería. El corazón de Lennox dejó de latir por un instante. Su dueño intuyó lo que ocurrió entre dos hombros inamovibles de roble que, pensó enfadado, se habían colocado delante a propósito para impedirle ver. Vislumbró al rebelde delantero-centro del equipo contrario, como si fuese una marioneta accionada por alguien situado sobre las nubes bajas que cubrían el estadio, echando la pierna atrás y arremetiendo furioso con la bota que protegía su pie.

—¡No! —acertó a decir Lennox—. Id a por él, pedazo de estúpidos. No le dejéis que marque.

De animal paciendo en la zona prescrita de los postes que defendía, el portero se convirtió en un mono saltarín, estirando piernas y brazos a un tiempo; luego se volvió un mero palo acabado en curva, y el balón, que llegó a toda velocidad a un lado, se le escapó y se perdió entre los pliegues de la

red situada tras él.

Para el gentío apiñado alrededor del campo, la tregua en la algarabía general resultó lo más parecido a un silencio sepulcral. Todo el mundo se había hecho a la idea de que el partido, con lo malo que era, por lo menos acabaría en empate, pero ahora estaba claro que el Notts, el equipo local, había perdido. Un bramido de desilusión y de júbilo brotó de las gargantas de los treinta mil espectadores que no se habían dado cuenta todavía de que la estrella estaba más cerca del Bristol City que de su propio equipo, o que habían esperado un milagro de sus propios ases en el último minuto, e inundó los accesos abarrotados, desbordándose hacia las calles de fuera donde hordas de gente, sobresaltadas por el repentino griterío de la muchedumbre en erupción, especulaban sobre cuál había sido el equipo que había marcado el gol.

Fred se reía desenfrenado, dando saltos, bramando algo a medio camino entre una ovación y un grito de rabia divertida, como si considerase que el precio de la entrada quedaba amortizado siguiendo el principio de que un gol del adversario es mejor que nada.

—¿Te lo puedes creer? —le preguntó a Lennox—. ¿Te lo puedes creer? ¡Noventa y cinco mil libras que se desvanecen en el aire como la niebla escocesa!

Sin darse mucha cuenta de lo que hacía, Lennox sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Qué rabia —refunfuñó—. Han perdido. Tendrían que haberse llevado el partido. —Y añadió por lo bajo que tendría que hacerse con unas gafas para ver si así veía mejor las cosas la próxima vez. Su vista llevaba un tiempo siendo tan mala que, a cierta distancia, la perspectiva de cada ojo se cruzaba y convergía ahora con la del otro. En el cine se veía obligado a sentarse en primera fila, y por la calle le era imposible reconocer a un amigo por muy cerca que lo tuviera. Y además, aquella vista tan mala le arruinaba las tardes de fútbol. Se acordaba de haber sido capaz de divisar con exactitud la cara de todos los jugadores, y de distinguir a cada espectador del campo, pero él trataba de convencerse de que no necesitaba gafas, y que de algún modo su vista comenzaría a mejorar en cualquier momento. Un asunto más virulento que ocurría en relación con dichos ojos es que la gente empezaba a llamarle «ojopipa». El otro día, en el garaje donde trabajaba, los compañeros estaban sentados en la pausa para el té, y como él no estaba en la habitación, uno de

ellos preguntó:

—¿Dónde está el viejo ojopipa? Se le va a enfriar el té.

—Qué putada —gritó Fred, como si nadie supiese todavía lo del gol—. ¿Te lo puedes creer?

Las ovaciones y los abucheos comenzaban ya a apagarse.

—Ese portero es tonto de capirote —le insultó Lennox, con la gorra muy calada sobre la frente—. No es capaz de pescar ni un resfriado.

—Fue pura mala suerte —añadió Fred a regañadientes—. Se lo merecían, supongo. —Ahora más tranquilo, con toda la fuerza de la tragedia filtrándose por su cuerpo y su alma de recién casado, añadió—: Por Dios, me tendría que haber quedado en casa con mi mujer. Allí estaría calentito, eso seguro. ¡Incluso me habría podido beneficiar de unos achuchones, si se lo hubiera pedido!

Las risas y los guiños iban dirigidos a Lennox, que aún estaba asumiendo el vado de su derrota personal.

—Supongo que solo piensas en eso últimamente —le contestó él con inquina.

—Parece que sí, pero no te creas que esa me da mucho, a decir verdad.

Aun así, era obvio que con lo que le daba sobraba para mantenerlo de buen humor en un partido de fútbol frío y decepcionante.

—Bueno —sentenció Lennox—. Todo eso cambiará enseguida. De eso puedes estar seguro.

—No, hasta donde yo sé —dijo Fred con una amplia sonrisa—. Y todo lo que puedo afirmar es que es mejor haber visto un partido malo que no haber visto ninguno.

—Eso es lo más cierto que has dicho nunca —comentó Lennox, mordiéndose el labio con rabia—: Puto equipo. Perderían incluso al fútbolín.

La mujer que estaba detrás, envuelta en una gruesa bufanda de lana blanquinegra, del mismo color que la camiseta de los jugadores del Notts, y que había estado desgañitándose toda la tarde en apoyo al equipo local, estaba a punto de echarse a llorar debido al gol del adversario.

—¡Tongo, tongo! Echad a esa pandilla apestosa del campo. Mandadlos a Bristol por donde han venido. ¡Tongo, tongo! Os lo digo yo.

La gente de alrededor pataleaba contra el suelo por el frío, tras llevar más de una hora aguantándose los zarpazos de la helada con la esperanza de que al menos el equipo local ganase un partido antes de las navidades. Lennox

apenas sentía los pies ni tenía la voluntad de ayudarlos a volver a la vida, y menos a enfrentarlos a la fuerza añadida del viento cortante, y a un gol regalado con tamaña facilidad. En el campo de juego los jugadores se movían con desgana, pues solamente quedaban diez minutos para el final del partido. Los dos equipos se agolpaban hacia una de las porterías, luego se dispersaban alrededor de un balón invisible y volvían a desplazarse por el campo, hacia la otra portería, sin resultados visibles. Parecía que ambos hubieran dado por definitivo el resultado actual, como si todo esfuerzo hubiese desertado de sus extremidades y pulmones.

—Ya está todo el pescado vendido, querido amigo —le comentó Lennox a Fred. La gente comenzó a abandonar el campo, abriéndose camino entre los que estaban decididos a presenciar el partido hasta su amargo fin. Hasta el instante mismo del apagado trino del pitido final, el núcleo duro de los optimistas confiaba en el revivir milagroso de los exhaustos jugadores locales.

—Cuando quieras nos vamos —dijo Fred.

—De acuerdo.

Lennox arrojó la colilla de su cigarrillo al suelo y, con una mueca de decepción y repugnancia, comenzó a subir cansinamente por las escaleras de las gradas. En el punto más alto se giró para echar una última mirada sobre el campo, y vio a dos jugadores corriendo y al resto trotando alrededor —no había nada que hacer— en medio de una niebla cada vez más densa. Así es que continuó hacia los pasillos. Cuando estaban en la calle un gran escándalo se alzó tras ellos, justo después de que sonase el silbato que daba la señal de que aquello había acabado. Pronto el gentío se precipitaría tras ellos.

Las farolas de la calle ya estaban encendidas, y las colas de los autobuses crecían rápidamente en la semioscuridad. Mientras se abrochaba su impermeable, Lennox cruzó la calle a toda prisa. Fred iba detrás, esquivando un trolebús que se acercaba al bordillo de la acera como un monstruo devorador de humanos que transportase un tropel de gente hacia el centro, con sus luces azules parpadeando suspendidas de los cables de arriba.

—Bien —dijo Lennox cuando estuvieron uno junto a otro—, tras esta pequeña ración solo confío en que mi mujer me haya hecho algo rico para cenar.

—Yo confío en que me haga algo todavía mejor que eso —dijo Fred—. No soy de los que protestan por el condumio.

—Claro —dijo Lennox sarcástico—. Ni que vivieras del amor. Si te pusieran delante comida para gatos, seguro que te parecería una buena cena.

Torcieron a la altura del centro de reclutamiento hasta el corazón de los Meadows, una envejecida zona residencial de casas negras y pequeñas fábricas.

—Eso es lo que tú te crees —replicó Fred, levemente ofendido, pero demasiado lleno de esperanza para que le importase de verdad la alusión de su amigo—. Digo que yo no soy de los que refunfuñan cuando les ponen la comida delante, eso es todo.

—Para mí que no te serviría de nada refunfuñar —la reemprendió Lennox—, aunque en estos tiempos la comida es pura bazofia, ese es el problema. O congelada o de lata. No hay nada natural. Hasta con el pan te atragantas.

Y lo mismo hacía la niebla: cargada de escarcha, persistía y se condensaba a su alrededor, lo que obligó a Fred a subirse el cuello del impermeable. Un hombre que iba a su altura por el mismo lado gritó con sorna:

—¿Habéis visto en vuestra vida un partido así?

—Nunca en mi vida —respondió Fred.

—Pero siempre pasa lo mismo —le gustó comentar a Lennox—, los mejores jugadores nunca están en el campo. No sé ni para qué les pagan.

El hombre se rio ante su lógica.

—Que los saquen la semana que viene. A ver si aprenden.

—Esperemos —dijo Lennox viendo al hombre perderse en la niebla—. No es un mal equipo —añadió dirigiéndose a Fred. Pero eso no era lo que estaba pensando. Se acordaba de que el día anterior, en el garaje, había tenido que presentarse ante el capataz por haberle dado un mamporro al chico que servía el té y que le había llamado ojopipa delante de la chica de administración; el gerente había dicho que si ocurría de nuevo lo echarían a la calle sin contemplaciones. Y ahora no estaba seguro de si no querría pedir el despido de todos modos. Nunca le faltaría trabajo, pensó, conociendo su propio valor y la certeza de su instinto al separar un pistón de un cilindro, o un árbol de levas de una biela y buscar entre las mil posibles averías antes de devolverle la vida a un motor. Un crío pequeño preguntó desde el umbral de una puerta:

—Oye, ¿cómo han quedado?

—Han perdido dos a uno —dijo cortante, y oyó un portazo muy fuerte y claro cuando el niño entró a casa para dar la noticia. Lennox caminaba con las manos en los bolsillos y un cigarrillo colgando en la comisura de los

labios, con lo cual la ceniza a veces se le caía al impermeable. Un olor a *fish and chips* procedente de uno de los locales bien iluminados de la avenida le abrió el apetito.

—Hoy no toca cine —iba diciendo Fred—. Sé cuál es el mejor lugar donde uno puede meterse con un tiempcito como este.

Los Meadows resonaban con el pisar de miles de botas tras ellos, y con el murmullo de las voces que conversaban acaloradamente acerca del partido que acababan de perder. En cada esquina se formaban grupos que solo paraban de discutir cuando se piropeaba a cualquier chica que pasase; las farolas de gas constituían un débil aliado en medio de la niebla. Lennox torció hacia una entrada donde el olor frío y húmedo de los patios traseros se mezclaba con el de los cubos de la basura. Los dos abrieron las verjas de sus respectivas casas.

—Hasta otra. Igual nos vemos mañana en el pub.

—Mañana no —respondió Fred, ya desde su puerta trasera—. Tengo que arreglar la bici. Le voy a dar una capa de esmalte y le voy a poner unas zapatas nuevas a los frenos. Casi me aplasta un autobús el otro día, porque no me funcionaban.

El pestillo de la verja rechinó.

—Muy bien —dijo Lennox mientras abría la puerta de atrás y se metía en su casa—. Pues nos vemos pronto.

Cruzó el pequeño cuarto de estar sin abrir la boca y se quitó el impermeable en el vestíbulo.

—Tendrías que encender el fuego ahí —dijo cuando volvió al cuarto—. Apesta a humedad. No me extrañaría que la ropa se nos acabase cayendo a trozos en menos de seis meses.

Su mujer estaba sentada junto al fuego, tejiendo con un par de ovillos de lana color azul eléctrico que tenía en el regazo. Tenía cuarenta años, la misma edad que Lennox, pero el descontento la había convertido en gorda y vulgar, mientras que a él lo tenía flaco y enjuto. Sus tres hijos, la mayor una chica de catorce, estaban en la mesa acabando de cenar.

Mrs Lennox siguió tejiendo.

—Iba a encenderlo hoy, pero no tuve tiempo.

—Iris puede hacerlo —dijo Lennox, sentándose a la mesa.

La chica levantó la vista.

—Aún no he terminado de cenar, papá.

El tono mimoso de su voz le hizo enfadar.

—Pues ya terminarás luego —dijo con una mirada amenazadora—. Hay que encender el fuego ahora, así es que, venga, mira bien y trae carbón de la bodega. —La chica no se movió: permaneció sentada con la terquedad propia de una joven enmadrada. Lennox se levantó—. No me hagas tener que repetírtelo. —Las lágrimas se asomaron a los ojos de la muchacha—. ¡Venga! —gritó él—. Haz lo que te mando.

Lennox ignoró los ruegos de su mujer para que dejase de meterse con su hija y levantó la mano para castigarla con una bofetada.

—Está bien, voy. Mira.

Se levantó y se dirigió a la puerta de la bodega. Lennox se volvió a sentar, recorriendo con la mirada la mesa bien surtida ante él; colocó las manos bajo el mantel y las cerró fuertemente.

—Entonces, ¿qué hay de cena?

Su mujer apartó de nuevo la vista de su labor de punto.

—Hay un par de arenques en el horno.

Él no se movió; continuó sentado, taciturno, empuñando el tenedor y el cuchillo.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Es que tengo que esperar toda la noche para que me den de comer algo?

La mujer se levantó, sacó en silencio un plato del horno y se lo puso delante a su marido. Dos humeantes arenques color pardo descansaban en el plato.

—Uno de estos días —dijo él tirando de una tajada larga y blanca pegada a la raspa—, podríamos cambiar un poco.

—Esto es lo que mejor sé hacer —dijo ella. Su paciencia deliberada no logró parar en ningún caso su malhumor, aunque no sabía qué otra cosa lo lograría. Y el hecho de que él lo detectase empeoró las cosas.

—No me cabe duda —replicó él. Se oyó entonces, procedente del vestíbulo, el ruido del cubo del carbón. La chica estaba encendiendo el fuego. Lennox fue desmenuzando con parsimonia sus arenques sin comerse ninguno. Los otros dos niños se sentaron en el sofá mirándolo con los ojos muy abiertos, sin atreverse a hablar. En un lado del plato dejaba las espinas; en el otro, las tajadas. Cuando el gato se frotó contra su pierna, él dejó caer unos trocitos de pescado para él sobre el suelo de linóleo, y cuando consideró que el animal ya había comido lo suficiente, lo ahuyentó de una patada tan

fuerte que la cabeza le chocó contra el aparador. El gato saltó sobre una silla y comenzó a lamerse, mirando a Lennox con sus sorprendidos ojos verdes.

Le dio seis peniques a uno de los chicos para que le trajese el *Football Guardian*.

—Y date prisa —le gritó desde lejos. Apartó su plato e hizo un gesto con la cabeza hacia los arenques triturados—. Yo esto no lo quiero. Sería mejor que mandases a alguien a comprar unas empanadas. Y prepara más té —añadió al final—, este ya está recocado.

Había ido demasiado lejos. ¿Por qué convertía cada una de las tardes de sábado en un infierno? A su mujer el enfado le latió con violencia en las sienes:

—Si quieres pasteles salados ve a comprarlos tú mismo —gritó—. Y el té te lo preparas tú solito.

—Cuando un hombre tiene que salir a trabajar durante la semana, lo mínimo es que le pongan un poco de té —dijo él mirándola con rabia. Señaló al niño con la cabeza—: Manda a ese a comprar empanadas.

El niño se levantó.

—No vayas. Siéntate —le dijo ella—. Ve tú mismo —le replicó a su marido—. El té que he puesto en la mesa es lo suficientemente bueno para cualquiera. No tiene nada de malo, y tú sigues dale que dale. Supongo que habréis perdido el partido, porque no se me ocurre otro motivo para que tengas esa cara tan larga.

A Lennox le impactó que mantuviera tanto rato su diatriba, así que se levantó para contenerla.

—¿Cómo dices? —gritó—. ¿Qué te crees que estás diciendo?

La cara de ella se puso de un rosa subido.

—Ya lo has oído —gritó ella como respuesta—. Unas cuantas verdades caseras igual te vienen bien.

Él recogió el plato de pescado y, con exagerada parsimonia, lo tiró al suelo.

—Aquí tienes —rugió—. Esto es lo que puedes hacer con tu maldita cena.

—Estás chiflado —gritó ella—. Estás de loquero.

Él le pegó una, dos y tres veces en la cabeza, hasta tirarla al suelo. El niño más pequeño se puso a llorar y su hermana vino corriendo desde el vestíbulo...

Fred y su joven esposa, en la casa contigua, estaban muy entretenidos escuchando el escándalo a través de las finas paredes. Les llegó la cadencia

de voces y el movimiento de las sillas, pero no pensaron que hubiera realmente un problema hasta que se alcanzó el punto culminante de los chillidos.

—Parece mentira —dijo Ruby, apartando la rodilla de Fred y estirándose la falda—. Solo porque el Notts haya perdido de nuevo. Me alegro de que tú no seas así.

Ruby tenía diecinueve años y era regordeta como una pera, aunque no redonda como un pudding; ya estaba embarazada, a pesar de que llevaban casados solamente un mes. Fred la volvió a agarrar por la cintura:

—Yo no soy tan idiota como para permitir que eso me irrite.

Ella se soltó de él.

—Menos mal que no lo eres, porque si lo fueras te atizaría una buena, eso puedes tenerlo por seguro.

Fred se sentó junto al fuego con una sonrisa perpleja de gato de Cheshire en la cara mientras que Ruby se iba a la cocina a preparar algo para comer. El ruido de la casa vecina se había calmado. Tras una serie de portazos y mucho andar de aquí para allá, la mujer de Lennox se había llevado a los niños y había abandonado a su marido para siempre.

La deshonra de Jim Scarfedale

Soy fácilmente influenciable; mi mente es como una veleta cuando alguien desea hacerme cambiar de idea, pero hay una regla segura a la que me atengo pase lo que pase, y no me importa ir derecho al grano en el galimatías de una historia larguísima para contaros a qué me refiero.

Jim Scarfedale.

Nunca dejaré que me intenten contar que no has de pirarte nada más cumplir los quince. Deberías ser capaz de hacerlo antes, si no fuese contra la ley, y debería hacerlo todo el mundo en esta infecta tierra de esperanza y gloria.

Verás, no puedes estar toda tu vida bajo las faldas de tu mami, aunque sea una verdad como un templo que a muchos tipos ya les gustaría estarlo. Jim Scarfedale era uno de esos. Se quedó ahí debajo tanto tiempo que luego no se podía acostumbrar a nada más, y cuando trató de cambiar te juro que no sabía la diferencia entre una cinta de delantal y un par de ligas, aunque estoy seguro de que su flamante mujer, que era tirando a guapa, intentó meterle bien en la mollera la diferencia antes de mandarlo lloriqueando de nuevo con su madre.

Bueno, pues yo no voy a ser uno de esos. Tan pronto como vea la manera de apañármelas —aunque sea robando contadores de gas para poder ganarme la vida— la aprovecharé. En el colegio, en vez de hacer ejercicios de aritmética, pego los ojos al atlas que tengo bajo el pupitre, planeando la ruta que seguiré cuando llegue el momento (con el mapa arrugado y metido en mi bolsillo trasero): en bici a Derby, en autobús hasta Manchester, en tren hacia Glasgow, en un coche viejo a Edimburgo y luego haciendo dedo todo derecho hasta Londres. No puedo parar de mirar esos mapas, con sus carreteras rojas, sus colinas marrones y esas maravillosas ciudades

salpicándolo todo, así que no es de extrañar que sumar se me dé fatal. (Sí, ya sé que todas las ciudades son iguales cuando las tienes caladas: las mismas pensiones llenas de ladrones dispuestos a birlarte tu último chelín si se les da la mínima oportunidad; las mismas fábricas donde hay trabajo a espuertas, si uno tiene suerte; los mismos patios traseros enmohecidos y las mismas casas llenas de tijeretas y de cucarachas cuando de repente enciendes la luz por la noche; pero a pesar de todo, incluso aunque sean todas iguales, son también diferentes en cientos de aspectos, y eso nadie puede negarlo.)

Jim Scarfedale vivía en nuestra calle, con su madre, en una casa clavadita a la nuestra, solo que mucho más cerca de la fábrica de bicis, a tiro de piedra en realidad. Yo estaba maravillado de que pudieran soportar todo ese ruido día tras día. Les habría dado igual estar dentro mismo de la fábrica, porque el estruendo que se instalaba en su casa era mortal. Recuerdo un día en que fui allí a decirle a Mrs Scarfedale que Mr Taylor, el de la tienda, quería verla para hablar de su pedido semanal de comida, y mientras se lo contaba parecía como si tuvieran en el salón los motores y poleas de la fábrica dando golpazos, y las prensas metálicas aporreando como si trataran de reventar los muros y abrir otra habitación en la casa. No me sorprendería nada que hubiera sido este ruido, eso y la madre de Jim, lo que le llevó a hacer lo que hizo.

La madre de Jim era una mujer alta y fuerte, una fiera de casi dos metros que tenía la casa como los chorros del oro, y que atiborraba a Jim hasta las cejas de puddings al vapor y de estofado irlandés. Era de esa clase de mujeres que siempre «se salen con la suya», lo cual quería decir que normalmente conseguía lo que quería y sabía que eso era lo correcto. Su marido se había muerto de tanto toser por la tisis poco después de que naciese Jim, y Mrs Scarfedale había comenzado a trabajar en la fábrica de tabaco a fin de ganar lo suficiente para sí misma y para Jim. Debo decir en su honor que se mantuvo al pie del cañón durante muchos años, haciendo lo imposible para mantenerse cuando estuvo en el paro, así que Jim siempre iba hecho un pincel los domingos por la mañana, cosa que muy pocos de la calle podían decir. Pero, aunque le alimentaran más que al resto de nosotros, era un chico menudo, y yo era tan alto a los trece como él a los veintisiete (para entonces me chocó que él ya debía de haber parado de crecer) a pesar de que yo ya

estuviese medio muerto de hambre. Estábamos en guerra en aquel momento —y en nuestra familia pensábamos que vivíamos una vida de lujos solo porque podíamos atiborrarnos de mermelada de dátiles y de caldo de carne en cubitos—, pero a Jim no le llamaron a filas por su mala vista, algo que a su madre le alegró porque a su padre le habían atiborrado de gas en la Gran Guerra. Así que Jim se quedó con su madre, lo cual, creo yo, fue peor al final que si se hubiese alistado como soldado y los alemanes lo hubiesen hecho papilla.

Fue poco después de comenzar la guerra cuando Jim nos sorprendió a todos casándose.

Cuando le contó a su madre lo que pensaba hacer, la bulla se podía escuchar por todo el vecindario. Su madre ni siquiera conocía a la chica y, según ella, eso era lo peor del asunto: echarse una novia a la chita callando y de repente llegar un día y contarle a su propia madre que uno pensaba casarse, sin haber dicho antes ni una palabra al respecto. Desagradecido, después de todo lo que ella había hecho por él, educándole tan bien, incluso a pesar de no haber tenido padre. ¡Debería pensar en la cantidad de sacrificios que ella había hecho por él durante tanto tiempo! ¡Que lo pensara! ¡Que se diese cuenta! (Jesús, tendríais que haberla oído aquella tarde.) Un día tras otro dejándose los dedos pelados en esa máquina de empaquetar cigarrillos y volviendo cada noche deslomada a casa, y aun así le preparaba cada noche la cena, le zurcía los pantalones y le limpiaba la habitación: no podía ni figurarse lo que se había sacrificado por él. Y ahora, ¿qué hacía para agradecersele? (¿Le habrá robado el monedero?, me pregunté enseguida, en la pausa que hizo para tomar aliento; ¿habría empeñado las sábanas y luego se habría emborrachado con la pasta que obtuvo? ¿Habría ahogado al gato? ¿Le habría cortado las plantas de los tiestos de la ventana con unas tijeras?) ¡No, lo que hizo fue llegar a casa y contarle que se casaba, y punto! Lo que le importaba no era que se casase —oh, no, en absoluto, claro que no era eso, porque todos los muchachos jóvenes tienen que casarse algún día—, sino que no le hubiese traído a casa a la chica antes para conocerla y hablar con ella un rato. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Acaso se avergonzaba de su madre? ¿No la consideraba lo suficientemente respetable como para que la viese su chica? ¿Es que no le gustaba traerla a su propio hogar —tendríais que haber oído cómo pronunciaba la palabra «hogar»: a uno se le ponían los pelos de punta — a pesar de que ella lo limpiaba todos los días de arriba abajo? ¿Sentía

vergüenza también de su casa? ¿O era de la novia de quien se avergonzaba? ¿Es que era de *esa clase* de chicas? Bueno, aquello era todo un misterio, vaya que sí. Y lo que es más, no era justo, claro que no.

—¿Te parece justo, Jim, de verdad? Ay, a lo mejor sí, pero a mí no, y no se me ocurre nadie a quien se lo pudiera parecer.

La madre dejó de gritar y de dar golpes en la mesa durante un minuto, y entonces empezó el chaparrón.

—O sea que te parece justo —decía ella empapada de lágrimas hasta los calcetines— después de todo lo que he luchado y lo que he sudado arreglándote cada mañana para ir al colegio cuando eras pequeño y sirviéndote las gachas con beicon antes de que salieras a la nieve con el abrigo puesto, un abrigo mucho mejor que el que llevaba puesto cualquiera de esos mocosos del vecindario cuyos padres se pimplaban el dinero del paro...

Eso era lo que decía, os lo juro, porque yo estaba escuchándolo desde un sitio donde no podía evitar oírlo, y juro por mi vida que mi padre nunca se pimpló ni un penique de lo que cobraba del paro, a pesar de que no nos llegaba ni para matar el hambre.

—Y recuerdo todas las veces en que estabas malo y yo llamé al médico —continuaba gritando—. ¡Piensa en eso! Pero supongo que eres demasiado egoísta como para pensar en mí. Fíjate en lo que he logrado al mimarte tanto, ¿a que sí? ¿Eh?

Entonces, tan pronto como empezaron, las lágrimas pararon. Me parece que tendrías que haber tenido al menos la decencia de contarme que te querías casar y que habías empezado a salir con una chica. Ella no sabía cómo se las había arreglado para no darse cuenta, sobre todo cuando había estado siempre tan pendiente de él. No tendría que haberte dejado ir dos días por semana a ese club juvenil de la cooperativa al que ibas, gritó, dándose cuenta de repente de dónde había encontrado Jim su oportunidad. ¡Así que había sido allí! Bien sabe Dios que había sido allí, era allí. ¡Y me decías que estabas jugando a las damas y escuchando a tipos que hablaban de política! ¡De política! Así lo llaman ahora, ¿no? ¡Me acabo de enterar! En mis tiempos lo llamaban de otra manera, y no le daban un nombre tan bonito. ¡Ay, por Dios! Y ahora tienes la cara dura de quedarte ahí de pie, con el abrigo puesto todavía, sin pensar siquiera en suspender todo este asunto de la boda. (Pero si ni siquiera le había dado la oportunidad de pensarlo.) ¿Por qué, Jim? ¿Cómo

se te pudo ocurrir casarte? Otra vez el grifo abierto. ¿Cuándo he sido yo mala contigo? Mi pobre niño, ni siquiera te has dado cuenta de lo que me ha costado criarte y de lo que he trabajado para que nos mantuviéramos juntos todos estos años, sobre todo desde que murió tu pobre padre. Pero una cosa sí te digo, niño —grifo cerrado, ahora en tono cortante, y amenazándole con el dedo—, más te vale traérmela y dejármela ver, y si no vale lo suficiente, ya puedes ir mandándola a freír espárragos y buscarte otra, si es que alguna sigue con ganas de aguantarte.

Por Dios, si hasta yo mismo estaba temblando como un flan cuando me bajé de mi atalaya, aunque yo no me lo habría tomado como Jim sino que le habría pegado un trastazo en el entrecejo a mi madre y me habría pirado con un portazo en aquel mismo momento; Jim no ganaba mal y podría haberse ido a cualquier punto del país si hubiera querido, el muy imbécil.

Supongo que os preguntaréis cómo fue posible que todos los vecinos del patio se enterasen de lo que pasó en casa de Jim esa noche, y cómo es que yo puedo contaros palabra por palabra lo que le dijo su madre. Bueno, pues he aquí cómo fue: al estar la casa de Jim tan cerca de la fábrica de bicicletas, hay una especie de pasillo entre el tejado de esta y la ventana del lavadero de Jim, del grosor de un muro de dos filas de ladrillos, y yo estaba lo suficientemente flaco como para deslizarme por él y quedarme escuchando. Y como la ventana del lavadero y la puerta que daba a la cocina estaban abiertas, lo oí todo tal como sucedía. Y sin que nadie en la casa cayese en la cuenta. Encontré este escondite más o menos cuando tenía ocho años, por entonces recuerdo que acostumbraba a trepar como un mono por todos los edificios de nuestra calle. Habría estado chupado entrar a robar en casa de los Scarfedales, lo único es que no había nada de mucho valor que birlar, y además la poli me habría pescado al momento.

Pues eso, ya todos estábamos al tanto de la que se había montado, pero lo que nos sorprendió a todos fue que Jim Scarfedale realmente se propusiera hacer lo que decía y que no dejara que su madre lo amedrentase y le impidiese casarse. Y allí estaba yo de nuevo la segunda noche, en mi puesto de vigilancia, cuando el memo de Jim trajo a su chica a que se las viese con la vocinglera de su madre. Al menos eso es lo que ella le había pedido que hiciese.

No sé por qué pero todo el mundo en el vecindario esperaba ver a una pobre guarrilla bizca y mal encarada, alguna de Basford, una de esas chiquillas bobas y desaliñadas a las que siempre les falta un hervor, y que no son capaces de matar ni a una mosca. Pero quien pensara eso debió de quedarse de piedra. Lo mismo que yo, cuando la vi desde mi puesto de espía a través de la ventana del lavadero. (Mrs Scarfedale estaba obsesionada con el aire fresco y lo dejaba todo abierto: eso diré en su favor.) En mi vida había oído a nadie que hablase con un acento tan finolis, era como si acabase de salir de una oficina, y eso me hizo pensar que Jim no había mentido después de todo cuando decía que en el club hablaban de política.

—Buenas tardes, Mrs Scarfedale —dijo ella al entrar.

El brillo de su mirada y sus ademanes me hicieron pensar que ya había nacido hablando tan finamente como entonces. Me pregunté qué había visto en Jim aquella tipa, si es que había averiguado, cosa que nosotros ignorábamos, que había heredado algo de dinero, o lo mismo es que era adivina y sabía que iba a ganar la quiniela hípica irlandesa. Pero no, Jim no era lo suficientemente afortunado como para que le ocurriese ninguna de esas cosas, y supongo que su madre estaba pensando lo mismo que yo. Ni siquiera se dieron la mano.

—Tú, siéntate —dijo la madre de Jim. Entonces se volvió a la chica y la miró como es debido por primera vez, fijamente—. He oído que quieres casarte con mi hijo.

—Es cierto, Mrs Scarfedale —dijo, eligiendo la mejor silla, pero sentándose en ella muy tiesa y muy derecha, sin repantingarse—. Nos vamos a casar muy pronto. —Entonces la chica intentó ser más amable porque Jim le había echado una mirada rogándose, como a un perrillo—. Me llamo Phyllis Blunt. Llámame Phyllis.

Miró a Jim y él le sonrió porque después de todo estaba siendo muy maja con su madre. Siguió sonriendo, como si llevase practicando toda la tarde en el espejo del lavabo del sitio donde trabajaba. Phyllis correspondió sonriéndole, como si estuviese acostumbrada a sonreír así durante toda su vida. Por todas partes había sonrisas, pero eso no quería decir nada.

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo Jim yendo al grano, pero de un modo cordial y educado—, es comprar un anillo.

Podía ver claramente cómo seguiría el asunto. Su madre empezó a ponerse de todos los colores.

—No es que hayamos llegado a eso todavía —comentó—. ¿Verdad que no?

No iba a aceptar a esa Phyllis ni aunque le pagaran.

—No estoy embarazada, si eso es lo que está pensando...

Mrs Scarfedale no sabía que yo estaba poniendo la antena, pero me apuesto a que ambos pensamos a la vez: «¿Dónde está el truco, entonces?». Aunque enseguida se me ocurrió que no había truco, al menos no de los que habríamos podido figurarnos. Y me juego lo que quieran a que si a Mrs Scarfedale se le hubiese ocurrido esa idea al mismo tiempo que a mí, entonces no se habría montado la trifulca que se montó: todos peleando como fieras, peor que si fuesen tigres, y quizás el pobre Jim tampoco se habría casado tan rápido.

—En fin —se quejaba Mrs Scarfedale a mi madre un día que se la encontró al final del patio, más o menos un mes después de que Jim se fuese—, al menos se puede decir que ha aprendido a hacerse su cama y que puede tumbarse sobre ella, aunque me parece que aquello es un lecho de ortigas. Puedo decir que yo ya le avisé de lo que sucedería.

Pero todo el mundo esperaba que Jim fuese capaz de acostarse sobre esa cama de marras. No en vano siempre habían estado en contra de esas sargentas peleonas como Mrs Scarfedale. No porque las de nuestro vecindario no fuesen peleonas —y siguieran siéndolo, ojo— de un modo u otro. Tenías que serlo, o si no, resignarte a tumbarte en el suelo y morir. Pero la madre de Jim parecía llevar un letrero que dijese: «Soy una peleona y estoy por encima de cualquiera, porque se me da estupendamente pelearme». Sí, se veía a la legua que era una peleona y eso era lo que a nadie le gustaba de ella.

Sin embargo, tenía razón acerca de su hijo. Se lo había oído, decían algunos. Jim no se acostó en su propia cama durante mucho tiempo, aunque su mujer no estuviese nada mal, y yo ahora entiendo que debería haberse quedado bajo esas sábanas más tiempo del que permaneció. En seis meses ya estaba de vuelta, y todos nos preguntábamos qué habría fallado en su matrimonio cuando lo veíamos caminar por la calle con una maleta y dos fardos envueltos en papel. Tenía una pinta más triste que un perro sin hueso y llevaba puesto el traje bueno, el traje que se había puesto el día de su boda, quizás para que no se le arrugase en la maleta. Bueno, pensé, pronto volveré a

mi puesto de vigilancia para averiguar lo que pasó entre Jim y su novia la finolis. Sí, todos esperábamos que volviera bajo las faldas de su mami, a decir verdad, aunque *confiábamos* en que no lo hiciera, pobre muchacho. Porque durante los tres primeros meses de matrimonio apenas iba a visitarla, y la mayoría de la gente deducía que había sentado la cabeza con gusto y que la vida de casado le debía de estar yendo bien. Pero yo sabía que no era así, porque cuando un tipo acaba de casarse vuelve a casa a menudo a ver a sus padres si está contento. Es lo natural. En cambio Jim se alejaba de su madre, o lo intentaba, y eso me demostraba que su mujer estaba haciendo todo lo que podía para que dejase de ver a su vieja. Pero tras los tres primeros meses empezó a ir cada vez más a menudo, en vez de hacer todo lo contrario, y a veces se quedaba a dormir, lo cual quería decir que sus peleas con Phyllis iban de mal en peor. Esa última vez que volvió llevaba una venda alrededor de la sesera y encima un sombrero tirolés, como una corona ladeada.

Subí a mi puesto antes incluso de que Jim abriese la puerta trasera de su casa, así que logré verle entrar y presenciar el tipo de bienvenida que su madre le tenía preparada. Era lista, la muy condenada, eso diré en su favor. De haberlo pensado bien, podría haber saboteado su boda una docena de veces, solo con emplear alguna de sus artimañas, estoy seguro. No hubo ningún «Te lo advertí. Tendrías que haberme escuchado y entonces nada de esto habría ocurrido». No: le plantó un beso en la frente y le preparó una taza de té porque sabía que si jugaba bien sus cartas podía volver a tenerlo en casa largo tiempo. Se veía lo alegre que estaba —apenas podía parar de sonreír— al recoger la maleta y los paquetes de Jim y subirlos a su cuarto, con la intención de hacerle la cama mientras hervía el agua, y así de paso lo dejaba en paz durante diez minutos, cosa que —ella lo sabía— era justamente lo que él necesitaba.

Pero tendríais que haber visto al pobre Jim, con la cara hecha un horror y una pinta terrible de tener cuarenta y cinco años por lo menos; parecía que le acabaran de soltar de un campo de prisioneros de guerra en Japón, con los ojos fijos —como si estuviese majareta— en el mismo recuadro de alfombra que miraba cuando no era más que un niño sentado en su orinal. Él siempre tuvo algo triste rondándole en la mollera —nació así, creo yo—, pero ahora parecía que tuviera un martillo invisible colgando todo el tiempo ante su triste jeta, a punto siempre de caerle sobre el hocico. Me habría partido el corazón de no haber adivinado que había sido tan tonto como para casarse con una

chavala maja para después estropearlo todo.

Se quedó así sentado un cuarto de hora por lo menos, y os juro por mi vida que no debió de oír ni uno de los ruidos que hacía su madre en el piso de arriba, mientras le hacía la cama y le preparaba su habitación, cosa que yo sí que pude escuchar perfectamente. Y yo todo el tiempo deseaba que se diera prisa y acabase de una vez, pero ella sabía que lo estaba haciendo bien, y le quitaba el polvo al espejo y le sacaba brillo a los cuadros para así contentar al memo de su niño.

Bien, hasta que por fin bajó toda sonriente (pero tratando de disimular lo mejor que podía) y puso un poco de pan y queso sobre la mesa, pero él no los tocó: solo se tragó tres tazas de té de un tirón mientras ella continuaba sentada en su silla mirándole como si, en cualquier caso, lo siguiente fuese levantarse y cocinarle una buena cena como si nada.

—Ahora te cuento, mamá —comenzó él enseguida que ella bajó y se plantó allí a mirarlo fijamente desde el otro extremo de la mesa. Ella quería escuchar cómo él tiraba de la manta—. Las he pasado canutas durante los últimos seis meses, y no quiero que me vuelva a ocurrir de nuevo.

Era como si se hubiese venido abajo una presa. Lo cierto es que en su frente apareció una grieta igual a las que se ven en las paredes de las presas en las películas antes de que estas se rompan. Una vez que la cosa empezara, no habría modo de contener el torrente.

—Cuéntamelo entonces, hijo mío —aunque no le habría hecho falta decir eso: Jim estaba ya temblando como un flan, así que a veces me era difícil enterarme de lo que estaba ocurriendo. Para ser sincero, no podría reproducir las propias palabras de Jim porque se me partiría el alma; y realmente lo sentía por él a medida que iba explicando más y más.

—Mamá —se quejó, mojando pan con mantequilla en su té, algo que estoy seguro de que nunca sería capaz de hacer con su encopetada señora a la mesa —, esa mujer me ha dado una vida de perros. En realidad, un perro habría sido más feliz en su caseta con un hueso rancio para roer de vez en cuando, que yo con ella. Al principio todo iba bien porque, verás, mamá, ella tenía la idea de que un tipo trabajador como yo era alguien bueno y honrado y esas cosas. Yo nunca supe si eso lo había leído en algún libro o si había conocido antes a otros obreros distintos a mí, pero podría haberlo leído porque tenía unos cuantos libros en la casa que yo nunca miré, y nunca mencionó a los otros hombres de su vida. Solía decir que era un regalo haber podido casarse

comigo y poder vivir con un tipo como yo que empleaba sus manos para ganarse la vida; porque, si te ponías a pensarlo, no había muchos chicos en el mundo que trabajasen duro con sus manos. Decía que se moriría si se hubiera casado con un tipo que trabajase en una oficina y que se arrastrase ante su jefe tratando de ascender todo el rato. Así que pensé que todo saldría bien, mamá, de verdad lo pensaba cuando me decía cosas como esas, tan agradables. Conseguía que la fábrica de tejer redes me pareciese mejor de lo que me había parecido en mi vida, y ya no me importaba tanto pasarme el día llevando bobinas de una máquina a otra. Era feliz con ella y pensaba que ella lo era conmigo. Al principio me mimaba incluso más que antes de casarnos, y cuando volvía a casa por la noche, ella solía hablarme de política y libros y de un montón de cosas interesantes, diciéndome que el mundo estaba hecho para tipos como yo y que deberíamos manejarlo nosotros y no dejárselo a ese montón de avaros hijos de puta capitalistas que no sabían nada más que hablar como bebés semana tras semana sin hacer nada de provecho por nadie.

»Pero a decir verdad, mamá, tras haber trabajado como un burro todo el día, yo estaba demasiado cansado como para hablar de política, y entonces ella empezaba a hacerme preguntas, y se ponía de mal humor al cabo de un rato cuando comenzaba a ver que yo no podía responder a todo lo que ella quería saber. Me preguntaba infinidad de cosas: sobre cómo me crie, sobre cómo era papá, sobre los vecinos de la calle, pero yo casi nunca podía contarle mucho, o al menos, no lo que ella quería saber, y ahí empezaron los problemas. Al principio me preparaba paquetes con el almuerzo y la comida y siempre había una buena taza de té caliente y ropa limpia esperándome al llegar a casa, pero más adelante quiso que me diera un baño todas las noches, y eso trajo algunos problemas porque yo estaba demasiado cansado como para darme un baño, y a menudo también demasiado hecho polvo incluso para cambiarme de ropa. Yo lo que quería era sentarme con mi mono de trabajo a escuchar la radio y leer el periódico tranquilo. Una vez, cuando estaba leyendo el periódico, ella se puso hecha un basilisco porque yo no podía apartar los ojos de la página del fútbol, así que acercó una cerilla a la parte de abajo del periódico y yo no me di cuenta de lo que había hecho hasta que las llamas casi me quemaron la cara. Me asusté, te confieso, porque pensé que en ese momento todavía éramos felices. Y ella hizo como que era una broma, e incluso salió a comprarme otro periódico, así que yo pensé que al fin y al cabo todo estaba bien, que no era nada más que una broma pesada

que me había gastado. Pero poco después de aquello, cuando a mí me daba por poner las carreras de caballos en la radio me decía que no soportaba el ruido y que yo debería escuchar cosas mejores, así que la desenchufó y no quiso volver a ponerla.

»Sí, al principio se portó muy bien conmigo, eso es verdad; como tú, mamá... Pero pronto se cansó de todo eso y empezó a pasarse el día leyendo libros, y cuando yo llegaba a casa medio muerto a la hora del té no había nada en la mesa, salvo un paquete de cigarrillos y una bolsita de *toffees*. Al principio era muy cariñosa conmigo, pero después se volvió sarcástica y empezó a decirme que no podía ni verme. «Aquí viene el buen salvaje», decía cuando yo llegaba a casa, y empleaba palabras más largas, cuyo significado yo no sabía, cuando le preguntaba que dónde estaba mi té. «Prepáralo tú», decía, y un día cuando le cogí uno de sus *toffees* de la mesa me lanzó el atizador del fuego. Le dije que tenía hambre, pero ella me dijo únicamente: «Pues si tienes hambre, ven gateando bajo la mesa a pedírmelo y te daré algo». De veras, mamá, no puedo contarte ni la mitad de lo que me hacía porque no querrías oírlo.

(Vaya que no, pensé. Me la imaginaba tal cual, lamiéndose las quijadas.)

—Cuéntamelo todo, hijo mío —dijo ella—. Desahógate. Ya veo todo lo que has tenido que soportar.

—La verdad que sí —dijo él—. Las cosas que me llamaba, mamá. Se te pondrían los pelos de punta. Nunca pensé que fuese así, pero enseguida lo descubrí. Solía sentarse delante de la lumbre sin nada de ropa encima, y cuando yo le decía que debería vestirse por si un vecino llamaba a la puerta, ella decía que solamente estaba calentando el vale de comida que el buen salvaje le había dado, y entonces se reía, mamá, de un modo que me dejaba paralizado. Si se ponía en ese plan, yo optaba por salir, porque sabía que si me quedaba, me lanzaría algo y causaría algún destrozo.

»La verdad es que no sé dónde está ahora. Hizo las maletas y se llevó sus cosas, y me dijo que no quería volver a verme, que le daba lo mismo si me caía al canal y me ahogaba. Como solía armar mucho escándalo por ir a Londres y por ver la vida real, supongo que es allí donde habrá ido. En un tarro de mermelada sobre un estante de la cocina había cuatro libras con diez chelines y tres peniques pero al irse el dinero desapareció con ella.

»Así que no sé, mamá, no sé nada de nada, ni lo que voy a hacer. Querría vivir aquí contigo si me aceptas. Te pagaré dos libras por semana por el

alojamiento, así te ayudaré. No puedo aguantar más nada porque no lo soporto, ¡y no creo que vuelva a irme de casa nunca más! Así que si vivo aquí de nuevo, mamá, estaré encantado. Trabajaré duro para ti y nunca más tendrás que preocuparte. Me portaré bien contigo y te pagaré por todos los esfuerzos que tuviste que hacer para criarme. El otro día en el trabajo, oí que me iban a conceder un aumento de diez chelines a partir de la semana que viene, así es que si me dejas quedarme te compraré una radio nueva y pagaré con eso el depósito. Así que déjame estar, mamá, porque, te lo digo, he sufrido mucho.

Y la manera en que ella lo besó hizo que me entraran arcadas, así es que me bajé de mi percha de mono y no volví.

Jim Scaferdale se quedó, faltaría más, hecho un niño grandullón. Nunca estuvo más contento en su vida que cuando su vieja le dio el consentimiento. Se habían acabado sus preocupaciones, o eso juraría él, aunque uno tratase de hacerle ver la clase de nenaza que era por no coger su estuche de afeitado y marcharse, cosa que yo traté de decirle en más de una ocasión, aunque debía de pensar que yo estaba incluso más chalado que él, supongo. Y su madre creía que lo tendría de nuevo en casa por mucho tiempo, y eso pensábamos todos; pero la verdad es que estábamos realmente en la parra: si no estabas ciego te dabas cuenta de que ya no sería nunca el mismo Jim de siempre después de casarse: siempre que te cruzabas con él, se le veía meditabundo y no hablaba ni con un alma, y nadie, ni siquiera su madre, podía sonsacarle adónde iba todas las noches. La cara se le puso blanca y rolliza, y su pelo rubio de ratón se le empezó a caer de tal modo que se quedó casi completamente calvo en seis meses. Incluso las escasas pecas que tenía se le aclararon. Solía volver a hurtadillas a las doce en punto desde donde quiera que hubiese ido, ya fuese invierno o verano, y nadie sabía nunca en qué andaba. Y si le preguntabas en voz muy alta, como si estuvieras gastándole una broma: «¿Dónde has estado, Jim?», hacía como que no te escuchaba.

Debió de ser como un par de años más tarde cuando aquel poli vino a nuestro patio: era una noche de luna, así que lo vi desde la ventana de mi cuarto. Cuando atisé al poli dando la vuelta a la esquina, me eché para atrás antes de que pudiera descubrirme. Ahora sí que te ha caído una buena, pensé; eso te pasa por arrancar plomo de aquella casa abandonada de Buckingham

Street. Deberías haber tenido más sentido común, pedazo de mandril (yo estaba muerto de miedo, aunque ahora no sé por qué), especialmente cuando solo conseguí de Cooky tres libras y un chelín. Yo siempre digo que acabarás en el reformatorio; y aquí tienes a la poli, que viene a buscarte.

Cuando dejó atrás nuestra casa pensé que había sido solo porque se había confundido de número y que retrocedería en cualquier momento. Pero no: era a la puerta de los Scarfedale a la que se dirigía. Creo que en mi vida he experimentado mayor felicidad que cuando escuché ese toc-toc-toc y supe que esta vez no venían a buscarme a mí. Nunca más, canté para mis adentros, nunca más —me puse tan contento que me dio flato—. Ya pueden guardarse su maldito plomo.

La madre de Jim dio un chillido tan pronto como el poli mencionó el nombre de su hijo. Incluso en el lugar donde yo estaba la oí decir: «No me diga que se ha ido y le han atropellado, ¿verdad que no?»

Luego no pude oír nada más, pero un minuto más tarde la madre salía caminando patio arriba acompañada del poli, y yo le vi el careto iluminado por la farola, tan duro como el granito, como si se fuese a caer y a palmarla solo con que le susurraras algo al oído. El poli la llevaba sujeta del brazo.

A la mañana siguiente se supo todo; había sido el caso más raro que jamás hubiera sucedido en aquel patio. Ha habido tipos a los que los han metido en chirona por robar, por desertar, por prenderle fuego a edificios, por blasfemar, por ponerse ciegos, por raptar a mujeres crecidas y tratar de hacerles lo que os imagináis, por dejar de pagar la manutención a la parienta, por deudas, por radios y lavadoras compradas a plazos y aun así vendidas, por caza furtiva, por allanamiento de morada, por huida en coches ajenos, por intento de suicidio, por intento de asesinato, por asalto con agresión, por tirones a bolsos, por robos en tiendas, por fraude, por falsificación, por hurtos en el lugar de trabajo, por palizas salvajes, y por todo tipo de bromas que tampoco tenían mucha importancia. Pero Jim hizo algo que yo nunca había oído mencionar, al menos en nuestro patio.

Y además llevaba meses en ello. Se cruzaba seis kilómetros de ciudad en autobús hacia sitios donde nadie lo conocía y esperaba en calles viejas y oscuras cerca de algún despacho de cervezas abierto a que llegaran chiquillas de diez y once años para llevarles a sus padres una pinta en una jarra. Y entonces el memo de Jim salía de su escondite cerca de algún solar desierto, les pegaba un susto de muerte y luego les hacía todo tipo de garradas. No

entiendo por qué lo hacía, no puedo siquiera concebirlo, la verdad es que no puedo, pero hacerlo lo hacía, y le pescaron por eso, además. Y lo hacía tan a menudo que alguien debía de haber decidido tenderle una trampa, porque una noche de mala suerte lo agarraron y luego lo metieron en el trullo durante dieciocho meses. Tendríais que haber oído el sermón que le echó el juez. Me juego algo a que el pobre tipejo no sabía dónde meterse, pero estoy seguro de que habrá más de un juez que haya hecho lo mismo, si no peor, que lo de Jim.

—Te tenemos que poner a la sombra —dijo el juez—, no solo por el bien de las niñas sino también por el tuyo propio. Hay que proteger a las personas de gente como tú, tío asqueroso.

Tras esto no volvimos a ver a Jim en nuestro patio, porque cuando lo soltaron, su madre había encontrado una casa y un trabajo nuevos en Derby, así que se pudieron instalar donde nadie los conocía, me imagino. Jim era el único tipo de nuestro patio al que le sacaron en letras grandes en *todos* los periódicos, si no recuerdo mal, aunque nadie habría pensado que llevaba *eso* en el cuerpo. Yo pienso que era un poco parecido a hacer trampas, eso de salir en los papeles por una cosa así.

Por lo cual creo que nadie debería quedarse bajo las faldas de su madre durante tanto tiempo como hizo Jim, si no quiere arriesgarse a seguir su camino. Y por eso miro este atlas que tengo bajo mi pupitre en el colegio en vez de hacer sumas (iré por Derbyshire hasta Manchester, después hasta Glasgow, cruzando hasta Edimburgo y luego derechito a Londres, para decirle hola a mis padres por el camino) porque detesto hacer sumas, sobre todo porque creo que ya puedo calcular todo el dinero que es probable que pesque de cualquier contador de gas de poca monta.

Declive y ocaso de Frankie Buller

Sentado en lo que se ha dado en llamar mi estudio, un cuarto en la primera planta de una destartada casa mallorquina, mis ojos recorren las hileras de libros que me rodean. Las filas y más filas de lomos coloridos y cantos polvorientos dan un aire de distinción no solo al cuarto sino a la planta entera, y uno puede intuir los pensamientos de los visitantes ocasionales que, entre trago y trago, se inclinan discretamente sobre ellos para leer sus títulos:

—Diccionario griego, Homero en el original. ¡Sabe griego! (Falso: todos esos libros pertenecen a mi cuñado.) Shakespeare, *La rama dorada*, una Biblia, con cintas y papeles como marcapáginas. ¡Se la está leyendo! Eurípides y el resto, y una docena de guías Baedeker enmohecidas. ¡Qué idea tan insólita la de coleccionarlas! Proust, ¡los doce volúmenes al completo! Nunca podría tragarme toda esa colección. (Yo tampoco.) Dostoievsky. Por Dios, ¿le siguen gustando las cosas densas?

Y así todo el tiempo, cosas que se han convertido en parte de mí, en follaje que ha crecido para ocultar la raíz desnuda de mi personalidad real, lo que yo era antes de haber visto esos libros o cualquier otro libro, si hay que decirlo todo. A menudo me gustaría arrancarlos de mí uno por uno, extraer sus sombras de mi paladar y de mi corazón, seccionarlos esmeradamente, con un escalpelo, de mi cerebro embarullado. Imposible. No puedes dar marcha atrás al reloj que te hace una mueca guasona desde la repisa de mármol. Ni siquiera puedes aplastarle el rostro y olvidarlo.

Ayer visitamos la casa de un amigo que vive más allá de nuestro valle, lejos de los ruidos del pueblo, de modo que, sentado en la terraza con los ojos entre cerrados y la cabeza hacia atrás en una tumbona, bajo un níspero de frutos a punto de madurar y con el aroma de un botín de naranjas aún en mis manos, oí el trinar de un cuclillo procedente de los pinares de la ladera.

El cuclillo consiguió lo que no habría logrado un bisturí. Me sumergió, haciéndome retroceder a través de los años, a mi estado natural del pasado, sin libros y sin la sabiduría que se supone que he obtenido de ellos. Gracias al suave, agudo y aflautado piar del cuclillo aterricé de repente más allá de todos los horizontes inmediatos del pasado, y me asenté nuevamente en el reino de Frankie Buller.

Íbamos marchando al frente, y yo formaba parte de su tropa, con un bastón de saúco en la mano y mis bolsillos llenos de piedras lisas, planas y bien elegidas, que atravesarían con suavidad pero raudas el aire y golpearían las frentes de los enemigos. De mis zapatos con suela de goma brotaban sabañones, y seguro que tenía un parche en la parte de atrás del pantalón y agujeros en los calcetines, porque, hasta la edad de catorce años, no recuerdo un momento en que no los tuviera.

Cuando pasaron lista descubrimos que éramos once, pero Frankie era un centurión en toda regla, con su pértiga de casi dos metros con punta de lanza en ristre y su tapa oxidada de cubo de basura como escudo. Con el fin de parecer que éramos muy numerosos de cara al enemigo, Frankie nos hacía bajar del puente y marchar campo a través de dos en dos, pues era un buen estratega: llevaba liderando ejércitos locales desde que tenía quince años.

En aquel entonces su edad oscilaría entre los veinte y los veinticinco. Nadie parecía saberlo a ciencia cierta, mucho menos Frankie, y se suponía que a sus padres les parecía una buena política mantener el secreto bien guardado. Cuando le preguntábamos a Frankie por su edad, respondía con la cifra improbable de «ciento cincuenta y ocho». A esta respuesta le seguía lógicamente otra pregunta:

—Y entonces, ¿cuándo dejaste el colegio?

A veces replicaba con desdén:

—Nunca fui al colegio —O a lo mejor respondía con una sonrisa orgullosa—. No lo dejé, me fugué.

Yo llevaba pantalones cortos y él largos, así es que me era imposible calcular su altura. Su apariencia era la de un gigante. Tenía los ojos grises y el pelo negro, y rasgos proporcionados que le habrían convertido en alguien pasablemente atractivo de no ser por ese aire sutil de informalidad preadolescente que acechaba en sus ojos y alrededor de las arrugas de su

estrecha frente. En corpulencia y altura no le faltaba nada para ser un hombre hecho y derecho.

Nosotros, los soldados, le otorgamos automáticamente el título de general, pero él insistía en que nos dirigiéramos a él como sargento mayor, porque su padre lo había sido en la Primera Guerra Mundial.

—A mi padre lo hirieron en la guerra —nos decía cada vez que lo veíamos—. Volvió condecorado y con problemas de nervios, y debido a aquel trastorno, así he salido yo.

Estaba contento y hasta diríase que orgulloso de «haber salido así», porque eso significaba que no tenía que trabajar en una fábrica todo el día para ganarse la vida, como el resto de pobres diablos de su edad. Él prefería dirigir a la pandilla de doceañeros de nuestra calle en la guerra contra el grupo de la misma edad de otro distrito. Nuestra calle era una hilera desordenada de casas consecutivas en los márgenes de la ciudad, mientras que el distrito del enemigo era un terreno nuevo de viviendas compuesto por tres largas calles que nos relegaban, dejándonos una mera bolsa de terreno en la que correr como salvajes, y unos cuantos prados y huertos, razón suficiente para mantener un rencor eterno contra ellos. Los que residían en las viviendas de protección oficial procedían de los barrios bajos del centro de la ciudad, de modo que nuestros enemigos no eran menos feroces que nosotros, salvo porque carecían de un veinteañero como Frankie en el patio de vecinos para guiarlos en la batalla. Los habitantes de las viviendas de protección oficial no se habían librado de sus hábitos barriobajeros, de ahí que en nuestras calles su sector se conociese como «Sodoma».

—Hoy haremos una redada por Sodoma —dijo Frankie, cuando estábamos alineados en revista. Él no conocía la asociación bíblica de la palabra y pensaba que era el nombre oficial que le había otorgado el Ayuntamiento.

Así es que bajamos por la calle en grupos de dos y de tres y volvimos a formar cuando íbamos por el puente sobre el río Lean. Frankie nos mandó rodear a los niños perdidos que encontrásemos por el camino, y si no aceptaban voluntariamente que los reclutásemos, entonces él llevaría a cabo uno de estos tres procedimientos. Primero, los ataría con un trozo de tela y los traería con nosotros por la fuerza; segundo, los amenazaría con torturarlos hasta que estuviesen de acuerdo en venir con nosotros por su propia voluntad; tercero, les pegaría en la cabeza con su formidable mano y los mandaría a casa llorando o profiriendo maldiciones contra él desde una distancia más que

prudencial. Yo me uní a la pandilla a través de la cláusula número dos, y me había quedado en ella por razones provechosas de diversión y aventura. Mi padre decía a menudo:

—Si te veo ir por ahí con ese idiota de Frankie Buller, te pego un sopapo que te volverá la cara del revés.

Aunque Frankie se veía a menudo en líos con la policía, jamás podría, aun sin tener en cuenta su edad, incluirse en la categoría de «delincuente juvenil». La ley lo amenazaba regularmente con mandarlo al reformatorio, pero sus travesuras no le valían mayor gloria que la de «molestia general», y eso lo mantenía fuera de las garras de tales instituciones. Su padre cobraba una pensión por sus heridas de guerra, y su madre trabajaba en la fábrica de tabaco; con la suma de ambos ingresos los tres parecían llevar un nivel de vida más alto que el resto de nosotros, cuyos padres eran apéndices permanentes de las oficinas de desempleo. El hecho de que Frankie fuese hijo único en un barrio donde algunas familias llegaban normalmente a tener media docena de retoños se justificaba por el rumor de que el padre, tras ver a Frankie recién nacido, había decidido no correr más riesgos. Otra razón que se comentaba por ahí tenía que ver con la exacta naturaleza de la herida que proporcionaba la pensión a Mr Buller.

Cuando acampábamos en el bosque y nos poníamos en cuclillas junto a una hoguera en la que, tras una victoria, asábamos las patatas robadas, solíamos preguntarle a Frankie lo que iba a hacer cuando empezase la Segunda Guerra.

—Alistarme —decía, sin dar más explicaciones.

—¿En qué cuerpo, Frankie? —preguntaba alguno con respeto, porque la edad y la fuerza de Frankie contaban mucho más que el hecho de que el resto de nosotros supiésemos leer y escribir solo a trompicones.

Frankie respondía lanzándole un trozo de madera al que le hacía la pregunta. Tenía una excelente puntería lanzando cosas, y era raro que no acertase si apuntaba al hombro o al pecho.

—¡Me tienes que llamar «SEÑOR»! —bramaba, con los brazos temblándole de rabia justiciera—. Vete ahí al límite del bosque y monta guardia como castigo.

El magullado culpable salía que se las pelaba por los arbustos, agarrando firmemente su palo y sus piedras.

—¿En qué cuerpo se alistaría, Señor? —dijo un soldado más perspicaz.

Tal respeto pareció contribuir a que fuera más afable:

—En los guardabosques de Sherwood. Era el regimiento en el que estuvo mi padre. Le dieron una medalla en Francia por matar a sesenta y tres alemanes en un día él solito. Estaba en un refugio subterráneo, así —Frankie podía representar la situación con potente realismo desde que vio *Sin novedad en el frente y Tres lanceros bengalíes*—, detrás de su ametralladora, y los alemanes llegaron al amanecer, pero mi padre los vio y empezó a dispararles. Seguían llegando, pero el viejo no cesaba de disparar, ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta, incluso después de que todos sus compañeros hubieran muerto. A mi viejo le alcanzaron con una bala también, pero no lograron que soltara su arma, los alemanes caían como moscas alrededor de él, y cuando el resto de los Sherwoods volvieron para ayudarlo y contener la llegada de los alemanes, mi viejo contó sesenta y tres cadáveres ante su metralleta. Así es que le dieron una medalla y lo mandaron de vuelta a Inglaterra.

Frankie paseó su mirada por el semicírculo que formábamos.

—¿Qué opináis de esto, entonces? —preguntó con gran orgullo, como si él mismo fuese el héroe y nosotros lo estuviésemos cuestionando—. Muy bien —ordenó, cuando le proporcionamos la apreciación requerida hacia las proezas de su padre—. Quiero que hagáis todos una ronda en busca de leña para que el fuego no se apague.

Frankie estaba fervientemente interesado en la guerra. A menudo me deslizaba un penique en la mano y me mandaba a comprar el *Evening Post* para que le leyese las últimas noticias sobre las guerras de China, Abisinia o España; él se apoyaba en la pared de su casa, con sus ojos grises mirando los tejados del otro lado de la calle, diciendo cada vez que me paraba para tomar aliento:

—Sigue, Alan, léeme un poco más. Léeme ese trocito sobre Madrid otra vez...

Frankie era un coloso, y a la vez un hombre valiente que nos formaba y nos ponía cuerpo a tierra en las hondonadas de un prado frente al terraplén del tren, que defendía los accesos a las calles de Sodoma. Allí solíamos esperar durante una hora, doce de nosotros, con las caras aplastadas junto a la tierra, palpando nuestros palos y tratando de evitar que sonasen las piedras que llevábamos en los bolsillos. Si alguno se agitaba lo más mínimo, Frankie susurraba una amenaza:

—Al siguiente que se mueva le aplasto la cabeza con el palo.

Estábamos a casi trescientos metros del terraplén. La hierba bajo nosotros crecía suave y dulce; Frankie la masticaba a bocados, estipulando que ninguno debía secundarlo porque era peor que la belladona. Si nos la comíamos, seguía diciendo, nos mataría en no más de cinco segundos pero a él no le hacía daño porque era inmune a cualquier tipo de veneno. Poseía una virtud mágica en su interior que impedía que el veneno lo matase; era un chamán y, a alguien que no lo fuese, la hierba le destrozaría las tripas.

Un tren rápido salió de la estación, tomó velocidad en la curva y tapó de nuestra vista los aleros color rosa de Sodoma mientras levantábamos las cabezas de la hierba y contábamos los vagones. Entonces vimos a nuestros enemigos: varias figuras de pie sobre las vías, blandiendo palos y tirando piedras con jugueteada depravación en un estanque de agua, al final de la pendiente.

—Es la banda de Sodoma —susurramos.

—Callaos —dijo entre dientes Frankie—. ¿A cuántos podéis ver?

—No podemos contarlos.

—Son ocho.

—Y vienen más.

—Haced como si fuesen alemanes —dijo Frankie.

Nuestros enemigos bajaban por la pendiente y, uno por uno, ascendían hacia nuestro lado de las vías. En el terraplén gritaban llamándose los unos a los otros, pero una vez en el campo caminaban juntos sin hacer mucho ruido. Yo vi nueve, pero había bastantes más todavía traspasando sin permiso la línea del ferrocarril. Me acordé de que éramos once, y mientras esperaba la señal para precipitarnos hacia delante, no cesaba de repetir para mis adentros: «Ya no puede faltar mucho. Ya no puede faltar mucho».

Frankie masculló sus órdenes finales:

—Vosotros hacia la izquierda. Y vosotros, los del otro grupo, hacia la derecha. Nosotros iremos de frente. Los quiero tener rodeados.

El único triunfo militar que admitía era el de rodear y capturar.

Frankie estaba de pie, blandiendo una lanza de hierro y agitando un escudo. Nos situamos junto a él y, expandiéndonos en una fila, avanzamos despacio, tirando piedras con tanta rapidez como nos permitían nuestros brazos hacia el círculo concéntrico de la banda enemiga.

Fue la clásica escaramuza. Al no tener un David al que enfrentar a nuestro Goliath, ellos arrojaron unas cuantas piedras ineficaces y se retiraron

corriendo atropelladamente al otro lado del enrejado, subiendo por la pendiente hasta la vía del tren. Bastantes resultaron heridos por nuestros proyectiles.

—¡Prisioneros! —rugió Frankie, pero, en el último momento, salieron disparados y se escaparon. Durante algunos minutos llovieron piedras entre el prado y el terraplén, y nuestros flancos no fueron capaces de seguir avanzando para rodearlos. El enemigo se regocijó entonces desde la vía porque tenían una cosecha de piedras preparadas ex profeso entre los raíles, mientras que nosotros solo teníamos hierba bajo los pies, sin probabilidades de encontrar más munición cuando vaciásemos nuestros bolsillos. Si se reagrupaban y cargaban de nuevo contra nosotros, tendríamos que retroceder casi un kilómetro antes de encontrar piedras en el puente.

A Frankie le bastó un segundo para percatarse de ello. Era el mismo escenario táctico de otras ocasiones. Ahora eran algunos de los nuestros quienes habían sido alcanzados por los proyectiles del enemigo. Unos cuantos se cayeron de espaldas. Uno sufrió un corte en el ojo. A mí me corría la sangre por la cabeza, pero no le presté atención por el momento ya que me asustaba más el mamporro que recibiría del gran puño de mi padre una vez en casa por haberme peleado, que la sangre y el dolor. («¿Has estado con el Frankie Buller ese? No me digas más.» *Pumba*. «¿Qué te he dicho? Que no vayas con él, ¿sí o no?» *Pumba*. «Pero tú no haces caso de lo que te digo, ¿a que no?» *Pumba*. «Y seguirás yendo con el Frankie Buller ese hasta que seas tan idiota como él, ¿a que sí?» *Pumba y pumba*.)

Estábamos abriéndonos por los flancos, mis bolsillos se habían aligerado, ya casi vacíos de piedras. Me dolían los brazos de tantas que había arrojado.

—¿Qué tal si cargamos contra ellos, muchachos? —exclamó Frankie.

Solo había una posible respuesta a sus palabras. Estábamos con él a muerte: de habérselo pedido, nos habríamos metido bien adentro de los hornos de una caldera. Quizá nos ponía en esas situaciones comprometidas, en las que no era posible la retirada, solo por la grata sensación de un triunfo o una derrota gloriosa.

—¡Sí! —gritamos todos a una.

—¡Pues vamos, entonces! —bramó lo más alto que podía—: ¡AL ATAQUE!

Sus grandes zancadas le llevaron a recorrer los setenta metros en unos pocos segundos; estaba ya encaramado a la verja. Las piedras de los de

Sodoma sonaban y rebotaban contra su escudo. Al faltarnos la emblemática lanza y tapa del cubo de la basura propias de un líder, los demás avanzábamos más despacio, dirigiendo nuestras últimas piedras a la banda sobre el terraplén.

Mientras trepábamos por la verja, a izquierda y derecha de Frankie, él había alcanzado ya la mitad de la pendiente, y estaba a escasos metros del enemigo. Exhortaba sin cesar a sus secuaces para que corriesen más rápido y rodeasen a los otros, agitando su peligrosa vara de hierro con punta de lanza ahora delante mismo de sus rostros. De estar algo rezagados, de repente los dos flancos hicimos una entrada triunfal, alcanzando la vía del tren de una única embestida para reponer nuestras reservas de munición, mientras Frankie continuaba fustigándolos desde el frente.

Los adversarios se dividieron entonces y bajaron corriendo por la otra ladera, descendiendo hacia las calles de Sodoma, dispersándose al abrigo de sus hileras de casas rosas de puertas llenas de marcas y arañazos. Se rumoreaba que guardaban carbón en sus cuartos de baño (aunque nosotros, en secreto, les envidiábamos la comodidad de tener un espacioso cubo para el carbón tan bien situado cerca de la cocina) y que tendían redes de caza furtiva en sus jardines traseros.

Cuando a las mujeres de nuestra calle ya no se les ocurrían más apodosos insultantes para dedicárselos a Frankie Buller por meter a sus hijos en peleas que solían terminar con una ristra de ojos morados, ropa rasgada y brechas en la cabeza, lo llamaban Zulú, apodo que, sin embargo, Frankie llegó a aceptar como un homenaje, considerándolo sinónimo de audacia y temeridad.

—¿Por qué vas por ahí con ese maldito Zulú? —le preguntaba una madre a su hijo mientras rasgaba una de las camisas viejas del padre para hacerle un vendaje o un remiendo. Y de inmediato aparecía conjurado ante Frankie, una figura salvaje con su lanza y su tapa de cubo de basura, saltando de arriba abajo antes de conducir a su pandilla al combate. Cuando atrapaba prisioneros los ataba a un árbol o al poste de una valla y ordenaba a sus secuaces ejecutar una danza de guerra a su alrededor. Tras la representación, en la que él a veces tomaba parte con su amenazante panoplia, solía encender una hoguera y gritaba que iba a torturar allí a los prisioneros hasta que muriesen. En una ocasión estuvo tan cerca de cumplir esta amenaza que uno

de nosotros se fue corriendo y convenció al padre de Frankie de que viniese a pactar con su hijo la liberación de los prisioneros. Y así Mr Buller y otros dos hombres, uno de ellos mi padre, bajaron a grandes zancadas los escalones del puente. Chris, que era bajo, robusto y de cejas oscuras, y el calvo Buller, con su bigote de morsa, cruzaron con rapidez el prado. Pero la misma persona que había dado la voz de alarma volvió sigiloso hacia el campamento de Frankie a dar el aviso, de modo que cuando llegaron los tres hombres, listos para atar a Frankie y llevárselo a casa, no encontraron nada salvo un fuego apagado a pisotones y un par de cautivos asustados pero ilesos que aún seguían atados a un árbol.

Era un hecho que los actos terroristas de Frankie se multiplicaban a medida que se acercaba la guerra, aunque la gran mayoría de ellos pasaban desapercibidos a causa del ambiente de preocupación y augurios que se respiraba ese verano. Se internaba con su pandilla en huertos privados y entraba en las cabañas, desparramando herramientas y semillas de flores por todo el jardín con la furia propia de un lunático; pasaba la máquina cortacésped por las lechugas y el perejil, dejando a su paso un manto de crisantemos decapitados. Su deporte favorito consistía en situarse ante una de las cabañas y arrojar su lanza con tal fuerza que la punta de hierro atravesaba de lleno la delgada madera.

Hacía mucho que le habíamos dicho adiós a la novedad de poseer máscaras de gas. Un día Frankie nos guio en una incursión por los campos, una redada para la que habíamos salido con las máscaras puestas, pues nos juró que la nube blanca que había sobre el bosque estaba llena de gas mostaza soltado desde las trincheras alemanas al otro lado; acabaron tan destrozadas en la refriega que arrojamos ceremoniosamente cada una de ellas a una hoguera antes de volver a casa, prefiriendo decir que las habíamos perdido antes que mostrar los andrajosos fragmentos que quedaban.

Había tantas ventanas rotas, tantos cubos de basura volcados, tantos neumáticos de bicicleta desinflados y tantas brechas en las cabezas como resultado de victorias pírricas en los asaltos entre bandas —porque, de pronto, parecía estar perdiendo su talento militar—, que comenzó a resultar peligroso para Frankie pisar siquiera nuestra calle. Incrustando unas cuantas hebras de tabaco en una de las viejas pipas de su padre —tabaco de colillas que nosotros recolectábamos para él—, caminaba por el medio de la calle cuando, de repente, una mujer iracunda salía corriendo de una entrada

empuñando un palo para destender ropa y empezaba a golpearle con frenesí.

—Anoche te vi vaciar mi cubo de la basura, maldito Zulú, niño loco. ¡Toma, toma y toma!

—No fui yo, señora. Se lo juro por Dios que no fui —gritaba él en protesta, con los brazos cruzados sobre la cabeza y alejándose al galope para evitar sus porrazos.

—Como te vuelva a ver cerca de mi casa —le gritaba ella—, te voy a calmar con un cubo de agua, ya verás.

Una vez fuera de su alcance, Frankie miraba hacia atrás para verla, apabullado, rabioso, hirviéndole la sangre de resentimiento. Entonces gritaba las peores blasfemias que sabía, y desaparecía en el interior de su casa, dando un portazo tras de sí.

No fue solamente el estallido de la guerra lo que causó el ocaso de Frankie. En parte sucedió porque el lado romántico que había en su naturaleza lo ponía en evidencia en otros aspectos distintos de la guerra de mentirijillas. Al final de muchas tardes veraniegas Frankie se plantaba al final de nuestra calle para esperar a las chicas que salían de la fábrica de tabaco. Dos mil chicas trabajaban en ella, y casi la cuarta parte pasaba por allí cada tarde cuando volvían a tomar el té a sus casas.

Lo habitual era que Frankie se quedase allí de pie, solo, con sus pantalones de pana negra, su chaqueta llena de remiendos y una camisa sin cuello que pertenecía a su padre; pero aunque un miembro de más edad de la pandilla se quedase a hacerle compañía, eso no inhibiría en absoluto su particular estilo para el cortejo. Poseía el silbido más fuerte de toda la calle, y le daba el debido uso musical cuando las chicas llegaban del brazo de dos en dos y en grupos de tres.

—¡Epa, nena! —decía en alto—. ¿Qué tal lo llevas?

Como respuesta obtenía encogimientos de hombros, un movimiento brusco de cabeza, una carcajada o una réplica cortante.

—¿Podemos salir juntos esta noche? —gritaba con una fuerte carcajada—. ¿Quieres que te invite al cine?

A veces alguna chica se cruzaba al otro lado de la acera para evitarlo, cosa que le hacía merecedora de las salidas más ingeniosas de Frankie:

—Eh, oye, la guapa esa de ahí. ¿Puedo ir a verte algún día?

Las respuestas de este estilo no se hacían esperar, emitidas entre grandes carcajadas:

—¡Te costará cinco libras! —decía una.

—¡Estás chiflado, tío! ¡Eres un poco creído! —decía otra.

—Nos vemos en el Grand a las ocho —respondía él—. ¡Que no se te olvide, porque yo sí que iré!

Esa era su hora más feliz de diversión adulta. Se limitaba a comportarse como uno de su edad, imitando lo que hacían los otros veinteañeros del barrio, solo que de modo muy exagerado. La consumación de estos galanteos tan peculiares tenía lugar entre los juncos, en el pantano entre el río Lean y las vías del tren, donde Frankie raras veces llevaba a su pandilla. Frankie vagaba solo (la compañía de una chica cañón era solo una imagen borrosa en su mente) por caminos ocultos en los que cazaba renacuajos para después tumbarse él solo en un lugar secreto donde nadie pudiera verlo, dueño y señor a su estilo de las mimbreras, las bayas del saúco y los robles colindantes. De esos viajes volvía pálido, con la mirada furtiva por la culpa y el placer del recuerdo.

A lo largo del verano, Frankie se solía plantar todas las tardes en la esquina de la calle, al principio con varios de la pandilla, pero después solo ya, puesto que sus comentarios hacia las chicas de la fábrica que pasaban ya no eran tan ingenuos como antes, de modo que una noche apareció un policía y lo ahuyentó de la esquina de la calle. No volvió. Durante aquellos mismos meses, cientos de camiones cargados se dirigían, día tras día, a la orilla del pantano a verter grava y escombros hasta que el escondite secreto de Frankie quedó cubierto, y sobre él se irguieron los firmes cimientos de una nueva sucursal de la fábrica de tabaco.

Quedé con Frankie la misma mañana del domingo en que mis padres se quedaron moviendo la cabeza con preocupación al escuchar la voz melancólica de Chamberlain procedente del altavoz en forma de corazón de la radio.

Le pregunté qué haría ahora que estábamos en guerra, pues, a juzgar por su edad, yo daba por hecho que lo llamarían a filas como a todo el mundo. Frankie parecía inerte y triste, cosa que achaqué a la guerra; mostraba una máscara de correcta seriedad que debería figurar en el rostro de todos, si bien yo no la sentía en el mío. También me di cuenta de que cuando hablaba, tartamudeaba un poco. Se sentó sobre la acera con la espalda apoyada contra

la pared de una casa, intuyendo que ese día nadie saldría a aporrearlo con un palo para la ropa.

—Solo espero que me manden los papeles de alistamiento —respondió—. Y entonces ingresaré en los forestales de Sherwood.

—Si me llamasen, yo iría a la marina —expliqué, ya que él no me proporcionaba ninguna anécdota de las hazañas de su padre en la última guerra.

—El único sitio donde merece la pena alistarse es el ejército de tierra, Alan —dijo con profunda convicción, poniéndose de pie otra vez y sacando su pipa. De repente sonrió; su desánimo se había esfumado—. Vas a ver, después de cenar reuniremos a la pandilla e iremos al Puente Nuevo de maniobras. Tengo que ponerlos a todos en forma ahora que estamos en guerra. Entrenaremos un poco. Igual nos encontramos con algunos de Sodoma.

Esa tarde, mientras marchábamos, Frankie trazaba su plan para nuestro futuro. Cuandouviésemos unos dieciséis, dijo, si continuaba la guerra —parecía probable que sí, porque los alemanes eran duros, le había dicho su padre, aunque al final no ganarían porque sus oficiales siempre ordenaban saltar sobre los parapetos a los mejores hombres de la tropa—, él mismo nos llevaría a la oficina de reclutamiento de la ciudad y nos alistaríamos juntos, todos al mismo tiempo. De ese modo él —Frankie— sería el comandante de nuestro pelotón.

Era una idea estupenda. Todas las manos se alzaron.

Más allá del Puente Nuevo, el campo estaba despejado. Íbamos en fila a lo largo del pretil y vimos, sin aventurar comentario alguno al respecto, la prueba fehaciente de que la ciudad estaba avanzando a marchas forzadas. Las dehesas y los huertos habían sido separados de los terrenos agrícolas por un bulevar que surgía de las nuevas casas de Sodoma, por el que ya circulaban tanto coches como autobuses municipales de dos pisos.

No había ni rastro de la banda de Sodoma, así que Frankie nos mandó a tres de nosotros que desapareciéramos en los barrancos y hoyos para que el resto de la pandilla nos localizara después. El siguiente paso del programa de entrenamiento se centraba en practicar la puntería: colocábamos una lata sobre el tronco de un árbol y tratábamos de derribarla con piedras a cuarenta y cinco metros de distancia. Tras las lecciones de esgrima y los combates de lucha libre aparecieron seis de la banda de Sodoma en las vías del tren, y al final de una brutal y rápida escaramuza, enseguida los tomamos prisioneros.

Frankie no quería ni retenerlos ni herirlos, y los soltó tras obligarles a jurar lealtad a los forestales de Sherwood.

A las siete nos alineamos en una doble fila para volver a casa en formación. Alguno se quejó de que llegaría tarde a tomar el té y por una vez Frankie sucumbió a lo que yo claramente recuerdo haber percibido como una cierta insubordinación. Escuchó la queja y decidió acortar nuestro trayecto conduciéndonos a través del ramal que se adentraba en la mina de carbón. Las fábricas y las sórdidas calles de la colina habían tomado un tono ocre sombrío, como si una tormenta fuese a estallar durante la noche; las nubes rosadas por encima de la ciudad proporcionaban una impresión irreal de silencio tan profundo que nosotros nos sentíamos expuestos como si el guardagujas de la lejana garita pudiese vernos y oír todas las palabras que decíamos.

Uno por uno trepamos por la alambrada; Frankie se había tendido entre los arbustos y nos avisaba cuando consideraba que el camino estaba despejado. Nos hacía cruzar uno por uno y, tras cruzar los seis raíles, seguíamos con la espalda encorvada, como si estuviésemos pasando ante un puesto de ametralladoras. Entre la última vía y la alambrada se alzaba un obstáculo en forma de vagón de tren, apostado sobre el suelo, que servía de almacén de herramientas y taller de reparaciones. Frankie nos había asegurado que dentro no había nadie, pero cuando todos habíamos cruzado y él ya corría a través de los prados subiendo hacia el sendero, me di la vuelta y vi a un ferroviario que salía por la puerta y paraba a Frankie justo cuando se estaba dirigiendo hacia la valla.

No logré distinguir ninguna palabra de las que cruzaron, solamente el sonido velado de una discusión. Seguí acurrucado entre las mimbreras y miré al ferroviario dándole golpecitos en el pecho con la punta del dedo índice a Frankie, como si le estuviera haciendo una advertencia realmente importante. Entonces Frankie empezó a agitar las manos en el aire: parecía no poder tolerar que lo frenasen de esa manera, con su pandilla al completo mirándole desde los prados, supongo que pensaría.

Entonces, en un segundo de gran intensidad, vi a Frankie empuñar una botella de medio litro procedente del bolsillo de su chaqueta y golpear con ella al ferroviario en la cabeza. En medio del exagerado silencio, oí el estrépito y un grito de sorpresa, rabia y dolor proferido por el hombre. Entonces Frankie se giró y empezó a correr en mi dirección, saltando como

una cebra por encima de la valla. Cuando perdió altura y me vio, gritó como un loco:

—Corre, Alan, corre. Él se lo ha buscado. Lo estaba pidiendo.

Y echamos a correr.

Al día siguiente a mis hermanos, a mis hermanas y a mí mismo nos metieron en un autobús municipal y nos transportaron a Worksop junto a la mayoría de los niños de la ciudad. Nos evacuaron; nuestras pocas pertenencias fueron arrojadas a sacas de papel, lejos de las inminentes bombas. En un solo golpe fatal, a Frankie le privaron de su pandilla, y a él mismo le llevaron a la comisaría por haber golpeado al ferroviario en la cabeza con una botella. También lo acusaron de violación de la propiedad privada.

A lo mejor el comienzo de la guerra coincidió con el final de lo que podríamos llamar la adolescencia de Frankie, aunque más adelante siempre apareciesen con frecuencia rasgos de aquella en su comportamiento. Por ejemplo, seguía pegándose largas caminatas de un extremo a otro de la ciudad, incluso durante los apagones y las cortinas de humo, con la esperanza de encontrar algún cine donde pusiesen una buena película del Oeste.

Pasaron dos años hasta que volví a encontrarme con Frankie. Un día vi a un hombre que empujaba una carretilla por la vieja calle en la que ya no vivíamos. Ese hombre era Frankie, y la carretilla estaba toda cargada de montoncitos de leña, del tipo de astillas que las amas de casa extienden sobre un ejemplar arrugado del *Evening Post* antes de encender el fuego cada mañana. No sabíamos muy bien de qué hablar, y Frankie parecía algo condescendiente en su actitud hacia mí, como si le diera vergüenza que le vieran hablando con alguien mucho más joven que él. Aunque no resultaba obvio, yo lo notaba y, como ya tenía trece años, me molestaba. Los tiempos habían cambiado definitivamente, eso estaba claro. Ya no éramos colegas y punto. Pretendí internarme de nuevo en la atmósfera de los viejos tiempos diciendo:

—Entonces, ¿trataste de alistarte en el ejército, Frankie?

Ahora me doy cuenta de que era una pregunta indiscreta, y quizá le molestó. No me percaté entonces, aunque recuerdo lo susceptible que se mostró en su respuesta:

—¿A qué te refieres? *Estoy* en el ejército. Me alisté hace un año. Mi viejo también volvió al ejército: es sargento mayor y yo estoy en su compañía.

La conversación acabó enseguida. Frankie empujó su carretilla hasta la siguiente entrada y comenzó a descargar sus paquetes de leña.

Después no volví a verle hasta pasados diez años. En ese momento yo también había hecho mi «soldadesca» en Malasia, y me había olvidado de los juegos de niños en que solíamos participar con Frankie Buller, y de las batallas campales con la banda de Sodoma en el Puente Nuevo.

Yo ya no vivía en la misma ciudad. Supongo que se podía decir que había subido en el escalafón, me había convertido en un escritor de cierto renombre: por alguna razón indescriptible, tras la evacuación y las posteriores bombas, me había aficionado a leer libros sin parar.

Una vez regresé a casa para visitar a mi familia. Era invierno, estaba recorriendo las calles de mi barrio a eso de las seis de la tarde, cuando oí que alguien me llamaba:

—¡Alan!

Reconocí la voz al instante, me di la vuelta y vi a Frankie de pie ante la cartelera de un cine, tratando de leerla. Ahora tendría unos treinta y cinco y ya no era aquel coloso que nos parecía al verle empuñar su jabalina, sino más bien de mi estatura, más flaco y con un aire inconfundible de mansedumbre en el rostro, casi respetable con su gorra y su abrigo negro, dentro del cual llevaba una bufanda blanca embutida pulcramente. Advertí la condecoración con lazo verde que colgaba de la solapa de su abrigo: eso confirmó lo que había oído acerca de él, de tarde en tarde, a lo largo de los últimos diez años. De sargento mayor de nuestra pandilla había pasado a ser soldado raso en las milicias populares, o sea, un auténtico enlace de la compañía de su padre. Con un casco de metal sobre su cabeza de estrecha frente y siempre con algún mensaje a cuestas, Frankie se había cruzado todo el país, del que se conocía cada brizna de hierba.

Ya no era mi líder, y ambos lo reconocimos al momento cuando nos estrechamos la mano. Su negocio de leña había prosperado, y ahora iba por las calles con un poni y un carro. No era lo que se dice pudiente, pero al menos no dependía de nadie. La franca ambición de los de nuestra clase era convertirnos en nuestros propios jefes. Él sabía que ya no era el líder de sus

llamadas almas gemelas, y muy probablemente se estuviese preguntando, mientras hablábamos, si yo era una de esas almas gemelas, cosa que podría explicar su timidez.

No solo ambos habíamos madurado tomando caminos distintos desde aquellos días en que, con la tapa del cubo de basura y la lanza de metal, metía a su batallón en despiadadas incursiones donde las piedras llovían literalmente sobre nuestras cabezas, sino que algo que yo desconocía le había sucedido. Al proceder ambos de la misma clase social y, podríamos decir, del mismo mundo de la niñez, tendría que haber existido alguna raíz común de reconocimiento entre nosotros, a pesar de que nuestra frondosidad externa se hubiese marchitado, en cierta manera ante las respectivas diferencias en tonos y colores. Pero no había conexión alguna y yo, que poseía lo que el mundo al que me había trasladado a menudo denominaba «conciencia intensificada», comprendí que esto se debía tanto a algo que había en Frankie como en mí.

—¿Qué tal te está yendo, Frankie? —le pregunté, empleando mi viejo acento, aun sabiendo que ya no tenía derecho a usarlo.

Su titubeo se acercaba a lo que en su día habríamos llamado con desdén «tartamudeo».

—B... b... bien, ahora me siento mucho mejor, tras el año que pasé en el hospital.

Le eché una mirada rápida y discreta de arriba abajo en busca de la evidencia de una cojera, una extremidad rota o una cicatriz, pues ¿por qué otra razón iría la gente al hospital?

—¿Para qué te ingresaron? —pregunté.

Como respuesta, su tartamudeo se acentuó. Sentí que dudaba, ya que por un momento no sabía que tono adoptar, aunque el tono de voz que finalmente empleó era casi de orgullo y, sin duda, serio.

—Electroshock. Para eso fui.

—¿Para qué te dieron electroshocks, Frankie? —formulé esta pregunta con calma, sinceramente incapaz de comprender lo que me contaba, hasta que el conjunto de los horribles detalles de lo que Frankie tuvo que padecer llegaron a mi mente como iluminados por un relámpago. Y entonces quise tener el poder de apartar de un golpe a esos locos de bata blanca que se entrometían en ese bosque carbonífero que era el mundo para Frankie; quise borrar su odiosa presunción.

Se subió el cuello del abrigo porque, a medida que anochecía, había

comenzado a llover.

—Bueno, ya ves, Alan —empezó, con una cara que ahora me parecía responsable y resignada—. Me peleé con mi viejo y tras eso, perdí el conocimiento. Herí a mi padre y él llamó a la policía. Llamaron a un médico y este dijo que me tenían que llevar al hospital.

Hasta le habían enseñado a llamarlo «hospital». En los viejos tiempos se habría desternillado de risa y habría dicho: «¡Un loquero, eso es lo que era!».

—Me alegro de que ahora estés mejor —dije, y durante la larga pausa que siguió me di cuenta de que el mundo de Frankie era, después de todo, inaprehensible; que los concienzudos investigadores de métodos rigurosamente científicos podrían acceder a él, lograr esconderlo, conseguir matar el cuerpo físico que lo albergaba, pero carecían de poder a largo plazo para dañar mentes como la suya. Hay una parte de la selva que el bisturí no podrá alcanzar nunca.

Se quería marchar. La lluvia le preocupaba. Entonces, recordando por qué me había llamado, se giró para mirar el gran cartel de letras negras sobre fondo amarillo.

—¿Es eso lo que ponen en el Savoy? —preguntó, señalando el cartel con la cabeza.

—Sí —dije.

Me explicó disculpándose:

—Se me olvidaron las gafas, Alan. ¿Puedes leérmelo y decirme qué ponen esta noche?

—Claro, Frankie —se lo leí en voz alta—: Gary Cooper, en *La exótica*.

—¿Tú crees que estará bien? —preguntó—. ¿Crees que será del Oeste o de amor?

En este punto sí le podía ayudar. Me pregunté, tras sus electroshocks, cuál de estos temas preferiría. ¿En qué círculo de su mundo oscuro y poblado por demonios habían penetrado las descargas eléctricas?

—Yo ya la he visto —le dije—. Es como una película del Oeste. Hay un asalto a un tren espectacular al final.

Entonces lo vi. Creo que se sorprendió de que le estrechase la mano con tanta firmeza al separarnos. Mi explicación de los puntos principales de la película obraron en él como un hechizo. A su mirada llegó el mismo brillo que yo había visto años atrás cuando se alzaba con su lanza y su escudo y bramaba: «¡AL ATAQUE!» y se arrojaba contra una lluvia de palos y piedras

voladoras.

—Suena bien —dijo—. Ese es el tipo de película que me gusta. La iré a ver.

Se caló la gorra un poco más, se aseguró de que el cuello de su abrigo le cubriese la garganta y el cogote y caminó bajo la lluvia torrencial, aparentemente con la imaginación revuelta.

—Hasta otra, Frank —dije al verlo doblar la esquina.

Me pregunté lo que quedaría de él cuando aquellos hubiesen acabado con su tarea. ¿Lograrían intervenir y vaciar el inmenso pantano subterráneo de sus oscuras inspiraciones mentales hasta dejarlo seco?

Me quedé mirándolo. Hizo caso omiso de los semáforos y cruzó en diagonal la calle, ancha y mojada; después corrió tras un autobús que iba desierto y se subió sin percances a él de un salto.

Y yo, con mis libros, ya no lo he vuelto a ver. Fue como decirle adiós a una parte de mí. Para siempre.

- [1]. El primero había sido *Principiantes*, de Colin McInnes, siete años atrás.
- [2]. «*I was not a fit subject for formal education.*», dijo en *Life Without Armour*.
- [3]. De Sham 69.
- [4]. Como dijo Harry Crews.
- [5]. Como decía la introducción a *Fragmentos de un cuaderno manchado de vino*, de Charles Bukowski.
- [6]. Se trata de una célebre novela escrita en 1841 por el capitán Frederick Marryat. Narra las aventuras de una familia de náufragos que intenta sobrevivir en una isla tropical. (*Nota de la traductora.*)

Créditos

Título original: *The Loneliness of the Long Distance Runner*

Primera edición en Impedimenta: junio de 2013

The Loneliness of the Long Distance Runner © Alan Sillitoe, 1959, 1987

Copyright de la traducción © Mercedes Cebrián, 2013

Copyright del prólogo © Kiko Amat, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

ISBN: 978-84-15578-76-5

IBIC: FA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

[La soledad del corredor de fondo](#)

[Introducción](#)

[La soledad del corredor de fondo](#)

[Tío Ernest](#)

[Mr Raynor, el maestro de escuela](#)

[El cuadro del barco de pesca](#)

[El Arca de Noé](#)

[Una tarde de sábado](#)

[El partido](#)

[La deshonra de Jim Scarfedale](#)

[Declive y ocaso de Frankie Buller](#)

[Créditos](#)